

# Fairest

The Lunar Chronicles

LEVANA'S STORY



FROM THE NEW YORK TIMES—BESTSELLING AUTHOR

marissa meyer

## Capítulo 1

*Espejito, espejito en la pared,  
¿quien es la más bella mujer?*

Ella estaba tendida en una pira ardiente, brasas bajo su espalda. Chispas blancas flotaban en su visión pero la misericordia de la inconsciencia no llegaría. Su garganta estaba ronca por los gritos. El olor de su propia carne en llamas invadía sus fosas nasales. El humo hería sus ojos. Las ampollas formaban burbujas a lo largo de su piel y franjas de carne se desprendían, revelando los tejidos debajo.

El miedo era implacable, la agonía interminable. Ella suplicó la muerte, pero esta nunca llegó.

Ella alargó su mano buena, intentando arrastrar su cuerpo del fuego, pero el lecho de carbón se aplastó y colapsó bajo su peso, enterrándola, arrastrándola más profundamente en las cenizas y el humo.

A través de la bruma, pudo vislumbrar una mirada bondadosa. Una cálida sonrisa. Un dedo girado hacia ella. *Ven aquí, hermanita...*

Levana jadeó y se sacudió hacia arriba, sus extremidades enredadas en mantas pesadas. Sus sábanas estaban húmedas por su sudor, pero su piel todavía estaba ardiendo a causa del sueño. Su garganta se sentía arañada en carne viva. Ella se esforzó para tragar, intentando disipar la pesadilla. La misma pesadilla que la había atormentado por tantos años, de la cual parecía no poder huir.

Frotó sus manos sobre sus brazos y costados repetidamente hasta que estuvo segura de que el fuego no era real. No estaba ardiendo viva. Estaba a salvo y sola en sus aposentos.

Con un suspiro tembloroso, se movió al otro lado del colchón, lejos de las sábanas cubiertas de sudor, y se tumbó hacia abajo. Temerosa de cerrar sus ojos, se quedó mirando el dosel y practicó una respiración lenta hasta que esta se estabilizó.

Intentó distraerse planeando quien sería ese día.

Mil posibilidades flotaban ante ella. Sería una belleza, pero había muchas clases de belleza. Tono de piel, textura del pelo, la forma de los ojos, la longitud del cuello, pecas bien situadas, cierta gracia en la forma de caminar.

Levana sabía bastante acerca de la belleza, así como sabía bastante sobre la fealdad.

Entonces recordó que hoy era el funeral.

Ella gimió ante el pensamiento. Que agotador sería mantener el glamour durante todo el día en presencia de tanta gente. No quería ir, pero no tenía elección.

Era un día inadecuado para que su atención estuviese agitada por pesadillas. Quizás sería mejor elegir algo familiar.

Cuando el sueño se alejó en su subconsciente, Levana jugó con la idea de ser su madre hoy. No como la Reina Jannali había sido cuando murió, pero quizás una versión suya de quince años. Sería alguna clase de homenaje asistir al funeral vistiendo los pómulos de su madre y los

vívidos ojos violeta que todo el mundo sabía habrían sido hechos con glamour, aunque nadie se atrevería a decirlo demasiado alto.

Pasó unos pocos minutos imaginando como su madre debía haber sido a su edad, y dejó que el glamour se estableciera sobre ella. Cabello plateado como la luna elegantemente recogido en un nudo bajo. Piel tan pálida como una hoja de hielo. Un poco más baja de lo que había sido de adulta. Labios rosa pálido, a fin de no interferir con la vitalidad de esos ojos.

Eso la calmó, hundirse en el glamour. Pero apenas saboreó la apariencia se dio cuenta de su equivocación.

No quería ir al funeral de sus padres en el ropaje de una joven ahora muerta.

Un toque revoloteó en la puerta, interrumpiendo sus pensamientos.

Levana suspiró, y rápidamente se cambió por otro disfraz que había soñado días antes. Piel olivácea, un puente elegante en su nariz, y pelo negro como un cuervo cortado adorablemente corto. Se probó varios colores de ojos antes de detenerse en unos grises azulados, coronados con ardientes pestañas negras.

Antes de que pudiera cuestionarse a si misma, incrustó una joya plateada debajo de su ojo derecho.

Una lágrima. Para demostrar que estaba de luto.

"Entra," llamó, abriendo sus ojos.

Una sirvienta entró llevando la bandeja del desayuno. La joven hizo una reverencia en la puerta, sin levantar su mirada del suelo -lo que hizo que el glamour de Levana fuera innecesario- antes de acercarse a la cama.

"Buenos días, alteza."

Sentándose, Levana permitió a la sirvienta depositar la bandeja en su regazo y poner una servilleta de tela alrededor suya. La sirvienta vertió té de jazmín en una taza pintada a mano que había sido importada de La Tierra varias generaciones atrás, y lo condimentó con dos pequeñas hojas de menta y una gota de miel. Levana no dijo nada mientras la sirvienta destapaba una pequeña bandeja llena de pasteles de crema, de forma que Levana pudiera ver como eran todos, antes de usar un cuchillo de plata para cortarlos en trozos todavía más pequeños. Mientras la sirvienta trabajaba, Levana ojeó el plato de frutas coloridas: un suave melocotón colocado entre una aureola de bayas rojas y negras, todas espolvoreadas con azúcar en polvo.

"Hay algo más que pueda traer para usted, alteza?"

"No, eso será todo. Pero envía a la otra en veinte minutos para preparar mi vestido de luto."

"Por supuesto, alteza." respondió, a pesar de que ambas sabían que no había ninguna *otra*. Cada sirvienta de palacio era *otra*. A Levana no le importaba a quien enviara, con tal de que quien quiera que fuera pudiera prepararle adecuadamente el elegante vestido gris en función a su cara, sin muchos otros pensamientos en su cabeza.

Con otra reverencia, la sirvienta se escabulló de la habitación, dejando a Levana desviar la vista hacia la bandeja de su desayuno. Solo ahora se daba cuenta de cuan hambrienta estaba. Le dolía el estómago, quizás a causa de su horrible sueño. O puede que fuera tristeza, pero era poco probable.

No sentía gran pérdida por la muerte de sus padres, quienes se habían ido hacía medio largo día. Ocho noches artificiales. Sus muertes fueron terriblemente sangrientas. Asesinados por un caparazón que usó su inmunidad contra el don Lunar para colarse en el palacio. El hombre había golpeado a dos guardias reales en la cabeza antes de hacerse camino hasta la habitación de sus padres en el tercer piso, matando a tres guardias más, y hendiendo la garganta de su madre tan profundamente que el cuchillo cortó parte de su columna. Después bajó al vestíbulo donde su padre estaba acostado con una de sus amantes y le apuñaló dieciséis veces en el pecho.

La amante todavía estaba gritando, con chorros de sangre a lo largo de su cara, cuando dos guardias reales los encontraron.

El asesino caparazón estaba todavía apuñalándole.

Levana no había visto los cuerpos, pero sí las habitaciones a la mañana siguiente y su primer pensamiento fue que toda esa sangre habría hecho un precioso carmín en sus labios.

Sabía que eso no era lo apropiado para pensar, pero tampoco creía que sus padres hubieran pensado nada mejor si hubiera sido *su* asesinato en lugar del de ellos.

Levana había logrado comer tres cuartas partes de un pastel y cinco pequeñas moras cuando la puerta de su habitación se abrió de nuevo. Inmediatamente se enfadó por la intrusión -la sirvienta llegaba pronto. Al instante después de su enfado comprobó que el glamour todavía estaba en su sitio. Este, supo, era un orden de prioridades equivocado.

Pero era su hermana, y no una de las sirvientas anónimas, quien irrumpió e su habitación. "Channary!" exclamó Levana, apartando la bandeja lejos de ella. El té se derramó sobre los lados de la taza, cayendo en el platillo debajo. "No te he dado el consentimiento para entrar."

"Entonces quizás deberías cerrar tu puerta," dijo Channary, deslizándose como una anguila a través de la alfombra. "Hay asesinatos cerca, no?"

Lo dijo con una sonrisa, totalmente indiferente. ¿Y por qué no? El asesino había sido inmediatamente ejecutado cuando los guardias lo encontraron, con el cuchillo ensangrentado todavía en la mano.

No quería decir que Levana no creyera que había más caparazones ahí afuera, lo suficientemente furiosos y locos para intentar otro ataque. Channary era una necia si pensaba lo contrario.

Lo cual era parte del problema. Channary era claramente necia.

Era una necia preciosa, aunque esa era la peor clase. Su hermana tenía una preciosa piel bronceada y pelo castaño oscuro y ojos que se inclinaban hacia arriba justo en las esquinas así que parecía que estaba sonriendo incluso si no lo estaba. Levana estaba convencida de que la belleza de su hermana era un glamour, nadie tan horrible por dentro podría ser tan hermosa

por fuera, pero Channary nunca confesaría. Si había una grieta en su ilusión de belleza, Levana todavía no la había encontrado. A la estúpida ni siquiera le importaban los espejos.

Channary ya estaba vestida para el funeral, aunque el gris apagado del tejido era la única indicación de que era hecho para luto. La falda reticulada sobresalía casi perpendicular a sus muslos, como el traje de una bailarina, y la parte superior del corpiño tenía miles de destellos de plata incrustados. Sus brazos estaban pintados con anchas rayas grises en espiral hacia arriba, juntándose para formar un corazón en el pecho. Dentro del corazón, alguien había garabateado, *Os echaremos de menos*.

En conjunto, esa apariencia hacía que Levana quisiera vomitar.

"¿Qué quieres?" preguntó Levana, balanceando las piernas por debajo de las mantas.

"Ver que no me avergonzarás con tu apariencia hoy." Estirando el brazo Channary tiró de la carne debajo del ojo de Levana, un experimento para ver si la piedra preciosa incrustada se sostendría. Estremeciéndose, Levana apartó su mano de un golpe.

Channary sonrió. "Que consideración."

"Menos fraudulento que alegar que les echarás de menos," dijo Levana, mirando el corazón pintado.

"¿Fraudulento? Al contrario. Les echaré mucho en falta. Especialmente las fiestas que padre solía hacer durante la Tierra Llena. Y poder coger prestados los vestidos de madre cuando iba de compras en AR-4." Ella titubeó. "Aunque supongo que ahora puedo simplemente tener a su costurera, así que quizás no sea tanta pérdida después de todo." Con una risilla, se sentó en el borde de la cama y le arrebató una baya de la bandeja del desayuno, haciéndola estallar en su lengua. "Deberías estar preparada para decir algunas palabras en el funeral."

"¿Yo?" Era una idea espantosa. Todos estarían mirándola, juzgando cuán triste ella estaba. No creía poder fingirlo lo suficientemente bien.

"Tu eres su hija también. Y-" De repente, inexplicablemente se ahogó, Channary frotó ligeramente la esquina de su ojo. "No creo ser lo bastante fuerte para hacerlo todo yo sola. Estaré abrumada por la pena. Quizás me desmaye y necesite que un guardia me lleve a algún lugar oscuro y tranquilo para recuperarme." Ella resopló, todas las señales de tristeza desaparecieron tan rápido como habían llegado.

"Es una idea curiosa. Quizás pueda representarla al lado de ese nuevo con el pelo rizado. Parece bastante... atento."

Levana funcionó el ceño. "¿Vas a dejarme sola para guiar al reino entero en luto, para retozar con uno de los guardias?"

"Oh, para," dijo Channary, tapando sus oídos. "Eres muy molesta cuando gimoteas."

"Vas a ser *reina*, Channary. Tendrás que presentar discursos y tomar decisiones importantes que afectarán a todos en la Luna. ¿No crees que es hora de que te lo tomes seriamente?"

Riendo, Channary aspiró en los granos de azúcar de sus yemas. ¿Al igual que nuestros padres se lo tomaron tan en serio?"

"Nuestros padres están *muertos*. Matados por un ciudadano que no debía de pensar que hicieran un muy buen trabajo."

Channary agitó su mano en el aire. "Ser reina es un derecho, hermanita. Un derecho que viene con un suministro inagotable de hombres y sirvientes y vestidos bonitos. Deja que la corte y los tamargos se encarguen de todos los detalles aburridos. Yo por mi parte, seré recordada en la historia como la reina que nunca dejaba de reír." Sacudiendo el pelo de su hombro, ella inspeccionó el dormitorio, las paredes bien empapeladas y las cortinas bordadas a mano. "¿Por qué no hay ningún espejo aquí? Quiero ver como de hermosa me veo para mi actuación llena de lágrimas."

Gateando por la cama, Levana se puso una bata que había estado apoyada en la silla de descanso. "Sabes muy bien por qué no hay ningún espejo."

A lo cual la sonrisa de Channery se amplió. Ella saltó a la cama también. "Oh, sí, es cierto. Tu glamour es tan común estos días que casi se me olvida."

Entonces, rápida como una víbora, Channary abofeteó a Levana en la cara, mandándola tropezando a uno de los postes de la cama. Levana exclamó, la conmoción hizo que perdiera el control de su glamour.

"Ah, ahí está mi patito feo," Channary arrulló. Acercándose, agarró la barbilla de Levana, apretándola antes de que ella pudiera levantar su mano para calmar su mejilla en llamas. "Sugiero que recuerdes que la próxima vez que pienses contradecir una de mis órdenes, como amablemente me has recordado, seré reina, y no toleraré que mis mandatos sean cuestionados, especialmente por mi patética hermana pequeña. Tú *hablarás* por mí en el funeral."

Alejándose, Levana contuvo las lágrimas que habían surgido y se apresuró a reconstruir su ilusión. Para esconder sus desfiguraciones. Para pretender que era bella también.

Detectando movimiento por el rabillo del ojo, vio a una doncella congelada en la puerta. Channary no la había cerrado al entrar y Levana estaba bastante segura de que la doncella había visto todo.

Inteligentemente, la sirvienta bajó la mirada e hizo una reverencia.

Liberando la barbilla de Levana, Channary se apartó. "Pon tu vestido de duelo, hermanita," dijo, de nuevo son una bonita sonrisa. "Tenemos un gran día por delante."

---

La gran sala estaba llena de grises. Cabello gris, maquillaje gris, guantes grises, vestidos grises, medias grises. Abrigos cenizos y mangas jaspeadas, zapatos de campanillas y sombríos sombreros de copa. Sin embargo, pese a todos esos tonos grises, los invitados del funeral parecían cualquier cosa menos tristes. Porque en esos grises estaban vestidos hechos de cintas flotantes, joyería esculpida y flores escarchadas que crecieron como pequeños jardines de esponjoso y abundante terciopelo.

Levana podía imaginar que las costureras de Artemisia se habían mantenido muy, muy ocupadas desde el asesinato.

Su propio vestido era adecuado. Un vestido de piso de terciopelo damasco grisáceo y un escote de encaje bordado que, supuso, se veía precioso con el recortado pelo negro de su magia. No era tan llamativo como el tutú de Channary, pero al menos se mantenía un poco de dignidad.

En un estrado en la parte delantera de la sala, una holografía mostraba a los difuntos monarcas, como se habían visto alguna vez en su veraniega juventud. Su madre vestía su vestido de boda, apenas mayor de lo que Levana era ahora. Su padre sentado en su trono, con sus anchos hombros y su cuadrada mandíbula. Eran representaciones artísticas, por supuesto, los retratos de la familia real estaban estrictamente prohibidos, pero el artista había capturado sus espejismos casi a la perfección. La severa mirada de su padre, y la elegante forma en que su madre agitaba sus dedos cuando saludaba.

Levana estaba junto a Channary en el estrado, aceptando besos en sus manos y condolencias de las familias de Artemisia mientras sus actuaciones pasaban. El estómago de Levana estaba hecho un nudo, sabiendo que Channary planeaba eludir sus deberes como la hija mayor y obligarla a dar el discurso. A pesar de que había estado practicando durante años, Levana todavía tenía el irracional miedo cada vez que se dirigía a un público de que iba a perder el control de su magia y que la verían como realmente era.

Los rumores ya eran bastante malos. Murmuraciones de que la joven princesa no era del todo hermosa, que de hecho había sido grotescamente desfigurada por algún trágico accidente en su infancia. Que era una misericordia que nadie nunca tuviera que mirarla. Que todos eran afortunados de que fuera tan hábil en su magia, por lo que no tendrían que tolerar tal fealdad en su preciosa corte.

Bajó la cabeza, agradeciendo a una mujer por su mentira acerca de cuán honorables habían sido sus padres, cuando su atención se desvió hacia un hombre que permanecía todavía entre las pocas personas en la fila.

Su corazón tambaleó. Sus movimientos se hicieron automáticos: asentir, dar la mano, susurrar "gracias", mientras que todo el mundo se desvaneció en una mezcla de grises.

Sir Evret Hayle se había convertido en un guardia real de la defensa personal de su padre cuando Levana tan sólo tenía ocho años de edad, y lo había amado desde entonces, a pesar de saber que era casi diez años mayor que ella. Tenía la piel de un tono ébano oscuro, unos ojos llenos de inteligencia y astucia cuando estaba de servicio, y alegres cuando estaba relajado. Una vez había captado motas de gris y esmeralda en sus iris, y desde entonces fue hipnotizada por sus ojos, con la esperanza de estar lo suficientemente cerca de un día para ser testigo de esas motas de nuevo. Su cabello era un desastre de mechones fuertemente enrollados, lo suficientemente largos para parecer rebelde, lo suficientemente cortos como para ser refinados. Levana no recordaba haberlo visto nunca sin su uniforme de guardia, el que indicaba de forma muy precisa todos los músculos de los brazos y los hombros, hasta hoy. Llevaba pantalones grises simples y una camisa de estilo túnica que era casi demasiado relajado para un funeral real.

Las usaba como un príncipe.

Durante siete años, lo había conocido por ser el hombre más guapo de toda la corte Lunar. En la ciudad de Artemisia. En toda la Luna. Lo había sabido incluso antes de que tuviera la edad suficiente para entender por qué su corazón latía con tanta fuerza cuando estaba cerca.

Y ahora se acercaba. Sólo cuatro personas los separaban. Tres. Dos.

Con su mano comenzando a temblar, Levana se puso un poco más erguida y ajustó el espejismo de modo que sus ojos fueran un poco más brillantes y la joya de su piel brillara como una lágrima real. Se hizo un poco más alta también, casi a la altura de Evret, aunque todavía lo suficientemente pequeña como para parecer vulnerable y necesitada de protección.

Hacía muchos meses que no tenía razones para estar tan cerca de él, y allí estaba él, acercándosele, con simpatía en sus ojos. Allí estaban esos tonos de gris y esmeralda, no eran solamente producto de su imaginación después de todo. Él no estaba en el papel de guardia, por una vez, sino en el papel de un ciudadano Lunar en luto.

Estaba tomando su mano y elevándola a su boca, aunque el beso resonó en el aire por encima de los nudillos. Su pulso era un océano en sus oídos.

"Su Alteza", dijo, y oír su voz era casi tan raro como ver los tonos de sus ojos. "Siento mucho su pérdida. Todos compartimos su tristeza, pero sé que le pesa más que nadie".

Trató de almacenar sus palabras intensamente en el fondo de su mente, para la recuperarlas y reflexionarlas en un momento en que no estuviera sosteniendo su mano o mirando su alma. "Sé que le pesa más que nadie."

A pesar de que parecía honesto, Levana no pensaba que estuviera demasiado encariñado al rey y la reina. Tal vez el dolor era porque no había estado de guardia cuando ocurrieron los asesinatos, por lo que no podría haber hecho nada para detenerlos. Levana sintió que estaba excepcionalmente orgulloso de su lugar en la guardia real.

Por su parte, sin embargo, estaba agradecida de que Evret no hubiera estado allí. Que algunos otros guardias hubieran muerto en su lugar. "Gracias", masculló. "Su bondad hace que este día sea más fácil de soportar, Sir Hayle."

Eran las mismas palabras que le había dicho a un sinnúmero de otros invitados ese día. Deseando ser lo suficientemente inteligente como para decir algo verdaderamente significativo, agregó: "Confío en que sabe que usted era un gran favorito de mi padre."

No tenía idea de si era cierto, pero el ver los ojos de Evret suavizarse lo hizo tan franco como que se preocupaba que lo fuera.

"Voy a seguir sirviendo fielmente a su familia todo el tiempo que pueda."

Cuando las palabras adecuadas se intercambiaron, le soltó la mano. Su piel se estremeció cuando ella la dejó caer de nuevo a su lado.

Pero en lugar de pasar a dar el pésame a Channary, Evret se volvió e hizo un gesto a una mujer a su lado. "Su Alteza, me parece que aún no conoce a mi esposa. Su Excelencia, Princesa Levana Blackburn, ella es Solstice Hayle. Sol, ella es la encantadora Alteza, la Princesa Levana".

Algo se marchitó en el interior de Levana, tornándose duro y fuerte en su intestino, pero se obligó a sonreír y ofrecer su mano mientras Solstice hizo una reverencia y le besó los dedos y dijo algo que Levana no oyó. Sabía que Evret había tomado una esposa hace algunos años, pero le había dado poca consideración a este hecho. Después de todo, sus padres estaban casados, pero que le había parecido que no había ningún gran afecto entre ellos, y ¿qué era una mujer en un mundo en el que las amantes eran tan comunes como los siervos, y la monogamia tan rara como un eclipse Terrestre?

Pero ahora, al conocer a la esposa de Evret por primera vez, se dio cuenta de tres cosas en rápida sucesión que le hizo reconsiderar cada pensamiento que había tenido acerca de la existencia de esta mujer.

En primer lugar, era profundamente bella, pero no era causada por ninguna clase de magia. Tenía una alegre cara en forma de corazón, con las cejas elegantemente arqueadas, y la piel de un tono miel. Llevaba el pelo suelto para la ocasión y casi caía hasta la cintura en gruesos mechones oscuros que apenas y se rizaban un poco.

En segundo lugar, Evret la miró con una delicadeza que Levana nunca antes había visto en los ojos de un hombre, y esa mirada provocó un anhelo en su interior tan fuerte que se sintió como una agonía.

En tercer lugar, la esposa de Evret estaba embarazada.

Esto, Levana no lo sabía.

"Es un placer conocerla", respondió Levana, aunque no entendió la respuesta de Solstice.

"Sol es una costurera de AR-4", dijo Evret con un tono de orgullo en su voz. "Fue comisionada para bordar algunos de los vestidos usados el día de hoy, incluso."

"Oh. Sí, yo. . . Creo recordar que mi hermana mencionó una costurera en la ciudad que se estaba volviendo muy popular. . ." Levana se apagó cuando toda la cara de Solstice se iluminó, y ese aspecto solo se acentuó con su propio odio.

Levana no recordaba nada más de su breve conversación, hasta que Evret colocó su mano en la espalda de su esposa. El gesto parecía protector, y sólo hasta que continuaron, se dio cuenta de una fragilidad en Solstice que a primera instancia había sido ocultada por su belleza. Parecía una criatura delicada, agotada por el funeral o su embarazo o ambos. Evret parecía preocupado mientras le susurraba algo a su esposa, que Levana no alcanzaba oír, y Solstice estaba acaparando su atención en el momento en que habían llegado a Channary.

Levana se volvió de nuevo hacia la fila de recepción. Otro doliente, otro bienqueriente, otro mentiroso. Mentiras, todo era mentiras. Levana se convirtió en un patrón: asentir, dar la mano, susurrar "gracias", mientras la línea se extendía más y más. Mientras su hermana parecía cada vez menos interesada en fingir tristeza y sus risitas y filtreos tintineaban estridentemente por encima de los murmullos en voz baja de la multitud, así como el holograma de sus padres los mostraba aceptando sus votos matrimoniales.

Monogamia. Fidelidad. Amor verdadero. No creía que los hubiera presenciado alguna vez, no como en los cuentos de hadas que le habían dicho cuando era niña y los dramas de fantasía en los que a veces había actuado para el entretenimiento de la corte. Pero ser tan amada... qué sueño que debe ser. Para echar un vistazo al hombre tuyo con tal adoración. Para sentir la presión de sus dedos sobre tu espalda, un silencioso mensaje a todos los que vieran que le perteneces y él, él a ti. . .

Cuando una mujer con cuernos de color gris en la cabeza vio que las lágrimas comenzaban a brillar en los ojos de Levana, asintió la cabeza comprensivamente y le entregó un pañuelo gris quebradizo.

## Capítulo 2

Levana se convenció a sí misma de que era aburrido salirse del palacio tres días después del funeral, aún vestida de gris en el tercer y último día de luto. Pensó en que quería algo brillante y hermoso para usar cuando el período de duelo hubiera terminado y todo el reino se alegrara cuando su nueva reina tomara el trono por primera vez. Se dijo que necesitaba un nuevo par de zapatillas bordadas para la coronación, o tal vez una banda finamente hilada para su cintura. Nada en su armario sería adecuado para una ocasión tan histórica.

Si hubiera inventado un pretexto para contarles a los guardias en las plataformas de levitación magnética, sería en vano. Nadie la detuvo o preguntó a dónde iba.

AR-4, el distrito comercial más popular de Artemisia, estaba lleno de familias de la corte y nobles con sus sirvientes, todos vestidos en tonos de gris, todos haciendo sus arreglos para fiestas de mañana, pero nadie reconoció a Levana, que llevaba la magia de una diosa de piel morena, alta y esbelta, con un grácil y alargado cuello y pómulos afilados. No se molestó con el cabello, porque no quería distraer su atención de su cabeza y figura perfectamente esculpida producto de su magia. Sólo los silenciosos guardias del palacio que seguían su estela habrían delatado su identidad, pero la calle estaba demasiado llena de gente para que ellos o alguien dieran con la chica que estaban siguiendo.

No prestó atención a los zapateros o los sastres, las modistas o las joyerías, las galerías de arte o las tiendas de caramelos. Sabía exactamente a dónde iba. Contó las calles que había visto en el mapa holográfico esa mañana. Su ojo captó brevemente la Tierra creciente que se podía ver en el cielo negro más allá de la esfera de protección de la cúpula, pero la perdió de vista mientras giraba en la esquina de un pequeño y encantador callejón lateral. El aroma de café tostado de una pequeña cafetería la siguió mientras trotaba alrededor de jardineras florares y bancos de piedra tallados que se alineaban en el callejón. A pesar de que no estaba completamente desierto, era sereno en comparación con el bullicio de la calle principal.

Allí estaba la tienda, justo donde el mapa y el directorio habían indicado. Un simple cartel colgaba sobre la puerta, mostrando una aguja e hilo, y la ventana mostraba una variedad de diferentes hilos y telas.

Tan pronto como la vio, Levana se dio cuenta de que se le había formado un nudo en el estómago desde que dio vuelta en el callejón. Estaba nerviosa.

¿Y por qué? ¿Por la esposa de un guardia real? ¿Un simple costurera? Ridículo.

Hizo un gesto a sus guardias para que permanecieran afuera, se preparó, y abrió la puerta.

Se encontró en un salón bien iluminado. Un rápido vistazo confirmó que ningún comerciante estaba presente, pero una segunda puerta estaba abierta, que llevaba a un cuarto trasero donde se podía escuchar el zumbido de los telares mecánicos.

Dos maniqués holográficos en las esquinas modelaban una variedad de prendas, desde ropa interior hasta trajes de fiesta, de trajes de tres piezas a calcetines de punto. Cada pieza era magnífica. Era fácil ver cómo incluso esta tienda insignificante en un pequeño callejón en AR-4 se estaba ganando una reputación rápida entre las familias.

Levana se paseó por la sala. No era grande, pero había mucho que ver. Estantes apilados con toallas bordadas, ropa de cama y cortinas para las ventanas. Pañuelos de seda tan delicados que se sentían como telarañas. Un vestido llevaba una blusa de estilo corsé que parecía haber

sido tejida por completo de hilo de plata fina con diminutas y brillantes gemas, eran joyas tanto como lo era de ropa.

Entonces vio una manta que colgaba de una pared, lo suficientemente grande como para tomar casi todo el espacio. Levana dio un paso atrás para admirarla, encantada.

La Tierra. Y el espacio. Armados a partir de tejidos triturados de todos los tamaños y formas, los bordes de las esquinas mostraban donde habían sido cosidos juntos. Luminosos verdes forestales y rugosos marrones desérticos, brillantes azules oceánicos y negros ébano aterciopelados, todos cosidos con hilo dorado. Cada segmento de la colcha estaba bordado con caprichosos patrones de hiedra y flores, elaborados rizos en espiral y destellos brillantes, y aunque parecía que debería haber sido caótica y excesiva, la consistencia del hilo dorado amenizaba la pieza. La hacía hermosa y de alguna manera serena. Levana sabía muy poco sobre el acolchado o el bordado, pero sabía, instintivamente, que cada pequeña puntada se había hecho a mano.

"Hola."

Levana se sobresaltó y checó, en primera, que su encanto no había desaparecido con su distracción, antes de darse la vuelta.

Solstice Hayle estaba en la puerta de la habitación trasera, con una sonrisa en los labios y un bastidor de bordado con de una franja de algodón blanco en la mano. Una aguja se había asegurado en la esquina del material, con un hilo marrón oscuro colgado en el ojo.

"¿Puedo ayudarle?"

Se veía como la encarnación de la bondad, de una manera que hizo Levana se pusiera al instante a la defensiva.

"Sí. Yo..." Vaciló, olvidando por qué estaba allí. ¿Qué la había poseído para venir a esta tienda, para ver esta hermosa mujer con su enorme vientre y todas las hermosas prendas que hizo con sus propios dedos talentosos?

Se tragó su creciente desesperación. Recordó que ella también era bonita, siempre y cuando mantuviera su magia. Recordó que ella era una princesa. "Necesito algo para mañana", dijo. "Para llevar a la coronación."

Solstice asintió. "Por supuesto. Me temo que algo hecho a la medida para la ocasión sería demasiado apresurado, lo que trato de evitar. Pero tal vez podamos encontrar algo que le agrade aquí en el salón y modificarlo para que se ajuste a sus gustos." Dejó a un lado el bastidor, y descansó su mano en su vientre mientras se contoneaba por la habitación.

"¿Buscaba algún vestido? ¿O tal vez algunos accesorios?"

Después de pensarlo un momento, Levana respondió: "¿Tiene algunos guantes?" Ya tenía un montón, pero los guantes no tendrían que ser a la medida. Y le gustaba usar guantes. Quitaban una cosa menos que tenía que ocultar con su magia.

"Oh, sí, tengo una maravillosa variedad de guantes."

Equilibrándose con una mano en el borde de una cómoda de madera, Solstice se inclinó para abrir uno de los cajones inferiores. Estaba lleno de guantes femeninos, cada par cuidadosamente doblado encima de una capa de papel de seda. "¿Usará un espejismo para la ocasión?"

Levana se puso rígida. "¿A qué se refiere?"

Solstice la miró con sorpresa, y Levana contuvo el aliento, al darse cuenta de que sus manos estaban sudando.

De repente estaba enojada. Enojada porque esta mujer era tan bonita sin esfuerzo. Enojada de que esta noche iba a dormir al lado de cariñoso marido. Que pronto tendría a un rugoso y llorón bebé en sus brazos y ese niño nunca se preguntaría si lo amaban, o si sus padres se amaban.

Nada que Levana hubiera conseguido tan fácilmente.

Solstice debió haber notado una oscuridad que acechaba en los ojos de Levana. Se puso de pie, con una expresión que mostraba los primeros indicios de precaución. Respiraba más pesado que antes, como si el pequeño movimiento de abrir el cajón le hubiera agotado, y tenía una gota de sudor en el labio superior.

Ciertamente era una cosa frágil, ¿no?

Pero su dulce sonrisa nunca se fue. "Yo sólo quería decir que si usted utilizará un espejismo, podemos elegir un color que complementa el tono de piel que elija. O ... si usted ya sabe que vestido usará, podemos combinar ambos".

Tratando de ahogar la envidia que había alimentado dentro de su pecho, Levana se miró las manos. Los dedos largos y delgados y de piel sin defectos que no eran realmente suyos.

Mojando sus labios, encontró la mirada de Solstice de nuevo. "¿Qué me recomendaría?"

Solstice torció la cabeza hacia un lado, recordándole a Levana a los pequeños pájaros de la casa de fieras del palacio cuando oían un sonido poco familiar y lo confundían con un depredador.

Solstice volvió a concentrarse en el cajón de los guantes. "Bueno...", dijo con incertidumbre. "Personalmente, siempre he sido aficionada a los tonos joya". Agachándose otra vez, desprendió un par de capas de papel de seda y sacó un par de guantes de seda azul zafiro. Aunque los guantes estaban sin decorar, sus copas fueron bordeadas con pequeñas cadenas doradas y cada una tenía un pequeño broche de metal. Levana adivinó que llegarían casi a los hombros. Solstice sostuvo los guantes contra la muñeca de Levana, mostrando el contraste con su piel oscura. "¿Qué le parecen?"

Apretando los labios, Levana pasó su pulgar sobre los ganchos dorados. "¿Qué son?"

"Es parte de un nuevo diseño en el que he estado trabajando. Se supone que debe ser un conjunto. Verá, van con este collar..." Llevó a Levana a un mostrador de joyería repleto de cadenas, cuentas y broches, e hizo un gesto a un collar dorado. Al principio Levana supuso que era metálico, pero cuando lo cogió, se dio cuenta de que era una red bien tejida de hilos dorados, intrincadamente trenzados juntos y flexibles al tacto. Dos cierres más se adjuntaban al mismo en lados opuestos. Sol continuó: "Tiene pequeñas cadenas de filigrana que combinan con los guantes, ¿ve?"

Levana lo vio. Era hermoso e inusual, dos cosas que siempre fueron populares en la moda de la corte, pero no tan llamativa como Levana había encontrado varias piezas de moda.

Pasó los dedos sobre los hilos trenzados y se imaginó usándolo en su cuello. Cuán regia se vería. Cómo acentuaría su garganta y clavícula, cuán impresionante se vería el profundo azul de seda contra su piel miel su abundante cabello castaño.

Sólo entonces se dio cuenta de que en esa fantasía, se parecía a Solstice Hayle.

Dejó el collar, y Solstice señaló de nuevo la cómoda. "¿Le gustaría ver otros guantes?"

"No," dijo Levana. "Me llevaré estos. Y el collar también."

"Oh... ¡maravilloso! ¿Va a...? ¿Quiere llevárselos ahora, o desea que sean personalizados?"

"¿Personalizados?"

"Solstice asintió. "En eso es lo que me especializo, en los pequeños adornos que, me gusta pensar, destaca mi tienda de todas las demás sastrerías en Artemisia. Si hay un diseño particular que le gustaría que bordara en los guantes, debería ser capaz de tenerlos listos para mañana por la mañana. Algunos de mis clientes les gusta tener su flor favorita, o sus iniciales..."

Levana echó un vistazo a la manta de la Tierra que colgaba de la pared. "Tu lo hiciste, ¿no es así?"

"Sí, yo la hice." Solstice rió, y su risa era sorprendentemente vertiginosa, como la de un niño.

"A pesar de no la fabriqué en una sola noche. ¿Le gusta?"

Levana frunció el ceño. Le gustaba, mucho. Pero no quería decirlo.

"Haga un bordado personal en mis guantes", dijo. "Quiero que el diseño sea algo caprichoso, como lo hizo en la colcha. Tal vez algo con una "L" en ella, pero nada demasiado llamativo."

"¿Una "L"? Como de "Luna". "Su sonrisa volvió, tan cálida como siempre. "Será un placer. ¿Desea que lo entregue por la mañana?"

"Sí." Levana hizo una pausa, antes de enderezar los hombros. "Entréguelo al palacio. Diríjalo a la princesa Levana, y haré saber a los administradores que estoy esperando una entrega. Me encargaré de que reciba el pago".

La sonrisa de Solstice se congeló, sus ojos se atraparon entre la sorpresa y el pánico. Levana conocía esa mirada, la mirada de cualquiera de los sirvientes del palacio cuando se daban cuenta de que habían estado en la presencia de la realeza y sus mentes se esforzaban por recordar si habían dicho o hecho algo digno de castigo. Reaccionando, Solstice hizo una media reverencia, usando la encimera para mantener el equilibrio.

"Lamento no haberla reconocido, Su Alteza. Es un increíble honor estar a su servicio".

Eufórica por el conocimiento de su poder sobre esta insignificante mujer y su insignificante tienda, reforzado por la idea de que era, en efecto, un honor servirla, Levana se tentó a demostrar su autoridad. Se imaginó exigiendo que Solstice se arrodillara ante ella, sabiendo que no podría ser fácil en su condición. O amenazar la reputación de su negocio disgustándose con los guantes cuando llegaran. O sugerir que Solstice le obsequiara la maravillosa colcha de la Tierra, como un diezmo real, o un símbolo de gratitud, y ver su lucha por renunciar a algo que claramente tenía mucho valor para ella, y para su sustento.

Pero Levana enterró sus fantasías antes de que su lengua pudiera traicionarla.

Solstice seguramente le contaría a su marido, y entonces Evret Hayle nunca más se referiría a Levana como Su encantadora Alteza.

Tragó saliva con esfuerzo, y forzó una sonrisa por primera vez desde que entró a la tienda. Tal vez esto era por lo que había venido. Así Solstice le diría a su marido sobre la inesperada visita de la princesa, y que Levana usaría uno de sus diseños en la coronación. El corazón de Levana se agitó al pensar que Evret sabría lo generosa que era. Quería que pensara eso de ella, aunque sólo fuera por un momento. Quería que la admirara.

Y entonces, mintió. "El honor será mío", dijo, "al usar una pieza tan distinguida. Ahora puedo ver por qué Sir Hayle ha alabado tanto sus virtudes".

Solstice se llenó de toda la alegría de una mujer enamorada, y Levana se fue rápidamente, antes de que su propia bilis pudiera quemarle la garganta.

### Capítulo 3

A la mañana siguiente, el día de la coronación de Channary, parecía que todos en la Luna se habían tomado la libertad de pretender que los asesinatos nunca habían sucedido, que los recuerdos del rey Marrok y la reina Jannali vivirían en forma pacífica en sus textos de historia, y que la joven Channary sería una gobernante más justa y equitativa. Levana no estaba segura de cómo todas esas personas creían eso, y sin duda nunca habían conocido a su hermana, pero el derecho de Channary al trono eran incuestionable incluso por ella. Eran, después de todo, las únicas herederas conocidas del linaje Blackburn, ese antepasado lejano que había sido el primero nacido con el don Lunar. Channary, como la hija real mayor, sería reina, y su hijo o hija gobernarían después, y la generación después de esa, y la generación después de esa. Así era como se había heredado la corona desde el día en que la Luna se convirtió en una monarquía, desde el día en que Cyprus Blackburn creó su propio trono.

Levana no sería quien alterara esos valores ahora, sin importar lo mucho que le molestaba saber que esa tonta e insípida Channary pasaría más tiempo coqueteando con sirvientes guapos que discutiendo las dificultades económicas que enfrentaba su país.

Pero Levana sólo tenía quince años de edad, como tan a menudo recordaba, así que ¿qué sabía ella al respecto?

Nada de nada, es lo que diría Channary, o cualquiera de los taumaturgos que se disponían a jurarle lealtad. Su sesgo parecía ignorar las leyes, que la realeza Lunar pudiera gobernar siendo tan jóvenes, con o sin el asesoramiento de un concilio.

Levana estaba en el balcón del tercer nivel, mirando abajo hacia el gran salón donde fue el funeral, donde su hermana sollozó tanto que casi no podía respirar y luego se desmayó, o fingió desmayarse, y fue llevada, de entre todos los guardias, por Evret Hayle, que estaba de pie cerca cuando sucedió. Donde Levana se había quedado sola a meter la pata en un discurso improvisado de mentiras y falsas lágrimas.

Los grises habían desaparecido, reemplazados con los colores oficiales de la Luna, blanco, rojo y negro. Un enorme tapiz colgado en la pared detrás de la tarima, mostraba la insignia Lunar en brillantes hilos tejidos a mano, con un diseño que se había creado tiempo atrás cuando la Luna era una república. Representaba a la Luna y a la ciudad capital de Artemisia en el primer plano, con la Tierra, una vez su aliada, en la lejanía. Era una pieza majestuosa, pero Levana no podía evitar pensar en que habría sido aún más impresionante si hubiera sido hecha por los dedos de Solstice Hayle.

Aunque innumerables sirvientes estaban trabajando duro preparando la ceremonia, y su hermana estaba, sin duda, probándose su vestido en ese momento, Levana se alegró por la serenidad temporal de la sala vacía.

Levana había elegido un sencillo vestido azul zafiro para que combinara con los guantes entregados a sus aposentos esa mañana. Llegaron en una caja blanca, envueltos en crujiendo papel de seda y acompañados por una nota de Solstice, que Levana había tirado sin leer.

Los guantes eran aún más hermosos con la luz del día que entraba por las ventanas del palacio, y el bordado era más delicado y fino de lo que había imaginado. Los hilos comenzaban con una floreciente "L" colocada secretamente en sus palmas, antes de que se encresparan alrededor de sus antebrazos y más allá de sus codos y después por sus hombros como enredaderas vivientes que entonces se mezclaban perfectamente con las cadenas que continuaban en su cuello.

Casi se sentía como una reina allí de pie, y no podía alejar una fantasía en la que ella era la que sería coronada ese día. Aún no se había decidido por un espejismo aceptable para la ocasión, así que en ese momento, se convirtió en su hermana. Veintidós años de edad, madura y elegante, con esos ojos siempre sonrientes.

Pero no. No quería ser Channary. No quería su belleza, no si venía con su crueldad y egoísmo también.

Tan pronto como pensaba en ello otra mujer cruzó por sus pensamientos.

"Me parece que aún no conoce a mi esposa."

El intentar una magia de Solstice Hayle se sentía como algo tabú y reprobable, y extrañamente correcto en lo más profundo de su maldad. Levana pensó en su cutis perfecto y los rizos de cabello oscuro que le cubría los hombros, sus ojos almendrados y la forma en que sus labios tenían un toque de colorete "recién besada", aunque la idea de que ese color carmesí fuera causado por un beso era muy posiblemente un producto de la propia envidia de Levana.

Pensó en las gruesas pestañas coquetas de Solstice, y cómo le había parecido brillar de felicidad, incluso en un día de luto. Pensó en el vientre de Solstice, regordete y redondo con la promesa de un hijo.

El hijo de Evret.

Levana puso una mano en su propio estómago, incorporando el embarazo en el espejismo. ¿Cómo se sentiría tener un ser vivo creciendo dentro de ella? Un niño creado por amor, no por intereses políticos o manipulación.

"Levana, ¿estás...?"

Sorprendida, Levana se dio la vuelta mientras Channary alcanzaba la cima de la escalera. Su hermana la vio y se detuvo. "Oh, tu no eres..."

Channary vaciló, con los ojos entrecerrados. Era una expresión que Levana había visto mil veces. No importaba qué tan segura estuviera de que sus espejismos eran creíbles, Channary siempre veía a través de ellos. Nunca podía reconocer qué estaba descuidando, si era la postura en que se mantenía o una expresión particular o algún otro indicio, como el tic de un apostador. Pero Channary tenía un don especial para descubrirlo.

Sintiendo que Channary aún no había tomado una decisión acerca de la mujer embarazada merodeando en el balcón superior de la gran sala, Levana hizo una humilde reverencia.

"Le ruego me perdone, Su Alteza", dijo con su voz más mansa. "No debería estar aquí arriba. Sólo estaba esperando que mi marido terminara su turno y pensé en venir a admirar las decoraciones".

Pensando que ya había dicho más de lo que una costurera real diría, Levana hizo otra reverencia. "¿Puedo retirarme, Alteza?"

"Sí", dijo Channary, aún reticente, "y no dejes que te pille aquí de nuevo. Esto no es un parque infantil para los perezosos aburridos y desesperados. Si necesita ocupar su tiempo en algo útil mientras esté," Hizo un gesto al estómago de Levana, "reproduciéndose, estoy segura que la ama de llaves puede encontrarle algo para hacer. No habrá ociosidad en mi reinado, ni siquiera para las mujeres en su condición".

"Por supuesto, Su Alteza." Con la cabeza gacha, Levana rodeó a su hermana y se lanzó hacia la escalera.

"Una cosa más."

Se quedó inmóvil, apenas a tres escalones abajo de Channary, y no se atrevió a mirarla a los ojos.

"Eres la esposa de Sir Hayle, ¿no es así?"

"Sí, Su Alteza."

Oyó un paso suave, y otro, mientras Channary se paraba en el escalón encima de ella. Curiosa, Levana se atrevió a levantar la mirada, arrepintiéndose en el momento en que vio la sonrisa de Channary.

"No le dije a su marido lo mucho que disfruté de nuestro tiempo juntos después del funeral," dijo Channary, la voz melodiosa con la que pronunciaba las palabras era como un arroyo burbujeante sobre piedras desgastadas. "Él fue un consuelo para mí, y espero que podamos disfrutar pronto de su mutua compañía de nuevo." Su lengua salió a través de la comisura de su boca mientras admiraba la protuberancia de su falso embarazo. "Es una mujer muy afortunada, Sra. Hayle."

La mandíbula de Levana cayó, horror e indignación llenaron su cabeza tan pronto como su hirviente sangre corrió a su cara. "¡Mientes!"

La insinuante mirada de Channary se volvió inmediatamente arrogante. "¡Eres tú!" Dijo, riendo con deleite. "En el nombre de Luna, ¿qué haces suplantando a la esposa de un guardia? ¡Y encima a una embarazada!"

Cerrando sus manos en puños, Levana se volvió y marchó escaleras abajo. "¡Sólo estoy practicando!" Gritó por encima del hombro.

"¿Practicando tu don?" Dijo Channary, penosamente tras ella. "¿O practicando para una vida de soledad eterna? Deberías saber que no vas a llamar la atención de nadie en la corte al pavonearte como un pobre mujer embarazada. A menos que... ¡oh!" Fingiendo un estupor, Channary puso una mano sobre su boca. "¿Estás esperando que el propio Sir Hayle te vea así? ¿Anhelas que te confunda con su amada? Arrojarlo en sus brazos, besarlo hasta quedarte sin aliento, tal vez incluso... ¿recreando lo que la llevó a su condición actual?"

Reprimiendo su vergüenza, Levana mantuvo un firme control sobre el espejismo de Solstice Hayle, en parte, por el principio del mismo. Channary pensaba que si se burlaba de Levana lo suficiente, podría controlar sus decisiones, y Levana se negaba a permitir que eso fuera cierto.

"Basta," estaba furiosa, había alcanzado el primer rellano. Dobló en una columna tallada para continuar a la planta baja, su mano descansaba sobre su estómago como una mujer embarazada de verdad lo haría. "Sólo estás celosa porque nunca tienes ninguna originalidad en tu..."

Se congeló a mitad de las escaleras.

Dos guardias se pusieron firmes en el rellano inferior.

Uno de ellos era Evret Hayle.

Un estremecimiento pulsaba a través de ella, desde su muy vacío vientre pasando por su pecho y vibrando a través de sus dedos enguantados.

A pesar de todo su entrenamiento, Evret estaba fallando en mantener su expresión estoica y desinteresada. Miró boquiabierto a Levana (Solstice) e intentó muy, muy arduamente mantener un aspecto profesional, pero era conflictivo y confuso.

"¿Solstice?" Tartamudeó, con el ceño fruncido mientras reparaba en el hermoso vestido azul que se tensaba sobre su estómago, y los elaborados guantes bordados que, sin duda, había

visto a su esposa trabajar la noche anterior. "Se supone que debes estar descansando. ¿Qué estás haciendo aquí?"

Levana tragó saliva y deseaba, quería y anhelaba que fuera realmente su amada.

"Vaya", dijo Channary. "Supongo que debería haberte dicho que estaba aquí abajo. Lo olvidé por completo." Bajó por las escaleras hasta que estaba de pie junto a Levana y puso una mano sobre su hombro. "No te preocupes, tontito. Esta es mi hermanita, sólo finge ser tu mujer." Bajó la voz a un susurro exuberante. "Entre tú y yo, creo que podría estar un poco enamorada de ti. ¿No es encantador?"

Levana sintió un gimoteo en la base de la garganta, luchando por salir, y sabía que iba a tener éxito si se quedaba allí un momento más. Trató de averiguar qué fue la peor parte de este momento. Que Evret la hubiera visto hacerse pasar por su esposa, o que pudiera haber escuchado las acusaciones de Channary.

Decidió que todo era mortificante. Decidió que prefería haber sido apuñalada dieciséis veces en el pecho que tienen que vivir este momento insoportable.

Empujando a Channary, se escondió de su cara, su hermosa, perfecta y amada cara, y salió corriendo de la sala. Corrió tan rápido como pudo, haciendo caso omiso de los dispositivos de seguridad que se apresuraron para seguirle el ritmo, haciendo caso omiso de los funcionarios que se lanzaron contra las paredes para quedar fuera de su camino.

Comenzó a arrancarse los guantes en el instante en que llegó a sus aposentos privados. Una de las cadenas se rompió. El dobladillo del otro guante se rasgó. Se desabrochó el collar de oro trenzado, casi asfixiándose a sí misma en su necesidad de quitárselo.

El vestido fue el siguiente, y no le importó si se destrozaba. Quería arruinarlo. Pronto, el vestido y los guantes serían arrumbados y olvidados en la esquina de su armario, y sabía que nunca se los pondría de nuevo.

Era tan estúpida. Solo era una idiota y estúpida chica.

Por pensar siempre que podía ser admirada. Por pensar siempre que podía ser bella, o adorada, o notada. Por pensar siempre que podría ser alguien.

## Capítulo 4

Levana asistió a la ceremonia de coronación vestida de blanco de pies a la cabeza, bajo la apariencia de una princesa de cabello encerado con la piel tan pálida como para ser casi invisible, su desvanecido espejismo ocultaba los rastros de sus lágrimas.

Se sentó en la primera fila y elogió a su hermana cuando el resto de los Lunares reunidos lo hicieron, y se arrodilló cuando el resto de Luna se arrodilló e inclinó la cabeza con todos los demás. Se negó a mirar a Channary, ni siquiera cuando la corona se colocó en su cabeza o cuando tomó el cetro en la mano o el gran manto blanco se puso sobre sus hombros. No cuando bebió la sangre de su pueblo de un cáliz de oro o cuando se cortó la punta del dedo y dejó que su propia sangre salpicara en un tazón de mármol adornado o cuando habló de los votos que Levana sabía que Channary nunca tomaría en serio.

Tampoco miró a Evret, a pesar de que estaba de servicio y se puso de pie directamente en su línea de visión durante todo la ceremonia.

Levana era una estatua. Una niña hecha de regolito y polvo.

Odiaba a su hermana, ahora su reina. Su hermana no se merecía el trono. Desperdiciaría todas las oportunidades que tuviera de ser una gran gobernante. De aumentar el potencial económico de la Luna. De continuar con la investigación y los avances tecnológicos que sus antepasados habían comenzado. De hacer a Artemisia la ciudad más hermosa y envidiable en la galaxia.

Su hermana no se merecía ese cetro. Esa capa. Esa corona.

No se merecía nada.

Pero lo tendría todo. Ella y Solstice Hayle y todas las familias de la corte tendría todo lo que siempre quisieron.

Sólo Levana, demasiado joven y fea en general, seguiría viviendo a la sombra de su hermana hasta que se desvaneció y todo el mundo se olvidara de que alguna vez estuvo allí, para empezar.

## Capítulo 5

Cumplió dieciséis dos semanas después. El país celebró, pero apenas después de la fiesta semanal para festejar la coronación, el cumpleaños parecía ser solo un día más de travesuras reales. Un ilusionista fue contratado para actuar en la fiesta, y asombró a las familias de la corte con hazañas de magia y asombro, y los invitados estaban más que dispuestos a admirar sus fantasías imaginarias.

Levana asistió a su propia fiesta de cumpleaños como una chica invisible y pálida. Se sentó en la mesa principal junto a su bella hermana y fingió no darse cuenta de cómo el ilusionista convertía un mantel en un león y el pañuelo de una dama en un conejo, y la multitud aclamaba, ovacionaba y colocaba generosas apuestas mientras el león perseguía al conejo debajo de las mesas y alrededor de sus tobillos. Entonces el falso conejo saltó al regazo de la reina, que se rió y acarició las largas orejas caídas, y la criatura desapareció. El pañuelo, todavía en la mano del ilusionista, no era más que un pañuelo.

El león se inclinó ante la reina, antes de que desapareciera también. Un mantel común y corriente.

La multitud estaba impresionada, aplaudiendo y riendo.

A nadie parecía importarle que toda ilusión se había centrado en la reina, no en la cumpleañosera.

Después de una serie de florecientes reverencias, el ilusionista tomó una vela cónica de una de las mesas y la apagó. La multitud se quedó en silencio. Levana sintió que era la única persona que no se inclinó hacia delante con curiosidad.

Dejó que el humo negro se elevara naturalmente por un momento, antes de convertirlo en un par de amantes entrelazados. Dos cuerpos desnudos, retorciéndose uno contra el otro.

El libertino espectáculo recibió carcajadas de las familias y sonrisas coquetas de la reina.

Era fácil decir quién calentaría la cama de su hermana esa noche.

Por su parte, Levana podía sentir el calor ardiente en sus mejillas, aunque ocultó su mortificación detrás del espejismo de rostro pálido. No es que tales entretenimientos fueran ofensivos, pero mientras la ilusión continuaba, podía sentir la presencia de Evret en la habitación como una fuerza gravitacional. El saber que estaba viendo el mismo espectáculo sugestivo, escuchando la misma risa obscena, posiblemente pensando en sus propias relaciones con su esposa, hizo que Levana se sintiera tan patética e insignificante como un grumo de su propio pastel.

No había hablado con Evret desde que fue testigo de la suplantación de Solstice, lo que no era del todo inusual, habían compartido más palabras en el funeral que en todo el tiempo que lo conocía. Pero no podía alejar la sospecha de que la estaba evitando, quizás tanto como ella lo estaba evitando.

Levana supuso que aún debía estar mortificado, tanto por su espejismo como por las acusaciones de Channary. Pero no pudo evitar fantasear que tal vez también se sintió halagado. Tal vez había empezado a notar cómo su corazón se perturbaba extra rápido cuando lo veía. Tal vez se estaba arrepintiendo del matrimonio, o se estaba dando cuenta de que el matrimonio era tan solo un tonto convenio tal como muchas de las familias de la corte afirmaban, y que la amaba... él siempre la había amado, pero ahora no sabía qué hacer con las emociones.

Era una fantasía muy compleja, que con frecuencia la dejaba aún más deprimida de lo que había estado antes.

La farsa de humo se desvaneció a aplausos y gritos, y el ilusionista no había terminado su reverencia antes de que cada llama de las velas en la mesa principal explotaran.

Levana gritó, echándose hacia atrás tan rápido que su silla cayó al suelo, junto con ella. Aunque las llamas continuaron rugiendo por encima de ella, brillantes y parpadeantes, se dio cuenta después de un momento de terror que no salía calor de ellas. Ni el pulso mortal del fuego ni el olor a carne chamuscada vinieron.

Nadie más había gritado.

Nadie más había intentado escapar.

Ahora, todo el mundo se reía.

Temblando, Levana aceptó la mano de uno de los guardias reales, los únicos que no estaban mostrando su diversión. Enderezaron su silla, y se acomodó en ella volviendo en sí.

Las llamas seguían ardiendo, cada una de ellas ahora tan altas como una persona, y con su menguante terror, Levana era capaz de discernir que esto era sólo una ilusión. Se movieron sobre la mesa de copas de vino y platos a medio terminar formando una línea de bailarines ígneos, girando y saltando de candelero a candelero.

Channary se reía más que todos los demás. "¿Cuál es el problema, hermanita?" Ven aquí, hermanita. "No puedes tener miedo de un pequeño truco tonto." Quiero mostrarte algo.

Levana se dio cuenta de que no podía responder. Su corazón aún latía salvajemente, y su mirada desconfiada todavía estaba fija en las llamas bailarinas. Su existencia, aunque sólo fuera por un truco mental creado mediante la manipulación de su propia bioelectricidad, le hizo imposible relajarse. No podía apartar la atención de ellas. Lo que estaba bien. No quería ver las expresiones burlonas a su alrededor. Oír la risa ya era bastante malo.

Sólo agradecía que hubiera tenido suficiente práctica con el espejismo de la niña invisible que no había perdido su control.

"¿Tiene la princesa miedo al fuego?", Preguntó el ilusionista. Aunque no detuvo la ilusión, los bailarines dejaron de saltar, en lugar de eso comenzaron a girar lentamente sobre cada candelero. "Pido disculpas, Su Alteza. No lo sabía."

"No te preocupes por ella", dijo Channary, extendiendo la mano hacia uno de los bailarines. "No podemos permitir que sus miedos infantiles arruinen nuestra diversión."

"Ah, tenga cuidado, Su Majestad. El fuego debajo sigue siendo muy real." Para probar su punto, el ilusionista hizo que el bailarín más cercano dimitiera de su vela y de la palma de Channary, dejando la llama muy real parpadeando. Una vez más, la multitud ovacionó su asombro, y de nuevo Levana fue olvidada.

No te preocupes por ella.

Era sólo su cumpleaños, después de todo. Esto era sólo su fiesta.

La actuación terminó con todos los bailarines convertidos en antiguos cohetes que volaron hacia arriba y estallaron en fuegos artificiales.

Una vez que la encantada multitud terminó de aplaudir, se sirvió el postre. Levana se quedó mirando el pastel de chocolate con la escultura de azúcar que se alzaba a casi a un codo de altura por encima de su plato, una delicada serie de rizos y filigrana. Parecía como si fuera a romperse con un solo toque.

Levana no tomó el tenedor.

No tenía hambre. Su estómago todavía estaba hecho un nudo por la explosión de fuego. Podía sentir sus palmas sudando bajo su magia, y eso era el tipo de detalle que era difícil de ignorar y que podría debilitar la concentración de una persona. Después de haberse avergonzando a misma, no permitiría que estas personas vieran de atrás de su magia también.

"Me voy a la cama", dijo, sin dirigirse a nadie en particular. Si alguien hubiera estado prestándole atención, si alguien se hubiera preocupado, la habrían oído. Pero nadie lo hizo.

Echó un vistazo a Channary, que había llamado al ilusionista a su mesa y le estaba dando un bocado de chocolate.

Levana se preguntó cómo se vería el ilusionista detrás de su magia. Era guapo ahora, pero debajo de la superficie, podría ser cualquiera.

Todos ellos podrían ser cualquiera.

¿Por qué ella no podía ser cualquier persona? ¿Por qué no podía ser la única persona que quería ser?

Tal vez el problema era que nunca pudo averiguar quién era esa persona.

Empujó su silla, deleitándose con el fuerte chirrido de las patas en el suelo duro.

Nadie volteó a mirarla.

No fue hasta que había salido del comedor y estaba sola en el pasillo principal cuando alguien la detuvo.

"¿Su Alteza?"

Se volvió para ver que un guardia le había seguido hasta el pasillo. Bueno... tres guardias, pero sólo dos de ellos fueron asignados a seguirla a una distancia respetuosa y garantizar que no se viera amenazada camino a sus aposentos.

Este tercer guardia le era conocido, pero sólo debido a que sabía que había servido a sus padres desde hace algunos años.

"¿Qué pasa?"

Hizo una reverencia. "Perdone mi intrusión, Alteza. Mi amigo, Sir Evret Hayle, me pidió que le diera esto. Le desea un feliz cumpleaños".

Sacó una pequeña caja, envuelta en papel de color marrón claro.

Su corazón se perturbó y cayó en la cuenta de que no podía acercarse para tomar el regalo.

"¿Evret Hayle?"

Asintió.

Es un truco, es un truco, es un truco. Su mente le repitió la advertencia una y otra vez. Esto era algo que su hermana había planeado. Alguna cruel diversión.

Pero su corazón se agitó de todos modos. Su pulso ardió y se precipitó.

Se atrevió a echar un vistazo de nuevo a través de las enormes puertas del comedor. Evret estaba parado en el otro extremo de la sala, pero le sonreía amablemente. Mientras miraba, puso un puño a su corazón, un saludo respetuoso que bien podría no haber significado nada.

O podría haber significado todo.

Eso era toda la confirmación que necesitaba.

"Gracias," dijo, arrebatándole la caja.

El guardia hizo una reverencia y volvió a su puesto.

Le tomó toda su fuerza de voluntad no correr a sus aposentos. Una criada ya estaba allí, esperando para ayudarla a desvestirse y lavarse para la cama, pero Levana la despachó sin siquiera molestarse en que su vestido aún tenía alfileres. Sentado en su falsa vanidad, se obligó a hacer una pausa y respirar, para que pudiera retirar el papel normal con la máxima delicadeza. Sus dedos temblaban mientras desataba los moños, completamente lisos las esquinas.

Dentro de la caja había jirones de más papel marrón y, enclavado entre ellos, un pequeño colgante del planeta Tierra. Plata, tal vez, a pesar de estaba empañado y curvado. Parecía muy viejo.

También había una carta, escrita a mano con una caligrafía espantosa.

Su Alteza Real:

Espero que el darle un regalo de cumpleaños no sea visto como sobrepasar mi puesto, pero vi esto y pensé que podría gustarle. Espero que sea muy feliz en este su decimosexto año.

Su amigo, y más leal sirviente,

Evret Hayle

Una nota fue añadida al final, casi como una posdata,

Mi esposa también envía sus más afectuosos saludos.

Antes de darse cuenta de lo que estaba haciendo, Levana había arrancado la parte inferior de la tarjeta, rasgando la mención de su esposa y la rompió en trozos pequeños. Luego levantó el colgante de la caja y lo acunó contra su pecho, sonriendo, mientras leía las palabras de Evret una y otra vez. Interpretándolas. Analizándolas. Una y otra y otra vez.

## Capítulo 6

"Me complace informar que nuestro equipo de investigación y desarrollo de bioingeniería ha estado haciendo grandes progresos en los últimos meses", dijo el Taumaturgo Mayor Joshua Haddon, de pie ante el trono de la reina y la audiencia de aristócratas con las manos metidas en sus amplias mangas. "El Dr. Darnel cree que los últimos avances en la manipulación de impulsos bioeléctricos darán como resultado una exitosa modificación de los instintos naturales. Si Su Majestad lo aprueba, el equipo tiene previsto comenzar las pruebas en sujetos de prueba lunares dentro de los próximos doce meses".

Channary metió una flor de calabaza frita en su boca y agitó la mano hacia taumaturgo. Después de tragarla, lamió la mantequilla de sus dedos. "Sí, está bien. Hagan lo que piensan".

"Entonces será hecho, mi reina." Comprobando de su informe, el Taumaturgo Haddon procedió a la siguiente cuestión de negocios, algo que ver con un método para aumentar la productividad en el sector textil.

Levana quería saber más acerca de los soldados. Había oído hablar de la elaboración en curso de soldados modificados desde hace años. Era un programa que su padre empezó, hace tal vez una década, y muchas de las familias despreciaron como un concepto ridículo. ¿Crear un ejército que no se basara en su don Lunar, sino en los instintos animales? Ilógico, lo llamaron. Absurdo. Monstruoso.

Levana recordó que a su padre le había gustado esa descripción. Monstruoso era precisamente lo que quería lograr, y la investigación se inició por orden del rey. A pesar de que no vivió para ver que sus esfuerzos dieran fruto, Levana estaba intrigado por su fantasía.

Todo un ejército de criaturas mitad hombres mitad bestias. Soldados que tuvieran la inteligencia de los seres humanos, pero la percepción sensorial de los depredadores salvajes. No lucharían por medios de guerra esperados y previsibles, sino más bien por los más bajos instintos de caza y supervivencia para aterrorizar, saquear y devorar a sus enemigos.

La idea le dio a Levana un escalofrío a lo largo de su columna vertebral, y no para mal. La tentación de controlar el tipo de fuerza bestial estos soldados le había hecho agua la boca. Con ese tipo de poder siempre podría aquietar la burla que la seguía en los pasillos del palacio, los continuos rumores sobre la fea, patética y pequeña princesa.

"Bien, bien", dijo Channary través de un bostezo, interrumpiendo la frase del taumaturgo. "Lo que sea que creas que es mejor. ¿Ya casi terminamos?"

Joshua Haddon no parecía en absoluto desanimado por el desinterés de la reina en la política pública y el bienestar de su país, a pesar de que Levana tuvo que hacer un gran esfuerzo por no poner los ojos en blanco. A pesar de los pensamientos distraídos ocasionales, legítimamente quería saber lo que estaba pasando en el sector exterior. Quería escuchar las ideas de la corte de mejora. Tal vez simplemente podrían enviar a Channary a su siesta de la tarde y permitir que Levana se encargara del resto.

Aunque todo el mundo se habría reído desdeñosamente si hubiera sugerido tal cosa.

"Sólo una cuestión más para discutir, mi reina, antes de levantar la sesión."

Channary suspiró.

"Como usted bien sabe, Mi Reina, nuestros gobernantes anteriores, que en lujuria divina descansan, estaban en proceso de desarrollar un arma bioquímica de la cual tenemos razones para creer que podría ser muy eficaz en todos los esfuerzos de negociación con la Tierra,

especialmente teniendo en cuenta nuestra continua relación antagónica y la posibilidad de que algún día podría desembocar en violencia".

"Oh, por todas las estrellas", dijo Channary, echando la cabeza hacia atrás con un gemido sobreactuado. "¿Es necesaria toda esta palabrería? Al grano, Joshua. ¿Cuál es tu punto?"

Los miembros de la corte rieron detrás de sus delicadas manos.

El Taumaturgo Haddon se puso un poco más erguido. "Uno de nuestros laboratorios ha inventado una enfermedad contagiosa que, aunque todavía somos incapaces de probarlo, creemos que sería fatal para los Terrestres. A medida que nuestra relación con la Tierra ha ido volviéndose cada vez más hostil y pudiera seguir empeorando si no podemos forjar una alianza y restablecer los acuerdos de libre comercio en la próxima década, el rey Marrok pensó que esta enfermedad podría ser una forma de debilitar cualquier oposición Terrestre, tanto en número como en recursos".

"Y estoy seguro de que mi padre estaba en lo cierto. Pueden proceder con su... investigación. Se levanta la sesión."

"Debo pedir un momento más de su valioso tiempo, mi Reina."

Resoplando, Channary se hundió en su asiento. "¿Qué?"

"Todavía existe la cuestión de un antídoto."

Cuando no ofreció más explicaciones, Channary se encogió de hombros.

"Por muy tentador que puede ser el liberar un día esta enfermedad en la Tierra sin la preocuparnos por las repercusiones", explicó Haddon, "algunos estrategas, incluido yo mismo, sentimos que una declaración aún más fuerte haría que la Tierra creyera que la enfermedad es un acto del destino, incluso un castigo. Y entonces el ofrecer un antídoto como un medio para librarse de la enfermedad, podría ser el factor que garantizaría que cualquier futura discusión de la alianza se inclinara a nuestro favor".

"¿Quiere asegurarse de que se enfermen", dijo Channary, lenta y cansada, "y entonces quiere curarlos? Esa es la táctica de guerra más estúpida que he escuchado".

"No, no lo es", dijo Levana. La atención de un centenar de miembros de la corte real se volvió hacia ella, junto con la repentina mirada iracunda de su hermana, mirando hacia abajo de su trono. Levana cuadró los hombros y se negó a dejarse intimidar. "Ellos no tienen que saber que la enfermedad viene de nosotros. Sería el mejor tipo de la guerra, el tipo que nadie piensa que es una guerra en absoluto. Podríamos debilitar la Tierra sin riesgo de represalias." Desviando su atención del taumaturgo, alzó la vista hacia Channary para encontrar que su hermana estaba derramando veneno de sus ojos. No le molestó a Levana, sin embargo. Había visto el potencial donde Channary no. "Y luego, una vez que estén tan oprimidos como para plantearnos amenaza alguna en caso de guerra total, abrimos las negociaciones pacíficas. Hacemos nuestras demandas, y ofrecemos la única cosa que quieren más que cualquier otra cosa, un antídoto para la enfermedad que los ha lisiado. Sería visto como la mejor muestra de buena voluntad, no sólo que hemos estado utilizando nuestros propios recursos para desarrollar el antídoto, sino ofrecemos a fabricarlo y distribuirlo, a nuestros enemigos anteriores. ¿Cómo iban a negarse a cualquiera de nuestras peticiones?"

"Esa es precisamente la estrategia que proponemos", dijo el Taumaturgo Haddon. "La joven princesa lo dejó bien claro, muchas gracias."

A pesar de la amabilidad de sus palabras, algo en su tono hizo que Levana sintiera castigada. Como si su presencia en estas reuniones fuera apenas tolerada, y ciertamente nadie la había invitado a intervenir.

"Supongo que veo el potencial", dijo Channary, jugando con un mechón de pelo. "Pueden continuar con el desarrollo de este antídoto."

"Ese es precisamente el dilema que atravesamos, mi reina."

Ella levantó una ceja. "Por supuesto que hay un enigma, ¿no es cierto?"

"Ya hemos encontrado un medio para desarrollar un antídoto, y su eficacia contra los microbios infectados ha sido probada con éxito a través de múltiples pruebas. Sin embargo, ese antídoto se desarrolla utilizando las células sanguíneas de Lunares sin don".

"¿Caparazones?"

"Sí, mi Reina. Los caparazones contienen los anticuerpos necesarios para la producción del antídoto. Por desgracia, hemos visto lo laborioso y costoso que es obtener muestras de sangre de caparazones cuando su población está tan ampliamente dispersa por todos los sectores exteriores, y los sucedáneos hasta ahora no han tenido éxito."

"Bueno, entonces, ¿por qué no los enjaulamos como los animales que son? Lo llamaremos castigo por el asesinato de mis padres." Un nuevo brillo apareció en los ojos de Channary. "Eso es bastante brillante, de hecho. Hagamos a todos saber que los caparazones son peligrosos, y que la Corona ya no tolerará la indulgencia que les hemos dado en los últimos años. Podemos promulgar una nueva ley si eso ayuda".

El Taumaturgo Haddon asintió. "Creo que es un plan de acción racional, mi reina. Hasta ahora, la Taumaturgo Sybil Mira ha sido embajadora de la corte con el equipo de investigación bioquímica. Tal vez sea una buena candidata para comenzar la planeación de un procedimiento para la óptima obtención de las muestras de sangre".

Una joven salió de la línea de taumaturgos, vestida con un abrigo de color rojo granate, con el cabello negro brillante cayendo por su espalda. Era hermosa de la manera que todos los miembros del séquito de la reina eran hermosas, pero también había algo admirable en la forma en que mantenía su postura. Una confianza que brillaba. Aunque su puesto estaba debajo del Taumaturgo Mayor, su postura y la tenue sonrisa parecían indicar que no creía que estuviera por debajo de nadie en absoluto.

A Levana le agradó de inmediato.

"De acuerdo. Declaro a la Taumaturgo... er..."

"Sybil Mira, mi Reina", dijo.

"Mira como representante real oficial de... oh, no lo sé." Channary suspiró. "Asuntos de caparazones. Tienes mi permiso, mediante real decreto, para hacer lo que se tenga que hacer por el bien de... todo el mundo." Los dedos de Channary bailaron caprichosamente por el aire mientras encadenaba las palabras juntas, como si estuviera componiendo un bonito poema en lugar de emitir un decreto que podría impactar las vidas de cientos de ciudadanos... o miles, una vez que se tuvieran en cuenta sus familias.

Aún así, los taumaturgos se inclinaron respetuosamente cuando terminó y, por último, la sesión fue levantada. El público se puso de pie con la reina, pero antes de salir, Channary fijó su dulce sonrisa en Levana.

"Querida hermanita," susurró. Ven aquí, hermanita. Levana se estremeció antes de que pudiera prepararse, pero si Channary lo notó, no lo demostró. "Tengo un cita con mi costurera esta tarde. ¿Por qué no vienes conmigo? Te beneficiaría tener algunos vestidos que no sean tan... tristes".

Levana no necesitaba bajar la mirada hacia su vestido de color amarillo pálido, o ver cómo el color se desvanecía en su espejismo de piel pálida, para saber de lo Channary estaba hablando. Había perdido el interés en que se notara. Dejar saber cuán alegre y justa era Channary. La Princesa Levana se ganaría el respeto en la corte por ser inteligente e ingeniosa. Para cumplir con las necesidades de su país cuando la Reina estuviera demasiado ocupada haciendo cabriolas con sus muchos pretendientes.

"Gracias, pero no necesito un vestido nuevo, mi Reina."

"Está bien, no te pruebes nada, entonces. Vas a ser un excelente perchero mientras me arreglan. Ven conmigo".

Ahogó un gemido, la idea de negarse a su hermana ya era agotadora.

Channary se inclinó hacia adelante, y todos los taumaturgos y aristócratas reverenciaron. Caminando a la estela de su hermana, Levana imaginó que era a ella a la que realmente estaban inclinándose.

Mientras seguía a su hermana en el pasillo del palacio, vio que Evret que venía hacia ellos. Su corazón repiqueteaba, pero Evret ni siquiera la miró, simplemente se detuvo y saludó a la reina a su paso, con su puño sobre el pecho. Levana trató de llamar su atención, pero él se quedó mirando la pared por encima de su cabeza, inexpresivo como una estatua.

Sólo cuando miró hacia atrás unos pasos más adelante se dio cuenta de que había llegado a cambiar de turno con uno de los otros guardias. El cambio de guardia fue rápido y sencillo, como un reloj bien engrasado. Tragando saliva, Levana miró de nuevo hacia delante, para no chocar con una pared. Esta podría ser su oportunidad para darle las gracias por el colgante que estaba, ya entonces, colgando alrededor de su cuello, escondido debajo de su vestido.

Podía oír las botas de Evret sonando detrás de ella. Sintiendo su presencia alrededor de ella. La parte de atrás de su cuello se estremeció, y lo imaginó mirándola. Admirando la curvatura de su cuello. Su mirada pasando íntimamente por su espalda.

Sus emociones estaban por los suelos en el momento en que habían llegado al pasillo principal del palacio y giraron para ascender hacia los aposentos de Su Majestad en la planta superior. A Channary no le gustaba tomar los ascensores. En una ocasión le había dicho a Levana que se sentía regia al tener que levantar su falda mientras subía y bajaba las escaleras.

Levana tuvo que contenerse de preguntar si esa era la misma razón por la que levantaba su falda siempre.

"¿Su Majestad?"

Channary se detuvo y Levana se tropezó detrás de ella. Se volvió y vio a una chica no mucho mayor que ella, vestida con utilitaria ropa de civil. Estaba sin aliento y enrojecida, su cabello caía de un moño suelto en mechones desordenados.

"Pido disculpas por mi atrevimiento, Mi Reina", dijo la chica, jadeando. Se inclinó sobre una rodilla.

Channary se mofó, disgustada. "¿Cómo te atreves a acercarte de una manera tan informal? Tendré que flagelarte por tu falta de respeto".

La chica se estremeció. "Lo... lo siento", tartamudeó, como si no hubiera sido escuchada la primera vez. "Fui enviada por el Dr. O'Connor desde el centro médico AR-C con un mensaje urgente para..."

"¿Te pregunté quién te envió?", Dijo Channary. "¿Sugerí modo alguno que me importaba quién o de dónde fuiste enviada, si tenías un mensaje o para quién podría ser? No, porque no tengo el tiempo para escuchar a toda persona que buscara una audiencia conmigo. Hay un forma de hacer que tu voz sea escuchada. Guardias, escolten a esta mujer fuera".

Los ojos de la chica se abrieron. "Pero..."

"Oh, por todas las estrellas, yo me encargo de su solicitud", dijo Levana. "Vaya a su cita, ya que es claramente más importante que escuchar un mensaje de una chica que se ha quedado harapienta tratando de llegar hasta aquí."

Channary gruñó. "No vas a hablarme irrespetuosamente en frente de uno de mis subditos."

Levana apoyó las manos contra la falda, para evitar que se convirtieran en puños. "No quiero faltarle el respeto, mi reina. Sólo me parece que tiene muchos asuntos en su horario, así que por favor, permítame ayudarle con sus deberes reales." Asintió con la cabeza a la chica, que aún permanecía en una rodilla. "¿Cuál es tu mensaje?"

La chica tragó saliva. "Es para un guardia real, Su Alteza. Sir Evret Hayle. Su esposa se empezado a dar a luz. Temen... el médico ... han solicitado que viniera a verla de inmediato".

Levana sintió una opresión alrededor de su caja torácica, forzando todo el aire de sus pulmones. Echó un vistazo detrás a tiempo para mirar el creciente temor en la cara de Evret.

Pero entonces Channary se echó a reír. "Qué pena. Sir Hayle acaba de empezar su turno. Su mujer tendrá que esperar hasta que sea relevado. Vamos, Levana." Levantando su falda, comenzó a marchar por las escaleras.

Evret miró a la chica, una enfermera, tal vez, o un asistente, y a la reina que se alejaba. Parecía pegado a su lugar en el medio del pasillo. Dejarlo sería desobedecer una orden directa de su soberana. Tal acto lo convertiría en un traidor, y resultaría en un castigo que Levana apenas podía imaginar.

Pero su indecisión no disminuyó. La desesperación de desafiar a la reina.

Encima de eso, la propia curiosidad de Levana se despertó. Los bebés nacían todo el tiempo y las complicaciones eran muy raras, y, sin embargo, Solstice parecía tan débil...

Levana dio un paso adelante. "¿Hermana?"

Channary se detuvo, casi al final de la escalera.

"Voy a la ciudad, y necesito una escolta. Sir Hayle irá conmigo".

Su hermana tenía una cara de homicida cuando se volvió, pero Levana levantó la cabeza y fijó su mirada sobre ella. Sufriría las consecuencias más tarde, y sabía muy bien que habría consecuencias. Pero dudaba que Channary se arriesgara a ser desafiada en público por segunda vez, y de esta manera sólo ella tendría la culpa. Evret sólo estaría siguiendo órdenes. Sus órdenes.

El momento de tensión pareció durar siglos. Levana esperó, y se imaginó que podía sentir los latidos del corazón aterrorizado de Evret golpeando en ella, incluso a seis pasos de distancia.

"Bien", admitió finalmente Channary, su voz era indiferente, y toda la tensión parecía derretirse. Era una respuesta falsa, Levana lo sabía. "Si pasas cerca de Lake Boulevard, tráeme algunos petites de manzana, ¿quieres?"

Moviendo su cabello, la reina se volvió y continuó subiendo las escaleras.

Curiosamente mareada, Levana se dio cuenta de que había estado conteniendo el aliento.

Sólo cuando Channary ya no era visible, Evret rompió su posición de vigilante. "¿Mi esposa?", Dijo, su voz estaba cargada de emoción, sus hombros, sus ojos. Pasó junto Levana y agarró los codos de la enfermera, poniéndola de pie. Parecía cauteloso y ansioso, casi como si hubiera estado esperando esto. "¿Es que ella ...?"

Todavía pálida por su encuentro con la reina, la enfermera se tomó un momento para comprender su pregunta, antes de arrugar el ceño con simpatía. "Debemos darnos prisa."

## Capítulo 7

Levana se quedó en una sala de espera mientras la enfermera acompañó a Evret por el estéril pasillo blanco del centro médico. Los vio detenerse en una puerta, y el rostro de Evret estaba tan retorcido por la preocupación que Levana deseaba poder envolver sus brazos alrededor de él y dejar que todas sus preocupaciones se desahogaran en ella. La enfermera abrió la puerta e incluso desde esta distancia Levana oyó un grito agudo antes de que Evret desapareciera en el interior y la puerta se cerrara detrás de él.

Su esposa se estaba muriendo.

La enfermera no lo había dicho, pero Levana sabía que era verdad. Estaba claro que se habían apresurado a traer a Evret aquí porque sería su única oportunidad de decir adiós, tal y como estaba claro que no era una sorpresa para él. Tal vez ella había estado enferma. Quizás en el embarazo ya había sufrido complicaciones.

Levana recordó a Solstice en el funeral. Parecía tan frágil como un jarrón de porcelana. La preocupación en la cara de Evret cuando se movían a través de la línea de recepción.

Levana iba y venía por la sala. Una tele red fija a la pared estaba transmitiendo un drama silencioso en el que todos los actores llevaban máscaras y trajes elaborados y giraban juntos en una grácil danza, ajena a las sillas vacías de la sala de espera.

No dejaba el palacio a menudo, pero ahora le resultaba refrescante estar donde nadie reconocería la magia que había estado usando desde la coronación. La chica invisible, la princesa desconocida. Podía haber sido cualquiera, para que todos los médicos y enfermeras la conocieran. El centro médico no era muy grande, las enfermedades eran raras en Artemisia, así que la mayoría de las clínicas servían para tratar los huesos rotos, aliviar algún paciente de edad avanzada en la muerte o, por supuesto, los partos.

A pesar de ser pequeña, la clínica estaba llena, el personal constantemente pasaba por los pasillos, entrando y saliendo de innumerables puertas. Pero Levana sólo podía pensar en Evret y lo que estaba pasando detrás de esa puerta cerrada.

Su esposa se estaba muriendo.

Él estaría solo.

Levana sabía que era incorrecto pensar en ello, pero no podía negar totalmente la chispa que encendió detrás de su esternón.

Era el destino.

Esto estaba destinado a pasar.

Sus amables palabras en el funeral. Su tímida mirada durante su fiesta de cumpleaños. El encanto del colgante de la Tierra. Su amigo, y más leal sirviente.

¿Había emoción detrás de las palabras, algo que no pudo decir hasta ahora? ¿Era posible que la quisiera tanto como ella lo deseaba?

Evret parecía el tipo que nunca dejaría de lado sus votos de matrimonio, sin importar lo mucho que anhelara a otra. Y ahora no tendría que hacerlo. Podría ser suyo.

Pensarlo hizo que todo el cuerpo temblara con expectación.

¿Cuánto tiempo iba a esperar antes de hacerle saber sus intenciones? ¿Cuánto tiempo iba a llorar la pérdida de su esposa antes de que se tomara la libertad de declararse a Levana, su princesa?

La espera sería agonizante. Tendría que hacerle saber que estaba bien llorar y amar al mismo tiempo. No lo juzgaría, no cuando estaban tan claramente destinados el uno al otro.

El destino se estaba llevando a su esposa. Era como si las estrellas mismas estuvieran bendiciendo su unión.

La puerta del pasillo se abrió.

Sin esperar una invitación, Levana se apresuró, la preocupación y la curiosidad pulsaban a través de sus venas.

Justo antes de que se parara en la puerta, una camilla salió de ella y Levana saltó hacia atrás para evitar que la esquina le golpeará el estómago.

Pegada de espaldas a la pared, Levana vio que no se trataba de cualquier camilla médica, sino de un pequeño tanque de animación suspendida. El bebé acostado en la blanda superficie azul chillaba y lloraba, con sus pequeñas manos y sus arrugados dedos agitados al lado de su cabeza. Sus ojos no estaban abiertos.

Levana tuvo el repentino instinto de tocar al niño. De pasar su dedo a lo largo de esos pequeños nudillos. De acariciar los cortos mechones de pelo negro que brotaban de ese tierno cuero cabelludo.

Pero luego se fue, rodando fervientemente por el pasillo.

Levana se volvió hacia la puerta. Cuando la puerta se deslizó cerrándose, vio a Evret con su uniforme de guardia, encorvado sobre su esposa. Un manto blanco. Sangre en las sábanas. Un sollozo.

La puerta se cerró.

El sonido del llanto de Evret continuó en los oídos de Levana, retumbando dentro de su cabeza. Una y otra vez y otra vez.

## Capítulo 8

Pasó una hora. Pasó más tiempo en la sala de espera. Se aburríó. Pasó por la puerta cerrada que la separaba de Evret una docena de veces, pero nunca salió. Comenzó a tener hambre, y se dio cuenta de que lo único que tendría que hacer es decirle a una persona su identidad y demandar que trajeran algo de comer, y cualquier persona en este edificio se arrodillaría y cumpliría sus deseos. El saber ese hecho le hizo querer no hacerlo, y se obligó a ignorar el punzante en el estómago.

Por último, se puso a deambular por los pasillos, haciéndose a un lado cuando las personas pasaban, concentradas y determinadas. Encontró la sala de maternidad fácilmente y entró a mirar a los recién llegados a través de un panel de vidrio. Una enfermera estaba en el otro lado, administrando fármacos y revisando signos vitales.

Encontró al hijo de Evret. Una etiqueta se había impreso en el lado del tanque.

Hayle

3 de enero de 109 T.E., 12:27 U.T.C.

Género: F

Peso: 3,1 kg

Tamaño: 48.7 cm

Así que tuvo una niña. Su piel era oscura como la de su padre, sus mejillas tan redondas y tangibles como las de un querubín, y los mechones de pelo eran lo suficientemente largos para rizarse como un halo alrededor de su cabeza, sobre todo ahora que la habían limpiado. Ya no estaba llorando, estaba allí en completa paz, su pequeño pecho subía con cada respiración. Era imposiblemente pequeña. Era alarmantemente delicada.

Levana no había visto a muchos bebés, pero podía imaginar que este era el niño más perfecto que jamás había nacido.

La niña era la única bebé en la sala de observación con una manta envuelta que no era azul de hospital claro. En cambio, el material de algodón suave había sido bordado a mano, una docena de diferentes tonos de blanco y oro creando un paisaje brillante alrededor de la forma diminuta de la niña. Al principio Levana pensó que se trataba de la salvaje y desolada superficie de la Luna fuera de los biodomos, pero luego se dio cuenta de los troncos negros de los árboles sin hojas y, en algún lugar cerca de los tobillos del bebé, manoplas rojas marcadas yacían abandonadas en la nieve, de la clase de las que Levana sólo había visto en los cuentos infantiles. Esta era una escena de la Tierra, de una estación oscura y fría que la Luna nunca experimentó. Se preguntó incluso que habría pensado Solstice de ella.

Esto era claramente el trabajo de Solstice Hayle.

Echando a volar su mente, Levana imaginó que este bebé era suyo. Que ella había sido la que había pasado horas y horas de amor creando esa ilusión en la tela. Se preguntó cómo sería ser una madre orgullosa y agotada, amando y adorando, mirando a la sana niña que había dado a luz.

Su espejismo cambió casi sin que se diera cuenta. Solstice Hayle. Amada esposa. Madre encantadora. Esta vez Levana dejó su vientre plano y su esbelta figura. Apretó un dedo contra el cristal, trazando el contorno de la cara del niño en el otro lado.

Entonces vio una sombra. Su propia sombra en el cristal. Su propio reflejo.

Levana se estremeció y la magia se desvaneció. Se apartó, tapándose la cara con las dos manos.

Le tomó mucho tiempo sacar la imagen de sus pensamientos. Para recuperar la magia de piel pálida, cabello encerado y helados ojos azules.

"Puede verla desde aquí," dijo una voz desde el pasillo.

Levana levantó la cabeza mientras Evret era conducido a la sala. Parecía como si acabara de despertar de un sueño inquietante. Tenía los ojos enrojecidos cuando la miró y se tomó un momento para parpadear. Como si no pudiera verla, o no pudiera recordar de dónde la conocía.

Levana tragó saliva.

Sus ojos la reconocieron y agachó la cabeza. "Su Alteza. No me di cuenta de que todavía estaría aquí..." Su mandíbula se tensó por un momento. "Pero, por supuesto, debe necesitar una escolta. Yo... siento mucho haberla hecho esperar".

"No, en absoluto", dijo. "Yo podría haber pedido..."

Pero ya no la estaba mirando. Su atención se había desplazado al cristal y se aferró a su niña. Una emoción insondable empañó su mirada mientras colocaba sus dedos contra el alféizar.

Entonces, entre la angustia y la soledad, había amor. Tan abierto e intenso que le robó el aliento de Levana.

Que no habría dado Levana por que la mirara así.

"Me dicen que estará bien", dijo.

Levana se mantuvo de espaldas a la ventana, por miedo a mirar su reflejo y perder el control de su espejismo de nuevo. Por miedo de que si Evret la veía como realmente era, no la querría más.

"Es hermosa," dijo Levana.

"Es perfecta," murmuró Evret.

Levana se atrevió a fijar la vista en su perfil. La plenitud de sus labios, la pendiente de la frente. "Se parece a ti."

No respondió durante un largo tiempo. Simplemente se quedó mirando a su niña mientras Levana lo miraba fijamente. Finalmente, dijo: "Creo que se convertirá en su madre, cuando sea mayor." Hizo una pausa, y Levana vio la tensión de su nuez de Adán en su garganta. "Su madre..." No pudo terminar. Se llevó las manos a la boca, entrelazando juntos los dedos. "Daría cualquier cosa..." Presionó su frente contra el vidrio. "Va a crecer sin una madre. No es justo".

Levana sintió que su corazón se extendía, como si estuviera tratando de llegar a él, tratando desesperadamente de conectar. "No digas eso," susurró, colocando una mano vacilante sobre el brazo de Evret, y se alegró cuando no se apartó. "Estas cosas pasan por algo, ¿no? Mira la hija que te ha dado. Sirvió a su propósito".

Levana reconoció la insensibilidad de lo que había dicho en el mismo momento en que Evret se apartó de ella. Se volvió hacia, ofendido, y la vergüenza se arrastró al instante por la piel de Levana.

"Eso no es... no quise decir eso. Sólo que... que usted y la niña todavía tienen una vida entera por delante. Sé que debe estar dañando ahora, pero no renuncie a la esperanza de la felicidad futura, y todas las cosas buenas que aún están por venirle."

Él arrugó su rostro, como si se tratara de dolor físico, y a Levana se le ocurrió que probablemente estaba diciendo todas las cosas mal. Quería consolarlo, pero no podía imaginar estar devastado por la pérdida de alguien. Nunca lo había sentido antes.

Además, el futuro era claro ahora, incluso si él no podía verlo a través de su dolor. Él vendría a amarla, a Levana, una vez que se le dio la oportunidad de hacerle feliz.

"He llamado a un amigo mío, otro guardia... Garrison Clay. Él y su esposa vendrán aquí, para ayudar..." inhaló con dificultad "...para ayudar con los preparativos, y... con el bebé..." Se aclaró la garganta. "Él puede acompañarla de regreso al palacio. Me temo que voy a serle útil en mi estado actual, Su Alteza".

Los hombros de Levana cayeron. Se había llenado con fantasías de lo que podría suceder cuando Evret la acompañara de vuelta, la llevara a sus aposentos y se diera cuenta que ya no estaba obligado a serle fiel a una sola mujer.

Ninguna de esas fantasías involucraban dejarlo aquí para llorar.

"Puedo quedarme contigo," dijo. "Yo puedo serle de consuelo. Puedo..."

"Ese no es su papel, Alteza, pero gracias por su amabilidad. Habría preferido que no me hubiera visto así en absoluto."

"Oh." Puso la confesión sobre sus pensamientos, preguntándose si estaba destinada a ser adulación.

"No le he dado las gracias por lo que hizo hoy. Con la reina. Pero tiene mi gratitud. Sé que no debió haber sido fácil para usted".

"Por supuesto. Haría cualquier cosa por usted".

La miró, sorprendido, y al borde de la inquietud. Vaciló, antes de alejarse de nuevo. "Es usted misericordiosa, princesa. Pero no soy más que un guardia. Mi lugar está para servirle."

"Usted no es sólo un guardia. Usted es... usted sea quizás mi único amigo".

Evret hizo una mueca, que no pudo entender.

Su voz se redujo. "Después de todo, usted fue la única persona que me dio un regalo de cumpleaños."

La mirada de dolor se convirtió en una de simpatía, y mientras su triste mirada la miraba otra vez, ella sacó el colgante de donde había sido escondido, debajo de la blusa de su vestido. Su tristeza sólo parecía aumentar cuando lo vio. "Lo he usado todos los días desde que me lo diste," dijo, tratando de hablar con el anhelo en su garganta. "Lo valoro por encima de todas las joyas de la corona, por encima de... encima de cualquier cosa en esta luna."

Con un profundo suspiro, Evret tomó su encanto y lo envolvió en los dedos de Levana, entonces encerró su mano entre la suya. Levana se sentía empujada y delicada, como si su corazón estuviera en su palma, pero con algo de encanto vintage.

"Eres una chica encantadora", dijo Evret, "y mereces las joyas más preciadas que alguna vez han adornado a una princesa. Me siento honrado de que me considere un amigo".

Pensó que iba a besarla, pero en cambio apartó las manos y se volvió hacia la ventana.

Su corazón estaba repiqueteante ahora, y sabía que su piel estaba enrojecida. Permitted que algún rubor se mostrara a través de su magia. "Yo no soy como Channary. No quiero joyas. Lo que anhelo es mucho más valioso que eso." Levana avanzó hacia él hasta que su hombro le rozó el brazo. Evret se alejó, apenas.

Está de luto, se recordó. Está haciendo lo que cree que es correcto.

Pero siendo justos parecía tan poco importante cuando su sangre hervía bajo su piel. Cuando sintió que su corazón se saldría a través de sus las costillas si no la tomaba en sus brazos.

Se pasó la lengua por el labio inferior, elevando todos sus sensaciones, y avanzó hacia él de nuevo. "Sir Hayle... Evret..." La sensación de su nombre en sus labios, nunca sino en susurros en sus profundas fantasías, envió un escalofrío que le recorrió la espalda.

Pero él se alejó otra vez, y su voz cambió. Más severa ahora. "Creo que sería mejor que esperara en el vestíbulo, Su Alteza."

Su repentina frialdad la hizo detenerse, y Levana lentamente retrocedió un paso.

De luto. Está de luto.

Tragó saliva, sus ilusiones se disiparon. "Lo siento. Yo no estaba... No quise decir... sólo puedo imaginar lo que está pasando..."

Su expresión se suavizó, pero todavía no la miró. "Lo sé. Todo está bien. Sé que sólo está tratando de ayudar. Pero, por favor, Su Alteza. Me gustaría estar solo ahora".

"Por supuesto. Entiendo." Aunque en realidad no lo hizo.

Lo dejó de todos modos, porque se lo había pedido, y ella haría cualquier cosa por él. Tal vez no podía entender su dolor, pero entendió que Evret Hayle era un buen hombre, y que Solstice había sido muy, muy afortunada.

Pronto, se dijo a sí misma. Su vida estaba cambiando, y tal vez pronto podría ser muy, muy afortunada también.

## Capítulo 9

Soñaba con él constantemente. Tomando su mano en el comedor, mientras que su hermana parloteaba sin cesar de los nuevos vestidos que había encargado. Mirándola con amor en la sala del trono, mientras que los taumaturgos discutían monótonamente sobre políticas obsoletas que Channary nunca se molestaría en comprender o mejorar. Y cada noche metiéndose en la cama con ella, envolviéndola en sus brazos musculosos y soplando besos cálidos en su cuello.

Una ilusión suya estaba con ella cuando se despertaba cada mañana.

Una sombra de él la seguía por todos los pasillos.

Cada vez que veía a un uniforme de guardia en la esquina de su ojo, su corazón revoloteaba y giraba su cabeza para ver si era él, aunque a menudo no era más que sus propios estúpidos guardias que la seguían a una distancia respetuosa.

Pasaron tres días y su tiempo oficial de luto terminó, pero no lo vio.

Pasó una semana.

Se le ocurrió que podría haber obtenido la autorización del palacio para hacer frente a la muerte de su esposa y pasar tiempo con su hija pequeña, así que trató de ser paciente. Para darle el espacio y el tiempo. Esperar hasta que viniera a ella, porque seguro que lo haría. Seguramente la extrañaba tanto como ella lo echaba de menos.

Se lo imaginó en su cama por la noche, solo y soñando con ella en sus brazos.

Se lo imaginó viniendo a sus aposentos, cayendo de rodillas mientras confesaba lo mucho que la adoraba, y cómo no podía vivir otro momento sin conocer el sabor de sus labios.

Los imaginó como una familia feliz, Levana, Evret y la niña, jugando algo de fantasía juntos en los viveros del palacio. Soñaba con la pequeña niña regordeta gateando a su regazo y quedándose dormida en sus brazos. Fantaseaba con la suave mirada de Evret sobre ellas, sabiendo que su familia estaba completa.

Que estaban destinados a estar juntos.

Que era el amor de su vida.

Pasó otra semana, y todavía no tenía noticias de él, no lo había visto en absoluto. Con cada día, su anhelo crecía y crecía.

Entonces, después de que todo un largo día había ido y venido, su fantasía se hizo realidad.

Llamaron a la puerta de sus aposentos privados, y Sir Evret Hayle se anunció.

Levana saltó del rincón donde había estado viendo un documental sobre la colonización temprana de la Luna, apagando el holograma, al mismo tiempo que activó la magia de la chica invisible pálida.

"Evret!", Gritó, su corazón latía contra su esternón.

Dio un paso atrás, sorprendido, quizás en por su exuberancia o la familiaridad con la que utilizó su nombre. Tenía en la mano un paquete de tela negra y dorada en sus brazos.

Sus dos guardias personales se pusieron de pie a cada lado de él, carentes de toda expresión, tan notables como estatuas.

"Su Alteza", dijo Evret, haciendo una reverencia.

"Por favor, entre. Es.... estoy tan feliz de verte. He estado pensando en ti. Adelante, voy a pedir una taza de té".

Su frente estaba tensa. No pasó más allá del umbral. "Gracias por su hospitalidad, Alteza, pero me reportaré de regreso a servicio activo esta tarde. Sólo quería traerle esto".

Vaciló. ¿Volver a servicio activo? Así que había estado de baja. Pensó que por una parte podría ser un alivio, se había preocupado de que podría estar evitándola intencionadamente, y sin embargo, también era molesto pensar que necesitó dos semanas enteras para llorar a su esposa y para atender a su hija.

"No seas ridículo," dijo, abriendo la puerta plenamente. "Me aseguraré de que su tardanza esté justificada. Entre, sólo por un minuto, por favor. He... he estado preocupada por ti. Preguntando cómo estabas".

Todavía vacilante, miró hacia la tela.

"Sir Hayle. No me obligue a convertirlo en una orden." Levana se rio, pero Evret sólo apretó su mandíbula como respuesta. Sin embargo, pasó adelante. Sus ojos se movían alrededor de sus aposentos como si acabara de entrar a una jaula. Levana cerró la puerta tras de sí.

Sus palmas estaban empezando a sudar, su pulso zumbaba. "Adelante. Siéntate. No me di cuenta de que estabas de permiso. Aunque me había estado preguntando..." Se paseó por la sala, y se dio cuenta de que sus piernas temblaban cuando se sentó en el diván acolchado. Evret no se acercó. No se sentó.

Fingió no darse cuenta de la ansiedad de Evret, pero lo hizo.

Eso hizo que su propio nerviosismo aumentara, recuerdos de miles de fantasías pasaron por su mente. Las fantasías que habían comenzado tan parecido a esto, sólo que ahora era real. Él estaba aquí.

"Habla, Evret. Dime qué ha sido de ti desde la última vez que nos vimos".

Evret se incorporó, como preparándose para un golpe. Su expresión se volvió estoica y profesional, su mirada se fijó en la pintura sobre el hombro de Levana.

"Estaba agradecido de tener ese tiempo para hacer arreglos para mi difunta esposa, de lo que sé que es consciente, Alteza, y también negociando con las pertenencias de su negocio." Su voz comenzó a romperse, pero se recuperó sin problemas. "He pasado la semana pasada limpiando la sastrería y subastando las pertenencias que pude."

La boca de Levana se frunció sorprendida. No había pensado en lo que podría ser necesario hacer cuando alguien muere. Después de la muerte de sus padres, los taumaturgos y sirvientes se habían ocupado de todo.

"Yo... lo siento," tartamudeó, pensando qué podría ser algo apropiado para decir. "Sé que ha pasado por muchas cosas."

Él asintió con la cabeza, como para aceptar su compasión.

"¿Y cómo está la niña?"

"Está bien, Alteza, gracias." Contuvo el aliento y sostuvo el paquete en sus brazos. "Quiero que tenga esto."

"Gracias, Evret. ¿Qué es?"

Levana esperó que, al no moverse de su lugar en el diván, obligaría a que Evret se acercara. Para sentarse a su lado. Para finalmente mirarla a los ojos.

En cambio, desplegó la tela y la extendió, revelando la elaborada colcha de la Tierra que Solstice había hecho, la mitad de ella se extendía más allá de sus pies.

Levana jadeó. Era casi tan sorprendente como la recordaba, aún más cuando estaba rodeada por el lujo de sus aposentos reales.

"Sol la hizo," dijo Evret, su voz sonaba fuerte, "pero creo que eso ya lo sabe."

Levana escudriñó las relucientes piezas remendadas de la Tierra, arriba y arriba, hasta que estaba mirando a Evret nuevo. "Es magnífica. Pero ¿por qué me la está dando a mí?"

Su rostro comenzó a fruncirse, y parecía estar sosteniendo sus emociones juntas a través de la determinación obstinada. "Solstice me dijo que había venido a su tienda, su Alteza. Dijo que la admiró." Tragó saliva. "Pensé que le gustaría para usted la conservara... ya que eras su princesa, como también mía. Y también pensé... quería mostrarle mi gratitud, por persuadir a Su Majestad de que me dejara ir, cuando Sol estaba... No se imagina lo que eso significó para mí, Su Alteza. Tendrá mi gratitud hasta el día que muera".

Levana se aclaró la garganta, mirando a la colcha. Le encantaba todo, el diseño, la artesanía impecable. Le encantaba que Evret se la estaba dando a ella. Pero también sabía que nunca podría mirar algo que su esposa había hecho y no sentir una punzada de resentimiento.

"La colcha es extraordinaria", dijo finalmente, de pie. "Si le parece bien, voy a guardarla en un lugar seguro, y podemos dársela a tu hija cuando sea mayor. Ella es quién que debería tenerla".

Los ojos de Evret se abrieron con sorpresa, luego, lentamente, se suavizó en una sonrisa vacilante. "Yo... Gracias, Su Alteza. Eso es..." Miró hacia otro lado, presionando sus labios por la emoción. "Esto es increíblemente amable. Usted es increíblemente amable. Gracias."

Ella negó con la cabeza. "No tienes que darme las gracias. No quiero tu gratitud, Evret".

Evret dejó que sus brazos se relajaran también, dejando colgar el edredón frente a él. "Mi amistad, entonces," dijo. "Si todavía la desea. Aunque no soy más que un guardia, y no merezco ser su amigo".

Su sonrisa era tan desconcertante que Levana tuvo que darse la vuelta, nerviosa. Podía sentir sus mejillas arder. Su corazón era un volcán ahora, que despedía lava caliente a través de sus venas.

"No, Evret. Debes saber que pienso en ti como algo más que... que un simple amigo".

La sonrisa se congeló. Su frente se crispó con un toque de pánico. "Su Alteza... yo..." Negó con la cabeza. "Yo no quería que venir aquí..."

"¿Qué?", Le instó, dando un paso hacia él.

"Diera la impresión equivocada", dijo, suavizando las palabras con otra sonrisa tentativa. "Eres una chica dulce. A veces pienso que usted está... usted está confundida, pero sé que tienes buenas intenciones. Y sé que estás sola. Veo cómo está en todo el resto de la corte".

Levana se erizó, mortificada al pensar en todo lo que había visto. Las burlas de Channary, las risas de la corte...

"Sé que necesita un amigo. Puedo ayudarle. Yo puedo estar allí para usted." Dejar caer una esquina de la colcha, se pasó una mano por la cara. "Lo siento, esto está saliendo mal. No quise que sonara tan..."

"¿Condescendiente?"

Se estremeció. "Me preocupo por ti. Eso es lo que estoy tratando de decir. Estoy aquí para ti, si alguna vez necesitas alguien con quien hablar, alguien con quien puedas estar".

Levana se mordió el labio inferior, irritada, pero también llena de tal adoración por este hombre, que quería llorar. Su mirada trazó los continentes de la Tierra, el mosaico de bordes abiertos e hilo dorado brillante. Inhaló profundamente.

"Lo sé," dijo. "Sé que te preocupas por mí. Tú eres el único que lo hace." Sonriendo tímidamente, se atrevió a mirarlo a los ojos de nuevo. "Primero el colgante y ahora la colcha. Parece como si estuviera tratando de darme todo el mundo, Sir Hayle".

Negó con la cabeza. "Sólo un poco de bondad, Su Alteza."

La sonrisa de Levana se iluminó mientras se acercaba, sus pies descalzos pisaron todo el lujoso edredón, cruzando sobre la Antártida, el Océano Atlántico... "¿Estás seguro?", Preguntó, imitando la forma seductora que había visto en Channary al mirar hacia arriba con sus pestañas de una forma sugestiva. "¿Estás seguro de que estás aquí solo por eso, Sir Hayle?"

Su atención se había dirigido a sus pies cruzando sobre la colcha. Frunció el ceño. "¿Su Alteza?"

"No estoy confundida, Evret. No estoy sola." Agarró el borde superior de la colcha, y Evret la soltó. Ella la dejó caer al suelo, y su expresión de alarma volvió.

Evret dio un paso atrás, pero sin darse cuenta de que lo estaba haciendo, Levana se acercó con su regalo, sosteniéndolo sutilmente sus pies en su lugar. "¿Qué?"

"Estoy enamorado de ti, Evret."

La preocupación se profundizó, al cien por ciento. "Su Alteza... no, eso no..."

"Lo sé. Lo sé. Estabas felizmente casado. Amabas mucho a tu esposa. Lo entiendo. Pero ella se ha ido, y yo estoy aquí, ¿y no te das cuenta? Así era como estaba destinado a suceder. Esto siempre fue como estaba destinado a suceder".

Su boca estaba abierta ahora, mirándola como si no la reconociera. Como si no le hubiera estado sonriendo tan dulcemente un momento atrás, diciendo todas esas cosas entrañables que le había dicho. como si ya no hubiera confesado la verdad.

Amistad. Amistad.

No. El colgante, la colcha, su presencia aquí a solas en sus aposentos.

Ese no era la clase de hombre que quería ser amigo. La quería, tanto como ella a él

Levantó las manos para bloquearla mientras avanzaba de nuevo hacia delante. "Basta", dijo entre dientes, manteniendo la voz baja, como si se preocupara de que los guardias afuera de la puerta oyeran, que pudieran intervenir. "Esto era lo que me temía. Sé que usted tiene..." tardó un momento para buscar una palabra "...sentimientos por mí, Alteza, y estoy halagado, pero estoy tratando de..."

"Podría ser ella, y lo sabes," lo interrumpió Levana. "Si eso te lo hace más fácil."

Su frente se crispó, consternado. "¿Qué?"

"Soy muy buena en eso. Tu viste... viste que convincente puedo ser".

"¿Qué estás...?"

La magia de Solstice Hayle vino más fácil esta vez, era un poco más fácil cada vez. Levana estaba segura de haber memorizado fielmente a la mujer, desde el arco de sus delgadas cejas hasta el sutil rizo al final de su largo cabello oscuro.

Evret trató de retroceder, pero sus pies permanecieron atornillados al suelo. "Princesa. Detente."

"Pero esto es lo que quieres, ¿no? De esta manera puedes tener ambas cosas. Voy a ser tu esposa. Voy a ser la madre de tu hija. Muy pronto la gente se olvidará por completo de la difunta, sólo tú y yo y nuestra familia perfecta, y vas a ser un príncipe, Evret, lo que será mucho mejor que ser un guardia y..."

"¡Suficiente!"

Levana se quedó inmóvil, la pasión en sus venas se extinguió con la ira en su tono. Evret comenzó a respirar de manera irregular y se inclina tan lejos que a Levana le preocupó que se cayera. Con el ceño fruncido, Levana soltó el poder que tenía sobre sus pies y se tambaleó hacia atrás hasta que estaba presionando contra una pared.

"Por favor", dijo. "Por favor, vuelve a ser como eras. No entiendes... no sabes cómo me haces daño".

La vergüenza se abría paso a través la garganta de Levana, junto con la determinación, que era igual de fuerte. Dio un paso más cerca, casi tocándolo. Evret trató de hacerse hacia atrás, pero ya no podía hacerlo más.

"No puedes decirme que no me quieres. Después del regalo de cumpleaños, y la tarjeta. Después de... de cada vez que sonreías, y..."

"Por todas las estrellas, Princesa, estaba tratado de ser amable."

"¡Me amas! ¡No lo niegues."

"Eres un niña."

Apretó los dientes, mareándose a propósito. "Soy una mujer, tanto como Solstice lo era. Tengo casi la misma edad que mi madre cuando se casó".

"No. NO." Sus ojos echaban chispas ahora. Ira, tal vez.

O pasión.

Levana miró sus manos crispadas, los imaginó en su cintura, acercándola más. "Sé que tengo razón. No tienes que negarlo más".

"¡No! Te equivocas. Amo a mi esposa, y aunque puedes parecerte a ella en este momento, NO eres ella." Apartó la cara, encogiéndose por sus propias palabras. "La última vez que estuve en este palacio desobedecía mi reina, y ahora he insultado a mi princesa antes de que volviera a mi puesto. No puedo..." Hizo una mueca. "Juro que voy a presentar mi renuncia a la guardia real esta noche, y rogar para que la Corona sea misericordiosa."

La humedad se acumuló en los ojos de Levana, pero parpadeó para alejarla. "No. Tu renuncia será denegada, y le diré a Channary que la rechace también."

Gimió. "Su Alteza, por favor, no..."

"No te dejaré ir. Y no dejaré que niegues lo que sé de corazón".

Levana siempre había sido mucho más hábil en el uso de su magia que en controlar las emociones de los demás. Ese tipo de manipulación era un trabajo mejor que se dejaba a los taumaturgos, con toda su formación y habilidades.

Pero ahora se abrió paso en los pensamientos de Evret tan fácilmente como hundir un dedo en el suelo húmedo. Los guardias fueron siempre fáciles de controlar, una medida de seguridad, y Evret no era la excepción. Su mente no ofreció resistencia.

"Me amas", dijo. Se declaró. Apretó su cuerpo contra el suyo, sintiendo el calor, la fuerza y la contundencia de sus manos agarrando de repente sus brazos. "Me amas."

Evret volvió la cabeza hacia otro lado. Podía ver la lucha en su rostro, sentir la resistencia que trataba de oponer alrededor de su mente. Alrededor de su corazón.

Un intento patético.

No pudo resistirse. No se lo permitió. No ahora. No cuando estaba destinado a ser suyo. No cuando sabía que quería esto tanto como ella, aunque sólo lo vería.

"Tú me amas", susurró, su voz era más suave esta vez. "Nos pertenecemos el uno al otro. Tú y yo. Este es el destino, Evret. El destino".

"Princesa..."

Llenó su corazón de deseo, su cuerpo de lujuria, su mente de la misma certeza que ella sentía. Vertió todas sus propias emociones en él, y sintió que su resistencia se desmoronaba. Evret se estremeció, abrumado con todos los mismos sentimientos que la abrumaban.

"Dime que tengo razón. Dime que me amas".

"Yo... te amo." Las palabras eran apenas un murmullo, quebradas por la desesperación, y todo su cuerpo se hundía con liberación. "Sol..."

El nombre envió una sacudida de odio a través de ella, pero la olvidó cuando Evret Hayle la abrazó y la besó. Jadeó contra su boca, y lo dijo de nuevo, resoplando la palabra en ella.

"Sol..."

Entonces se estaba ahogando. Ahogada en la pasión y el calor y la emoción de su propia sangre y el anhelo y el deseo y en que la amaba...

La amaba.

La amaba.

Él la amaba.

## Capítulo 10

"Ese se está haciendo del rogar", dijo Channary, meneando su pie al rápido ritmo orquestal y tirando de una rojiza cereza brillante de entre sus dientes. Inclinandose sobre la barandilla, arrojó el tallo por encima del borde del balcón, dejando que revoloteara a la pista de baile y se perdiera en el caleidoscopio de vestidos y peinados elaborados.

A su lado, Levana no se inclinó ni agitó el pie o siquiera trató de discernir a qué pretendiente se refería su hermana. Su atención estaba fija en Evret, inmóvil e imponente junto a la escalera de salón de baile, con un uniforme idéntico a cualquier otro guardia, y sin embargo de alguna manera parecía más un príncipe que un vigía.

Su expresión era serena e impenetrable. No la había mirado desde que había comenzado el baile.

"Ah, ya veo," dijo Channary, agitando sus pestañas hacia Levana y luego hacia Evret. "Ahora que tienes tu propio juguete para entretenerte, ¿no te molestarás en escucharme despotricar sobre los míos?"

"Él no es un juguete."

"¿No? Un títere, entonces."

Levana apretó los puños a los costados. "Tampoco es un títere."

Channary sonrió. Dándole la espalda a la barandilla, hizo una seña hacia uno de los sirvientes. Al instante, el siervo se puso a su lado, se arrodilló y sostuvo una bandeja por encima de su cabeza para que Channary pudiera inspeccionar sus ofrendas. Una docena de copas estaban formadas en una espiral sobre la bandeja, cada una conteniendo una bebida de color diferente. Channary seleccionó una que era de color naranja brillante y de la consistencia de un jarabe espeso. "Quédate ahí, por si quiero otro", dijo, volviendo a su hermana. "Si él no es un juguete ni un títere, entonces en el nombre de Cyprus Blackburn, ¿por qué te has pasado el último mes disfrazada como su ridícula esposa?"

El calor inundó las mejillas de Levana, pero su magia no cedió. Siempre fresca, siempre serena, siempre alegre, delicada y preciosa. Así era como recordaba a Solstice Hayle, por sus breves interacciones. Esa era la forma de la que todo el mundo tendría que verla ahora.

"La pobre mujer murió en el parto", dijo Levana. "Es un homenaje."

"Estás jugando con su mente." Una sonrisa maliciosa se deslizó por el rostro de Channary.

"¿Qué podría hacerme sentir bastante orgullosa sino que aspiraras un poco más alto. Un guardia de palacio, por favor. Una vez que hayas terminado con él, tal vez puedas continuar con uno de los jardineros".

Levana cortó su mirada hacia su hermana. "Eres una hipócrita. ¿Cuántos guardias de palacio has tenido a tu lado en los últimos años?"

"Oh, incontables." Channary tomó un sorbo de su bebida, y su sonrisa astuta se demoró cuando la bajó e inspeccionó el colorido contenido de la bandeja de nuevo. Dio un resoplido exigente. "Pero nunca en detrimento de la diversión en otro lado. Idealmente, una señora tendrá tres juguetes a la vez. Uno para amar, uno en su cama, y otro para adornarle con joyas muy caras".

El ojo de Levana comenzó a temblar. "Nunca has tenido a Evret."

Riendo a carcajadas, Channary regresó la bebida que apenas había tocado a la bandeja y seleccionó una opción de color aguamarina espolvoreada con algo blanco y con brillo en la

parte superior. El siervo no se movió. "Es cierto. Aunque estoy seguro de que sería mucho menos problemático que el Alguacil Dubrovsky." Suspiró. "La descarada".

"¿Dubrovsky?" Levana entrecerró los ojos hacia la oleada de bailarines. Le tomó un tiempo, pero finalmente vio al alguacil con un joven caballero cuyo nombre no pudo recordar. Uno de los herederos de la familia, estaba segura.

"Tal vez el problema está en sus preferencias personales."

Channary chasqueó los dedos. "He venido a aprender que él no es particular. Excepto que, evidentemente, no está interesado en su reina. No puedo entenderlo. He estado lanzando indirectas desde la última puesta de sol".

Mirando hacia abajo, Levana vio que el brazo del siervo estaba empezando a temblar. Las bebidas en las copas vibraban. Eligió una bebida que parecía chocolate derretido. "Puedes retirarte."

Channary cogió un licor amarillo narciso antes de que el siervo se fuera, sosteniendo ambas bebidas en la mano mientras se inclinaba sobre la barandilla del balcón. Dirigió su atención en la alguacil de nuevo. No de una manera emotiva o soñadora, sino como si estuviera analizando una estrategia de guerra.

"Si tanto lo quieres", dijo Levana, "¿por qué no sólo le lavas el cerebro para que te desee? Sería mucho más sencillo".

"Lo dices como si tuvieras experiencia en la materia."

Con el estómago hecho un nudo, Levana no pudo evitar que su atención se desviara a Evret de nuevo. El estoico e inerte Evret. ¿Sus ojos siempre la seguían en la habitación como los de ella lo seguían? ¿La miraba furtivamente cuando no estaba mirando? Si era así, todavía tenía que sorprenderlo, no desde su primer beso en sus aposentos.

"La manipulación de su presa es una manera fácil de hacer trampa", dijo Channary. Metió su lengua en la copa azul, recubierta con polvo plateado, y tragó. Su expresión se volvió sorprendentemente contenta. "Pero yo no quiero ganar de esa manera. Ganaré cuando quede plasmada en la historia lunar como la reina más deseable que haya caminado en estos pasillos".

"La reina más insensata, mejor dicho. ¿Nunca has querido simplemente... amar?"

"Amor. Que ingenua eres." Sin premeditación aparente, Channary bebió sus bebidas en dos tragos sucesivos. Se resistió ante el sabor combinado, luego se echó a reír. "¡Amor!", Gritó hacia la pista de baile, tan fuerte que algunos de los músicos se sobresaltaron y la música vaciló momentáneamente antes de reanudarse. "¡El amor es una conquista! ¡El amor es una guerra!" Unas cuantas personas allá abajo habían dejado de bailar para mirar boquiabiertos a su loca reina. Levana se apartó de ella. "¡Esto es lo que pienso del amor!"

Channary arrojó los vasos vacíos hacia la multitud, lo más fuerte que pudo. Uno de ellos se hizo añicos en el suelo pulido. El otro golpeó al compañero del Alguacil Dubrovsky en el ojo. Gritó y levantó las manos, demasiado tarde.

Una risita malévolamente emergió de Channary y fue rápidamente sofocada presionando su delicada mano sobre su boca. "¡Oops!" Chilló, luego se rio en serio y se apartó de la barandilla. Horrorizada, Levana la siguió. Hicieron caso omiso de los invitados que se inclinaron y reverenciaron al pasar. La reina parecía totalmente fanática con su risa.

"¿Y piensas que así es como conquistarás a tu alguacil?", Dijo Levana, abandonando su bebida sin tocar en un aparador. "¿Agrediendo a su pareja de baile?"

"No puede ser más absurdo que tu táctica." Channary se volvió hacia ella, deteniéndose repentinamente en la rampa de caracol que se arremolinaba alrededor de la sala de baile, conectando la planta principal con el primer balcón. "¿De verdad crees que con usar tu magia para parecerme a su esposa muerta y manipularlo un par de veces al día vas a hacer que se enamore de ti?"

Levana erizó. "Yo no tengo que hacer nada. Él ya está enamorado de mí. Y lo amo. Pero supongo que no lo entenderías".

Sonriendo, Channary agachó la cabeza más cerca y bajó la voz. "Si realmente crees que te ama, entonces ¿por qué lo manipulas? ¿Por qué no le permites tener sus propias emociones, sin interferir? De hecho, ¿por qué no le muestras cómo eres realmente?" Resopló. "¿O es que tienes miedo de que corra gritando por la habitación si lo haces?"

Una furia estalló en la cabeza de Levana. Estaba temblando repentinamente... e incluso su espejismo denotaba ira.

Hacía mucho tiempo que no había perdido ese control.

Respirando lentamente, se obligó a relajarse. Su hermana insultó a otros para que pudiera levantarse el ánimo en comparación. Era digno de compasión, en todo caso.

"Todavía está de luto", dijo Levana, el ritmo de sus palabras. "Debido a que lo amo, estoy tratando de hacer que esta transición le sea lo más fácil posible."

Parpadeando, Channary inclinó la cabeza hacia un lado. "Oh, sí. Todos podemos ver lo fácil que estás haciendo esta transición para él".

Levana levantó la barbilla. "No me importa lo que pienses. Voy a casarme con él. Cuando esté listo, voy a casarme con él".

Channary levantó una mano y acarició a Levana en la mejilla. Aunque era un toque suave, Levana retrocedió ante el gesto. "Entonces eres una idiota aún más grande de lo que pensaba, hermanita." Dejando caer su mano, astutamente bajó los tirantes de su vestido y paso frente a Levana en dirección a la pista de baile.

Levana cerró los ojos, tratando de ahogar la música que se sonaba estruendosamente a su alrededor, la desdeñosa risa de los invitados, las palabras burlonas de su hermana. Channary no lo entendía. Levana no sólo estaba tratando de reemplazar a la esposa muerta de Evret, le iba a demostrar que ella era su mejor opción desde el principio. Sería más amorosa, más dedicada, más enigmática. Le haría olvidar que alguna vez había tenido otro amor.

Pero su estómago todavía estaba encogido cuando abrió los ojos y miró hacia la pista de baile. A todas las chicas hermosas y hermosos chicos con sus hermosas ropas y sus bell os espejismos. Tal vez no era suficiente asumir el espejismo de la mujer de Evret. No si iba a ser mejor que ella en todos los sentidos.

Se escabulló hacia atrás, apartándose de la fluctuante y retorcida multitud, hasta que su espalda chocó con una pared. Un tapiz se balanceó contra su hombro. Un orbe brillante sobre su cabeza dio un débil halo a las pocas parejas que vagaban en la rampa.

Pensó en Solstice, la mujer a la que había amado tanto.

Levana decidió que su pelo sería un poco más brillante, y añadió un toque de rojo por capricho, por contraste, por atractivo. Sus ojos serían más grandes, con un color más vívido.

Sus pestañas más gruesas y su tez más brillante y sin defectos. Su busto sería un poco más lleno, su cintura un poco más esbelta y sus labios serían un poco... no, no un poco. Sus labios serían sorprendente y vívidamente rojos.

Cuando Evret la mirara, vería perfección.

Cuando cualquier hombre la mirara, vería perfección.

Tal vez su hermana estaba en lo cierto. Tal vez era verdaderamente horrible. Pero mientras pudiera engañar a todo el mundo, ¿qué importaba? Sería incluso tan suntuosa como quisiera si le daba gana.

Esperó a que el espejismo se reconstruyera por completo. Estas visiones eran lo que se le daba bien. La capacidad de hacer su magia tan real que no tenía que usar su verdadera apariencia nunca más.

Segura una vez más, se deslizó hacia la base de la rampa. Algunas cabezas se giraron hacia ella mientras avanzaba entre los bailarines. No se dirigió directamente hacia Evret, sino que hizo una reverencia y sonrió a los nobles que la miraban curiosos, caminando lento pero constante a través de la sala de baile.

Aun así, estaba casi lo suficientemente cerca como para tocarlo antes de que su mirada ausente se encontrara con la suya. Por un momento, parecía mirar a través de ella. Luego hubo desconcierto, mientras sus ojos oscuros recorrieron su cuerpo antes de centrarse en la cara de nuevo.

Entonces, una extraña mezcla. Deseo, estaba segura de ello... pero también, tal vez, ¿miedo?

No sabía qué hacer con eso.

"Sir Hayle," dijo, y en ese momento, se decidió rápidamente por mejorar aún más su voz. Como una canción de cuna, pensó. Cantaré como un caprichoso pájaro. "Me gustaría dar un paseo por el lago. ¿Me acompañaría?"

Consideró la solicitud durante dos latidos completos, antes de asentir silenciosamente.

Su escolta dijo que la seguiría a una respetuosa distancia mientras atravesaban los pasillos del palacio y salían al pórtico de piedra que dividía el palacio de los jardines y el lago. El lago Artemisia brillaba en la oscuridad, reflejando las luces del palacio de vuelta hacia el cielo, junto con todo un océano de estrellas. Levana a menudo se había imaginado que podía sumergirse en el agua y encontrarse flotando en el espacio.

"Cuando era un niña, creía que llegaría a un punto en que disfrutaría estas fiestas", dijo, confiando en que Evret estaba escuchando aunque caminara algunos pasos detrás de ella.

"Pero ahora puedo ver que no son más que tediosas. Devaneos políticos, todo bajo el pretexto de diversión inocente".

Sonrió para sus adentros, complacida con lo sabias y maduras que sonaban sus palabras. Se sentía más segura de sí misma con su mejorada magia de lo que había estado en meses. Tal vez toda su vida.

"Disfrutaría mucho más estar aquí, disfrutando de una velada tan prístina." Se volvió de nuevo. Evret demoró una docena de pasos de distancia, con la cara envuelta en penumbra. "¿Y usted?"

"Princesa". La palabra hizo que un escalofrío le recorriera la espalda, porque estaba llena de todo lo que había visto en sus ojos, en el salón de baile. Desconcierto, deseo y miedo.

"¿Por qué estás tan lejos, Sir Hayle?"

"Puedo protegerle lo suficientemente bien de aquí, Su Alteza."

"¿En serio? ¿Y si un asesino disparara un tiro al corazón desde una de las ventanas? ¿Podría alcanzarme a tiempo?"

"Me temo que no necesita ser protegida de un asesino."

Cogió la cadena alrededor de su cuello. "Entonces, ¿de qué necesito ser protegida?" Dio un paso vacilante hacia él.

"De usted misma", dijo con firmeza. Luego dio un paso atrás y dijo, con mucha menos convicción, "O de mi, si se acerca más."

Hizo una pausa. Había algo diferente en él esta noche, una reacción extraña a su magia. No estaba segura de si esto era lo que esperaba o no. Desde el día en que había llegado a sus aposentos, habían compartido un centenar de momentos fugaces. Una caricia afuera de la sala comedor. Una mano posesiva en su cintura mientras desaparecía en sus aposentos en la noche. Un desesperado y apresurado beso en las salas de la servidumbre antes del cambio de guardia.

Pero Levana no era tan ingenua como para pretender que ninguno de esos momentos había requerido presión mental de su parte. Reestructurando sus pensamientos para que coincidieran con la suyos, sobreponiendo su propia voluntad sobre la suya, recordándole una y otra vez que la amaba. Él la amaba.

Y seis veces, SEIS VECES, había roto el código de conducta del guardia, la regla de no hablar a menos que uno de sus superiores se lo ordenara, para decirle que esto tenía que parar. Le había dicho que estaba confundido y triste, que no podía imaginar lo que se había apoderado de él, que no tenía la intención de aprovecharse de ella y no la culpaba en absoluto, sino que tenían que parar, tenían que detenerse... hasta que la estaba besando de nuevo.

Hasta ahora, esta noche, Levana no había tenido que manipular sus emociones. Hasta ahora, sólo era su magia la que lo había seducido.

"¿A qué te refieres con que necesito ser protegida de ti?"

"Su Alteza". El miedo se desvaneció. Ahora sólo parecía cansado. "¿Por qué me torturas así?"

Levana se echó hacia atrás. "¿Torturarte?"

"Cada vez que estoy lejos de ti... cuando estoy fuera de servicio, cuidando a mi niña, mis pensamientos son sólidos. Me conozco. Conozco mi corazón. Sé que mi esposa está muerta, pero ella me dio un hermoso regalo antes de irse, y estoy agradecido por ello." Tragó saliva.

"Sé que soy leal a la corona, y serviré fielmente todo el tiempo que pueda. Y sé que me preocupo por ti, como... como guardia debe cuidar a su princesa. Y como un amigo, supongo".

"Tú eres mi..."

"Pero cuando estás cerca", continuó, y la interrupción conmocionó a Levana más que nada esa noche. Un guardia nunca interrumpió a ningún miembro de la aristocracia, y ciertamente nunca a ningún miembro de la familia real. "... Mis pensamientos se hacen un lío de nuevo. Te pareces a Solstice, y me confundo. Mi corazón late tan rápido por ti, pero no de una manera feliz o de una manera amorosa. Es como si mi cuerpo perteneciera a otra persona y no puedo mantener mis manos lejos de ti, aunque sé que está mal. Por las estrellas, ¡podría ser ejecutado por esto!"

"¡No! No, yo nunca dejaría que eso te pasara".

"Pero eres tú quien que me hace esto."

Se quedó paralizada.

"¿No es cierto?", Susurró. "Todo esto es una manipulación. Un truco con un pobre y sugestionable guardia".

Levana negó con la cabeza y se apresuró hacia él, tomando sus manos. "Yo no pienso eso de ti en absoluto."

"Entonces, ¿por qué haces esto?"

"¡Porque te amo! Y tú me amas, pero eres demasiado honorable para..."

"¡Yo no te amo!", Gritó, y las palabras la golpearon como un millar de fragmentos de hielo. "O al menos... creo que no. Pero tienes mi mente tan retorcida que casi no puedo decir lo que es real".

Levana intentó esbozar una sonrisa amable. "¿No lo ves? Así es como se supone que se siente el amor. Todas estas emociones conflictivas y ataques de pasión que casi no se pueden controlar, y ese constante nudo en el estómago como si no pudieras decidir si quieres huir de esa persona... o si quieres huir con ellos".

Su rostro estaba tenso, como si estuviera tratando de discutir a fondo sus palabras antes de que gritara de nuevo.

"Te equivocas, princesa. No sé lo que estás describiendo, pero no es amor".

Lágrimas empezaron a espiritar en los ojos de Levana. "Cuando dijiste que necesitaba ser protegida de ti, no pensé que tuvieras la intención de romper mi corazón. Con lo que he dado... cuando haría cualquier cosa por ti, Evret".

Apartándose de ella, pasó los dedos en sus gruesos rizos. "Esa no era mi intención, princesa. No creo que entienda lo que está haciendo, lo incorrecto que es. Pero esto no puede continuar. Al final, te cansarás de esta farsa, y yo será castigado por tomar sobrepasarme contigo. ¿No te das cuenta?"

"Ya te lo he dicho, no voy a dejar que eso suceda."

Dejó caer las manos. "¿Y crees que la reina va a escucharte?"

"Tendrá que hacerlo. Ella ha tenido numerosas aventuras con guardias reales".

"¡Ella no tiene dieciséis años!"

Levana se abrazó a sí misma como un escudo. "Crees que soy sólo una ingenua niña."

"Sí. Ingenua, confundida y solitaria".

Se obligó a sostenerle la mirada. "¿Y qué hay de 'hermosa'?"

Se estremeció y apartó la mirada.

"También me encuentras hermosa, ¿no? ¿Irresistible, incluso?"

"Princesa..."

"Respóndeme".

"No puedo."

"Porque tengo razón."

No dijo nada.

Levana tragó saliva. "Cásate conmigo, Evret."

Sus ojos se volvieron hacia ella, horrorizado, pero continuó. "Cásate conmigo y serás un príncipe. Channary no te podrá tocar".

"No. No. Solstice... y mi querida Winter..."

Su corazón trabucó, y se sorprendió de lo rápido que sus celos regresaron, lo mucho que dolían. "¿Winter? ¿Quién es Winter?"

Evret rio sin humor, pasando las dos manos por la cara. "Es mi hija. ¿Tú crees que me amas y ni siquiera has preguntado todavía que nombre le puse a mi hija de un mes de edad? ¿No ves lo loco que es esto?"

Tragó saliva. Winter. Solstice. A pesar de que no tenían estaciones en la Luna, sabía lo suficiente del calendario Terrestre para saber la forma en que las palabras encajaban. Recordó, también, la pequeña manta de la bebé, bordada con un paisaje nevado.

Tenía la intención de nunca olvidar a su esposa. No en todo el tiempo que le tocó vivir.

"Winter", dijo, mojado sus labios. "Tu hija será una princesa, con todas las riquezas y privilegios otorgados a una chica de su condición. ¿No quieres eso para ella?"

"Quiero que estar rodeado de amor y respeto. No... no con los juegos con los que la gente en ese salón de baile usan para entretenerse. No con lo que sea que estás tratando de hacerme".

Apretando los puños, Levana se adelantó para que tuviera que alzar la cabeza para mirarlo.

"Winter va a tener una madre, y tu tendrás una esposa. Y yo te amaré mejor de lo que Solstice pudo haberlo hecho".

Temblando de furia y determinación, Levana marchó a su lado, de vuelta hacia el palacio. Le tomó mucho tiempo, pero al darse cuenta de que la princesa no podía quedarse sin protección, la siguió.

## Capítulo 11

La resistencia de Evret comenzó a desaparecer después de eso, y Levana esperaba que estuviera empezando a olvidar a su esposa. O...no olvidarla... si no olvidar que era una mujer completamente diferente. Sus ojos con frecuencia adoptaban una mirada vacía cuando estaba en su presencia, y cuando otros miembros de la corte estaban cerca, que era tan ilegible como algunos extintos alfabetos de la primera era. Ni un atisbo. Podría haber sido un extraño.

Lo que era sabio de su parte. Tenía razón. Si su hermana quería acusarlo de sobrepasarse con la princesa, estaría en su derecho de hacerlo. Levana siquiera se preocupaba por ella.

Channary tenía sus propias conquistas románticas de las que preocuparse y, además, había estado haciendo fijándose en hombres mayores aun más joven de lo que Levana lo era ahora.

No, ella no estaba preocupada.

Especialmente en esos momentos en que finalmente estaban solos. Esos fugaces espacios de tiempo cuando era suyo, enteramente suyo. Empezó a moderar su presión mental, poco a poco, y para su alivio y alegría, su respuesta sólo se hizo más atrevida. Sus manos más posesivas. Sus caricias más atrevidas.

La primera noche que pasaron juntos, le susurró una sola palabra al oído.

"Sol..."

Llena al mismo tiempo de dolor y placer, de alegría y rabia, Levana había apretado los dientes y lo sostuvo cerca.

Cuando el domo se iluminó sobre la blanca ciudad a la mañana siguiente, Levana lo dejó dormir hasta que el sirviente entró para llevarle su desayuno. Mortificado y angustiado, Evret yacía en la cama, congelado, mientras

Levana ordenó al criado que cortara y untara mantequilla a sus panecillos. Que cortara la fruta. Que preparara el té que no tenía intención de beber.

Cuando el criado se fue, Evret saltó de entre las sábanas. Levana vio el momento en que se dio cuenta de las manchas de sangre en el algodón blanco. Cómo se dio la vuelta rápidamente. Cómo se ponía su ropa apresuradamente, mascullando maldiciones entre dientes.

Incorporándose sobre las almohadas de plumas, y poniendo la bandeja en su regazo, Levana puso una baya en su lengua. Estaba agria. Channary habría llamado al siervo para que se las llevara, y pensó en hacerlo, pero desistió. Ella no era su hermana.

"Esto no", dijo Evret, sin mirarla. "No creí que me empujarías tan lejos. No creí..." Empuñó una mano en su cabello, maldiciendo de nuevo. "Lo siento mucho, princesa."

Se erizó, molesta, pero trató de tomarlo como una broma. "¿Por dejarme antes del desayuno?" Canturreó Levana. "Mandaré traer otra bandeja, si tienes hambre."

"No. Mi hija... debió haber estado con la niñera toda la noche. No había planeado..."

Levana miró su musculosa espalda mientras se ponía la camisa.

"Pagaré por el tiempo adicional de la niñera. Quédate, Evret." Acarició las mantas junto a ella.

Evret se sentó en el borde de la cama para ponerse los zapatos, sacudiendo la cabeza.

Entonces, vacilante, se le cayó el primer zapato de nuevo al piso. Sus hombros se hundieron en la derrota. Levana sonrió mientras chupaba el jugo de la baya que había quedado en su dedo, y se preparaba para comer otra y hacerle espacio en la cabecera, él cuando empezó a hablar, con su voz llena de desdicha.

"Traté de irme. Hace una semana."

Levana vaciló, quitando su dedo de su boca. "¿Irte?"

"Empacamos todo. Iba a llevar a Winter a uno de los sectores madereros, para aprender un nuevo oficio".

Entrecerró los ojos, mirando su perfil fijamente. "¿Qué clase de nuevo oficio? ¿Talandó árboles?"

"Tal vez. O en un aserradero, o incluso fresado, no lo sé. Sólo quería estar en cualquier lugar que no fuera este".

Horrorizada, dejó la bandeja a un lado. "¿Entonces por qué no lo hiciste? Si estás tan desesperado por irte lejos..."

"Su Majestad no lo permitió."

Se quedó paralizada.

"Le di mi renuncia, y se rio. Dijo que estaba ser estaba divirtiéndose tanto al verte hacer el ridículo para dejarme ir. Incluso amenazó con enviar guardias para perseguirme a mí y a Winter si me atrevía a salir sin su consentimiento".

Levana estremeció. "No me importa lo que Channary piensa."

"A mí sí. Es mi reina. Me controla tanto como tú".

"Yo no te controlo".

La miró, por fin, pero su expresión era de desconcierto. "¿Qué crees que es esto?"

"¡Yo estoy...! ¡Apenas...!" Se clavó las uñas en las palmas de las manos. "Me quieres tanto como yo a ti. Lo veo en tus ojos cada vez que me tocas".

Se rió, un sonido cruel, tan diferente de risa cálida que recordaba. Gesticulando en su cara, le gritó: "¡Estás usurpando la cara de mi esposa! Se había ido por dos semanas y me sentía miserable y entonces estaba de vuelta y yo... pero no había vuelto. Eres tú. Sólo eres tú, ¿y dices que eso no es manipular?"

Echando las mantas a un lado, Levana se puso la bata que había en su diván. "Es mi cara ahora. Esto es lo que soy, y no me puede decir que lo que pasó anoche fue un error. Que no era lo que querías".

"Nunca quise esto." Se frotó la frente. "La corte está hablando, y los otros guardias. Los rumores sobre nosotros..."

"¿Y qué importa?" Tomó una respiración profunda. "Te amo, Evret."

"Ni siquiera sabes lo que significa esa palabra. Me gustaría poder hacerte entender eso." Hizo un gesto hacia el espacio entre ellos. "Lo que sea que hayas fantaseado en tu cabeza. Nada de esto es real. Tú no eres mi esposa y yo... tengo que estar con mi hija. La única parte de ella que me queda".

Levana se ciñó el cinturón y entonces se quedó allí, temblando de ira, mientras lo veía ponerse las botas.

"Te casarás conmigo."

Se detuvo brevemente, antes de acomodar la última lengüeta en la parte superior de sus botas. "Princesa. Por favor. No de nuevo."

"Esta noche."

Evret se quedó mirando el suelo durante mucho tiempo. Un doloroso largo tiempo.

Levana no sabía que era lo que esperaba ver cuando finalmente levantó la cabeza, pero la nada que la sorprendiera.

Se miraron el uno al otro por un doloroso y vacío momento, hasta que Levana se dio cuenta que no había dicho que no.

Ella tragó saliva, avanzando hacia adelante. "Encontraré un oficiante y nos encontraremos en la capilla solar al caer la noche."

Su mirada volvió a dirigirse al suelo.

"Trae a tu hija si lo deseas. Debería estar allí, creo. Y su niñera para cuidarla." Pasó su cabello detrás de su hombro, sintiéndose mejor por su argumento ahora. Cuántos puntos molestos resolvería esto.

Sería su esposa... ya no podría decir que no lo era.

Sería la madre de su hija.

Y los rumores se detendrían, ya que nadie se atrevería a hablar mal del esposo de la princesa, del cuñado de la reina.

"¿Y bien?", Dijo, retándolo a decir no. Ya sentía la energía que lo rodeaba, dispuesta a doblegar su voluntad si se negaba. Esto era por su propio bien. Esta era la única manera de solidificar su familia. Su felicidad.

Dejando su bota, Evret se levantó lentamente. Su ausente expresión se había vuelto triste.

¿Triste?

No, comprensiva. Sentía lástima por ella.

Levana frunció el ceño, echando un muro alrededor de su corazón.

"Tienes la oportunidad de encontrar el amor, princesa. Amor verdadero. No la desperdicies en mí. Te lo ruego."

Cruzó los brazos sobre su pecho. "Ya he encontrado el amor. He compartido mi cama con él, y esta noche, será mi marido." Intentó sonreír, pero su confianza se estaba desvaneciendo. La había herido tantas veces, y no quería enfrentar el rechazo ahora. No quería obligarlo a entrar en esto.

Pero incluso mientras lo pensaba, sabía que lo haría, si esa era la única manera.

Evret levantó su funda sobre su cabeza, se colgó su cuchillo en un costado, y su arma en el otro. Un guardia. Su guardia.

"¿Y bien?" Le exigió Levana.

"¿Tengo alguna opción?"

Ella se burló. "Por supuesto, tienes una opción. Es sí o no." Levana ignoró el nudo en su estómago porque estaba mintiendo. No iba a decir que no, y eso era todo.

Pero aun así, se sorprendió de lo vulnerable que se sentía mientras los segundos pasaban. No iba a decir que no.

¿O sí? Respiró profundamente y envió... sólo una sutil ternura a sus pensamientos. Sólo un cálido recordatorio de que estaban destinados a estar juntos, para siempre.

Evret se estremeció, y Levana se preguntó si sabía que lo estaba haciendo. Se detuvo y miró cómo sus hombros se relajaban.

"¿Evret?" Odiaba la agudeza de su voz. "Cásate conmigo, Evret."

Ya no la miró a los ojos, mientras cruzaba la puerta de su dormitorio. "Como desee, Su Alteza."

## Capítulo 12

El oficiante envolvió la cinta dorada alrededor de la muñeca de Levana, explicando el significado de su unión, la magnitud de la ocasión y después ató un nudo. Luego pasó a Evret, tomando una segunda cinta de la bandeja del altar y la anudó a su muñeca. Levana observó con atención cómo contrastaba la cinta brillante contra su piel oscura. Su brazo era mucho más amplio que el de ella, haciendo que los huesos parecieran como de pájaro en comparación.

"Atar las dos cintas juntas", dijo el oficiante, tomándolas en sus dedos y atándolas una vez, luego dos veces, "simboliza la unidad de la novia y el novio en un solo ser y una sola alma, en este, el día veintisiete de abril en el año 109 de la tercera era".

Dejando las cintas, dejó colgar el nudo entre sus brazos.

Levana quedó mirando el nudo y trató de sentirse conectada. Unificada. Como si su alma se hubiera fusionado con la de Evret.

Pero sólo sintió una distancia enorme entre ellos. Un vacío de silencio. Apenas había hablado desde que llegó a la capilla.

Desde el segundo banco, el bebé empezó a lloriquear. Evret se volvió y, molesta por la distracción, Levana también lo hizo. La niñera acalló a la niña, arrullándola suavemente en su regazo, y Levana reconoció la manta bordada en la que se envolvió al bebé, el paisaje nevado pálido, los guantes de color rojo. El trabajo de Sol. Rechinaron los dientes.

"¿Intercambiarán anillos?", Preguntó el oficiante.

Levana volteó y se dio cuenta de que Evret y el oficiante ya no estaban prestando atención alguna a la molesta niña.

Evret asintió, aunque el gesto fue cortante. Levana lo miró por el rabillo del ojo, sorprendida. Ella no había traído un anillo.

Girando, Evret extendió la mano hacia los únicos invitados que no eran la niñera y la pequeña Winter. Ese amigo guarida, Garrison Clay, que estaba allí con su esposa, una chica normal con cabello rubio rojizo, y su propio hijo. Un muchacho de cabello claro que se había pasado la ceremonia correteando por el pasillo mientras su madre le murmuraba que volviera, aunque se rindió y lo persiguió.

Aunque su presencia parecía indicar que Evret estaba tomando esta ceremonia con un poco de frivolidad, Levana no pudo evitar sentirse molesta por todo lo relacionado con esta familia.

Cuando llegaron al lugar, Garrison había tomado a Evret en privado. Pareció como si estuvieran discutiendo sobre algo, y Levana estaba segura de que había estado tratando de persuadir a Evret de que no continuara con esto.

La intrusión no hizo sino aumentar el disgusto de Levana.

Pero ahora, dio un paso adelante sin vacilar y sacó algo del bolsillo. En su palma estaban dos anillos de boda, cada uno hecho de regolito negro pulido hasta alcanzar un fino brillo. Eran los más sencillos que Levana hubiera visto, y que nunca había soñado que se pondría. Un anillo de matrimonio hecho para la esposa de un guardia, no para la realeza.

Su corazón se enganchó, sus ojos se empañaron.

Era perfecto.

Garrison no miró la miró cuando puso los anillos en la mano de Evret y regresó a la banca al lado de su familia.

"Por favor, tómense de las manos y mírense para el intercambio."

Se volvieron, casi robóticamente. Levana inspeccionó la cara de Evret, y su hermosura calentó un poco del frío que había en sus huesos. Trató de expresar, en silencio, lo mucho que amaba su anillo. Que eso era todo lo que quería. Que él era todo lo que quería.

Su oscura sombría se posó en ella.

Sonrió, un poco tímida.

Evret respiró aguda y profundamente, y abrió la boca para hablar. Vaciló. La cerró de nuevo. Luego se puso el anillo en el dedo y repitió después del oficiante. "Con este anillo, te acepto, Princesa Levana Blackburn de la Luna, para que seas mi esposa. De ahora en adelante, tú serás mi sol al amanecer y mis estrellas en la noche, y me comprometo a amarte y apreciarte hasta que la muerte nos separe".

Sus entrañas se estremecieron, y sintió un mareo a través de ella. Su sonrisa llegó más fácil ahora que miraba el anillo en su dedo y la cinta dorada uniéndolos.

No había parecido real por la mañana, durante todo el día, mientras esperaba si Evret vendría. Y ahora estaba ocurriendo. Este era el día de su boda. Se estaba casando con Evret Hayle.

No sabía si su cuerpo podría contener la alegría que palpitaba dentro mientras tomaba el segundo anillo de la mano de Evret y lo ponía en su dedo.

Hizo una pausa.

Ya estaba usando otro anillo, casi idéntico, y tan oscuro que casi desaparecía en su piel.

Levantó la mirada. La mandíbula de Evret estaba tensa.

"No voy a quitármelo", susurró, antes de que Levana pudiera ordenar sus pensamientos, "pero usaré los dos."

Miró el anillo de nuevo. Consideró, por un momento, obligarlo a quitarse el antiguo anillo de bodas de todos modos. Pero no, así era cómo él lo que quería. Levana no se lo arrebataría.

"Por supuesto," susurró, empujando el anillo en el dedo hasta que oyó el ligero clic cuando chocaron las dos piezas de roca tallada.

"Con este anillo, te acepto, Sir Evret Hayle de la Luna, para que seas mi esposo. De ahora en adelante, tú serás mi sol al amanecer y mis estrellas en la noche, y me comprometo a amarte y apreciarte hasta que la muerte nos separe".

Cuando el oficiante confirmó la ceremonia, Winter comenzó a llorar en serio. Mirando hacia atrás, Levana vio que el niño rubicundo estaba colgando de los brazos de la niñera, tratando de mirar a la bebé.

Evret envolvió sus manos alrededor de Levana, recuperando su atención. El beso fue una sorpresa. No había oído la orden del oficiante. Pero fue un suave beso, tal vez el más suave que jamás le había dado, y le hizo estremecerse hasta los pies.

Con eso, el oficiante desató las cintas anudadas, y Evret era suyo.

## Capítulo 13

"¡Dime que no es verdad!", Gritó Channary, entrando a la sastrería de Levana al día siguiente. Sólo llevaba unos listones desgastados que apenas cubrían lo que una mujer debería tener cubierto. Channary parecía un espíritu efervescente bajo el resplandor de los candelabros. Un frívolo espíritu efervescente.

Levana no se atrevía a moverse mientras su costurera giraba la aguja y el hilo sobre la costura en la cintura Levana, midiéndola. Había comentado que Levana no debía estar comiendo bien, que tenía que engordar un poco para mantener una buena figura, al igual que su hermana mayor, y Levana la obligó a callarse después de eso. La costurera enrojeció de vergüenza y regresó a trabajar en silencio. Ya había sido un muy largo trabajo de dos horas.

Miró a su indignada hermana.

"¿A qué te refieres?"

"Idiota. ¿Te casaste con él?"

"Sí. Como te dije que lo haría".

Channary dejó salir un gruñido furioso de su garganta. "Entonces tendrás que anularlo, y rápido, antes de que toda la ciudad se entere."

"No lo haré."

"Entonces voy a tener lo ejecutarlo."

Levana gruñó. "No, no lo harás. ¿Por qué te importa? Lo amo. Yo lo elegí. Esta hecho."

"Así que lo amas. Llévatelo a la cama si quieres, pero nosotras no nos casamos con guardias." Channary miró hacia la pared, tras ella, se imponía la blanca ciudad de Artemisia. "¿Sabes a cuántas familias les he prometido tu mano, y a cuántas lo hizo papá? Hay estrategias en medio. Necesitamos su apoyo. Queremos que sientan que pueden gobernar como nosotros, y para eso tenemos que hacer alianzas. Así es como funciona, Levana. Ese es tu único papel como en esta familia, y no vas a arruinarlo".

"Es demasiado tarde. No voy a cambiarlo, e incluso si lo asesinas, nunca me casaría para complacerte. Prefiero morir".

"Eso también se puede arreglar, hermanita."

## Capítulo 14

La costurera cortó algunas hebras más, arrodillada a la altura de los tobillos de Levana. La mujer sabiamente mantuvo los ojos desviados y fingió no estar escuchando.

"Pero no ibas a negociar nada, así que, ¿por qué molestarse?" Levantando la cabeza, Levana forzó una sonrisa. "Además, te he traído una princesa de reemplazo para que la cases con quien te plazca. Sólo tendrás que esperar otros dieciséis años".

"¿Otra princesa?" Channary soltó una carcajada. "¿Te refieres a esa niña? ¿La hija de un guardia y una costurera? ¿Crees que alguna familia va a quererla?"

"Claro. Es mi hija ahora, lo que significa que es una princesa, tan seguro como si yo la hubiera dado a luz. Para cuando sea lo suficientemente mayor, nadie recordará que tenía otra madre, o que Evret tenía otra esposa".

"Supongo que ese ha sido tu ingenioso plan todo el tiempo."

Mirando a la pared, Levana no dijo nada.

"¿Has pensado lo que vas a hacer con la mocosa?"

"¿Qué quieres decir? ¿Qué voy a hacer con ella?"

"Espero que no tengas la intención de... criarla".

Apartando la mirada de la pared, Levana miró fijamente a su hermana. "Será criada en la realeza. Como nosotras".

"¿Con niñeras, institutrices, e ignorada por sus padres?"

"Con todo lo que pudiera desear. Cualquier lujo, cualquier juguete. Además..." Levantó sus brazos mientras la costurera trabajaba la costura debajo de su axila. "Evret la ama muchísimo, igual que yo."

Era una mentira, y lo sabía. Pero también sentía que algún día podría ser verdad. Después de todo, ahora era su hija, y Evret la quería, así que ¿cómo podría Levana no amarla?

Sin embargo, lo dijo sólo para ver la molestia en el rostro de su hermana.

La costurera terminó su trabajo y Levana bajó los brazos, pasando sus dedos sobre el fino bordado de la blusa. Se sentía curiosamente feliz hoy, después de pasar la segunda noche consecutiva acurrucada contra el cuerpo de Evret. Ahora era una mujer. Aunque su vestido no era tan revelador como el de su hermana, se sentía mucho más mujer. Tenía algo que su hermana no tenía. Una familia. Alguien que la amara.

"Espero", continuó Levana, más para sí misma ahora "que la pequeña Princesa Winter pronto tenga un hermano o hermana también."

Channary giró hacia ella. "¿Estás embarazada?"

"No, todavía no. Pero no veo por qué esperar mucho".

En realidad, había estado pensando en ello mucho, a menudo usaba el glamour del vientre embarazado de Solstice cuando estaba sola, pasando los dedos sobre la carne tensa. No había considerado seriamente en tener un hijo hasta que vio a Evret cargando a su bebé, la suavidad de su mirada. Eso era algo que ella podía darle también. Algo que con lo que podía parecerse a Solstice... no, el hijo de Levana sería mejor que el de Solstice, porque tendría sangre real.

Con el ceño fruncido, Channary cruzó los brazos. "Entonces va a salir algo bueno de esto. Cuando tengas un hijo que en serio sea tuyo, entonces discutiremos con quién sería mejor casarlo".

"Aguardo con ansias esas conversaciones, hermana."

"Mientras tanto", dijo Channary, "Al menos yo estoy cumpliendo mi deber de ampliar nuestra línea de sangre sin contaminarla con vergonzosos matrimonios."

"¿Qué significa eso?"

Channary echó el pelo de su hombro. "La pequeña "Princesa" Winter", dijo en tono burlón, "pronto tendrá un primo."

La mandíbula de Levana cayó. Empujando la costurera, recogió completamente su falda y bajó del pedestal. "¿Tú?" Miró el vientre de Channary, pero era tan plano como siempre. "¿Hace cuánto...?"

"No estoy segura. Voy a ver al Dr. Eliot esta tarde." Deslumbrante, se volvió y se dirigió de nuevo a puerta de los vestuarios. "Espero que sea un niño. Estoy tan harta de tontas princesas".

"Espera... ¡Channary!" Comenzó a correr tras ella, con miles de preguntas en la cabeza, pero se detuvo cuando su hermana giró de nuevo para mirarla, para ver su rostro lleno de agitación. "¿De quién es? ¿Del Alguacil?"

Channary frunció el ceño. "¿De qué estás hablando ahora?"

"El Alguacil Dubrovsky. ¿Es él el padre?"

El rostro de Channary se volvió arrogante. Extendiendo la mano, agarró un pedazo del vestido a medias de Levana y arrancó un pedazo, dejando al descubierto el tejido cicatrizado sobre las costillas de Levana antes de que pudiera pensar en hacerlo invisible con magia. Sorprendida, Levana se apartó, luchando para mantener la tela contra su piel. "No tengo idea de quién es el padre," declaró Channary, alejándose de nuevo. "¿No lo ves, Levana? Ese es el punto."

## Capítulo 15

Levana no quedaba embarazada, aunque iba a la alcoba de Evret casi todas las noches. Él y Winter habían sido trasladados a una ala privada de la familia real del palacio, pero tan sólo una semana después Levana decidió que sería más seguro retirarse a su habitación después de visitarlo. Tenía miedo de lo que podría ocurrir si se despertaba una mañana y la veía sin su magia, y estaba cansada de usar su don para arrastrarlo a una profunda inconsciencia cada noche.

No estaba ni cerca del matrimonio que había soñado, pero se decía que mejoraría. Tomaría tiempo.

No venía a amar a la Princesa Winter, que lloraba cada vez que Levana la cargaba.

Evret se negó a dejar que alguien lo llamara príncipe, e incluso se comprometió a mantener su trabajo como guardia de palacio, aunque Levana le dijo una y otra vez que no era necesario. Era de la realeza ahora; nunca tendría que trabajar de nuevo. Pero esto sólo parecía irritarlo, por lo que finalmente Levana dejó de tocar el tema. Déjenlo jugar a los soldaditos si eso lo hace feliz.

Channary empezó a volverse más robusta y se enteró de que su hijo no era un niño. Aunque para entonces, a Channary no parecía importarle. Resplandecía de la misma manera en que, según Levana, las mujeres embarazadas lo hacían, sin embargo, no se había imaginado que su hermana sería la misma manera. Dejaba que cualquiera tocara su vientre desnudo, incluso los sirvientes. Los alentaba, incluso. Gritaba si una persona no hacía "oww" y "aww" y le decía que sería una madre hermosa y que su hija seguramente crecería hasta ser como ella, por todas las suertudas estrellas.

Conforme pasaban los meses, Levana llegó a sentir como si hubiera una conspiración en su contra. Los rumores que se extendían hablaban del número de mujeres en la corte que estaban teniendo bebés. Toda la ciudad parecía repentinamente llena de sus llantos y aullidos. Cuando Levana fue a ver a la Dra. Eliot a una cita privada para preguntar si había algo más que pudiera hacer, se enteró de que incluso un matrimonio de científicos reales estaba esperando un bebé, el Dr. Darnel y su esposa, ambos especialistas en el equipo de ingeniería genética. La mujer era tres veces mayor que Levana.

La Dra. Eliot fue inútil en gran medida. Le repitió una y otra vez que podría tomar tiempo, y que buscaría tratamiento adicional cuando Levana fuera mayor, si es que todavía no había tenido ningún éxito. La mujer incluso tuvo el descaro de decirle a Levana que se relajara, que no se preocupara tanto. Pasaría cuando tuviera que pasar.

Levana tuvo la tentación de hacer que la exasperante mujer se enterrara un bisturí en el ojo.

Su hermana. El anciano doctor. Solstice.

No podía haber nada malo en Evret.

¿Había algo mal en ella?

Su único consuelo era que, como resultado de la condición del Channary y su exuberante necesidad de ser mimada, la reina descuidaba sus responsabilidades reales cada vez más. Pasaban días sin que apareciera en la corte y Levana fue enviada a ocupar su lugar en innumerables reuniones. Aunque su hermana la molestaba con ello una y otra vez, en realidad no le importaba. Estaba fascinada por la política y el funcionamiento interno de su país. Quería saberlo todo, para reclamar todo el poder que pudiera, y la ausencia de su hermana le dio la

oportunidad  
perfecta para hacerlo.

Entonces, el veintiuno de diciembre del año 109 de la tercera era, la reina Channary dio a luz a una niña. Fue nombrada oficialmente Princesa Selene Channary Jannali Blackburn de la Luna, pero todo lo que seguía a Selene fue olvidado de inmediato por todos, excepto por los libros de historia. Las desenfrenadas celebraciones en toda la ciudad e incluso los sectores exteriores duraron una semana.

El linaje real continuaría.

El Trono Lunar tenía un heredero.

## Capítulo 16

Por Macn Canner

"Me gusta el plateado. ¿Qué te parece, hermanita?"

Levana apartó la mirada del bebé, que estaba acostado en una colcha bordada en el centro de la habitación como si se tratara de una simple guardería y no un encuentro real para discutir la celebración del próximo aniversario del país. Había una serie de diseñadores, floristas, decoradores, panaderos, caterings y artesanos de pie contra la pared trasera de la sala, cada uno esperando para dar sus opiniones y ofrecer su experiencia. A Levana le tomó un momento darse cuenta que su hermana estaba hablando de dos enormes ramos de flores, casi idénticos, pero con unas rizadas hojas plateadas en uno, y vibrantes hojas esmeraldas en el otro.

"El plateado", dijo. "Sí. Es muy bonito."

"De hecho, añada más", dijo Channary, tocando sus labios con su dedo. "Quiero que todo el cuarto reluzca. ¿Me escucha todo el mundo?" Su voz se elevó. "Brillante. Ostentoso. Quiero que cada superficie brille. Quiero que todos los invitados se deslumbren. Quiero ganar la reputación de dar la mejor gala que esta ciudad ha visto. Quiero que hablen de ello durante generaciones. ¿Está claro?"

Todos los presentes en la sala asintieron, pero Channary ya habían dejado de prestarles atención mientras examinaba las muestras ante ella. Bandejas con pequeños postres y cócteles con cubitos de hielo en ellos, cada cubo tallado en la forma de la corona de la reina.

"No, no, esto no es suficiente." Channary agarró una bandeja de entremeses y lo arrojó contra la pared. Todo el mundo se estremeció. "Dije que quiero que resplandezca... ¿es tan difícil de comprender? ¿Están ciegos?"

Nadie señaló que no les había dicho esto antes. Pero, por supuesto, deberían haberlo sabido antes de venir a esta reunión. Obviamente.

Levana negó con la cabeza tras la espalda de su hermana.

El bebé empezó a llorar.

Mirando alrededor, Channary extendió su brazo hacia Levana. "Toma a la niña."

Levana parpadeó. "¿Yo? ¿Por qué yo? ¿Dónde está su niñera?"

"¡Oh, por todas las estrellas, sólo quiere que la carguen." Channary comenzó a toser. Se volvió rápidamente, tosiendo en su codo, como era propio de una dama. A Levana le parecía que había estado tosiendo mucho últimamente, durante semanas, si no meses, y aunque Channary insistió en que era sólo una dolencia temporal, parecía seguir y seguir.

Un criado le ofreció un vaso de agua, pero Channary lo agarró y lo arrojó a la pared también. El vaso se estrelló en el muro mientras Channary se precipitó fuera de la habitación, todavía tosiendo.

Los lloriqueos del bebé se hicieron más fuertes. Levana se le acercó, vacilante.

Alguien aplaudió. "Vamos a levantar la sesión de hoy", dijo uno de los organizadores de eventos, despidiendo a los artesanos. "Vuelvan mañana con... su trabajo mejorado."

Levana se puso delante a la niña y dudó por un momento, viendo cómo su rostro se enrojecía y gimoteaba, la forma en que retorció sus regordetes brazos contra la manta. Sus mechones de pelo castaño oscuro se dispersaban en todas direcciones.

Aunque la bebé tenía siete meses de edad y cada día daba indicios de que estaba a punto de empezar a gatear, Levana apenas podía recordar haber cargado a su sobrina. Siempre había

alguien allí para encargarse del bebé, y al igual que con Winter, esta niña no parecía tenerle simpatía en absoluto.

Resoplando, enderezó los hombros y se agachó, recogiendo a la bebé tan suavemente como pudo. De pie, acurrucó a la niña en el hueco de su brazo e hizo posible por arrullarla, pero el llanto seguía y seguía, dando pequeños puñetazos al aire, golpeando el pecho de Levana.

Con un suspiro molesto, Levana se paseó arriba y abajo por la habitación, antes de salir al balcón que daba al Lago Artemisia. Podía ver a los miembros de la corte charlando acerca de los exuberantes jardines del palacio, algunos de los aristócratas navegaban por el lago. En el cielo, la Tierra estaba casi llena. Enorme, azul, blanca y en medio del impresionante paisaje estelar.

Una vez, había convencido a Evret de navegar con ella, pero se había pasado todo el tiempo insistiendo en volver a casa con Winter, hablando sin cesar sobre lo rápido que estaba creciendo, y especulando sobre cuál podría ser su primera palabra.

Eso parecía como hace mucho tiempo.

De hecho, había pasado mucho tiempo sin que hicieran algo juntos.

Arrullando a la pequeña Selene tan suave como pudo, Levana examinó el rostro de su futura reina. Se preguntó si esta niña sería tan mimada e ignorante como su madre, que se preocupaba más por los arreglos florales que por la política.

"Yo sería una mejor reina que tu madre", susurró. "Sería una mejor reina que tú."

El bebé siguió llorando, mimada y torpe.

No tenía sentido pensar en eso, de todos modos. Channary era la reina. Selene era la heredera. Levana sólo era la princesa, con un guardia por marido y una hija sin sangre real.

"Podría dejarte caer de este balcón, ¿sabes?" dijo, susurrando las palabras en voz baja. "No podrías hacer nada al respecto."

El bebé no respondió a la amenaza.

"Podría obligarte a dejar de llorar. ¿Te gustaría eso?"

Era una idea tentadora, una que Levana apenas logró soportar. No se debía manipular los niños pequeños, ya que los estudios sugerían que una manipulación excesiva de alguien tan pequeño y sensible podía afectar el desarrollo cerebral.

Levana empezaba a preguntarse cuánto daño podía hacer un pequeño momento de silencio... cuando oyó los tacones de su hermana resonando en el piso de la sala de reuniones.

Se volvió y vio que Channary estaba tratando de ocultar su horrible ataque de tos, volviendo con una postura exuberantemente recta y unos ojos llameantes, con su cabello castaño balanceándose contra sus hombros. Pero su cara todavía estaba enrojecida y una fina capa de sudor aun podía verse en su labio inferior.

Tomó al bebé de los brazos de Levana sin avisar, ni siquiera con un "gracias".

"¿Estás bien?", Preguntó Levana. "No te estás muriendo, ¿verdad?"

Volteando de inmediato, Channary se alejó sin tomarse un momento para admirar la vista. Mientras se paseaba por la habitación, el llanto de la niña comenzó a ceder, sus regordetes dedos pateaban la cara de su madre.

Se le ocurrió que tal vez los bebés eran inmunes a los espejismos, y todos ellos la odiaban porque podían ver lo que había debajo.

"Has tenido esa tos durante mucho tiempo. Tal vez deberías ver a la Dra. Eliot".

"No seas ridícula. Soy la reina", dijo Channary, como si eso fuera suficiente para protegerla de las enfermedades. "Aunque, hablando de médicos, ¿has oído hablar de esa pareja en bioingeniería?" Tomó un biberón de una bolsa y lo puso en la boca de bebé. Levana se sorprendía cada vez que era testigo de ese afecto maternal en su hermana, una chica que sólo había sido cruel y egoísta. Seguramente su madre nunca les daba de comer. Se preguntó qué llevaba a Channary a hacerlo, cuando tenían tantos criados a su servicio.

"¿Cuáles médicos?"

"Los que tuvieron al bebé. Darnel, creo... el hombre es... cielos. Viejo. Sexagenario, tal vez."

Levana apretó los dientes. "Había oído que estaban esperando un bebé, sí."

"Bueno, su espera fue inútil. El bebé era un caparazón".

Anonadada, Levana puso una mano sobre su boca. Fingiendo horror, pero sobre todo ocultando el ataque de alegría que amenazaba con derramarse. "¿Un caparazón?"

"Mmm. Una chica, creo. Eso taumaturgo fue a recogerla ayer, para..." Channary suspiró, como si fuera demasiado agotador recordar todos estos detalles molestos. "Para lo que sea que los científicos estén utilizando los caparazones."

"Plaquetas. Para el antídoto de la enfermedad".

"Sí, correcto. ¿Cómo puedes recordar todo eso?"

Con el ceño fruncido, Levana observó al bebé, que ahora estaba en un saciante estupor mientras chupaba del biberón. Miró de nuevo a la Tierra, al lago, a todas las parejas felices.

"Un caparazón", murmuró. "Que vergonzoso".

"Me he dado cuenta de que no te estás volviendo robusta", dijo Channary, uniéndose a Levana en el balcón. "A menos que tu magia lo esconda."

Apretando la mandíbula, Levana no respondió.

"Dime, ¿cómo va tu felicidad de casada en estos días? Ha pasado un tiempo desde que palabreas lo mucho que amas a tu marido. Casi echo de menos aquellos días".

"Estamos bien, gracias", dijo Levana. Dándose cuenta rápidamente de lo inconforme que sonaba, añadió: "Todavía lo amo mucho. Estamos muy felices juntos".

Resoplando, Channary se apoyó en la barandilla. "Mentiras, mentiras. Aunque nunca puedo determinar si estás mintiéndome a mí o a ti misma".

"No estoy mintiendo. Él es todo lo que siempre he querido".

"Que pintoresco. Realmente pensé que tendrías gustos... mejores".

La atención de Channary se desvió hacia arriba, a la colgante, azul y blanca obre en el cielo.

"¿Qué significa eso?"

"Oh, he estado pensando más en la política Terrestre, últimamente. Aunque en contra de mi voluntad, lo reconozco. Es imposible hacerlo cuando todas las familias hablan y hablan de esta guerra biológica que están planeando. Es agotador".

"Eres la viva imagen de la paciencia.", dijo Levana, inexpresiva.

"Bueno, he estado viendo fotos de la familia real de la Comunidad del Este y... estoy bastante intrigada." Trató de retirarle el biberón a la niña, pero la pequeña Selene gimio y lo alcanzó, jalándolo de nuevo a su boca.

"¿La familia real? El príncipe es sólo un niño, ¿no?"

"Sí, un niño." Channary se inclinó sobre su hija, acariciando los mechones de pelo con la nariz. "Al principio pensé: 'podría ser la pareja perfecta para mi perfecta niña'." Levantó la mirada de nuevo. "Pero luego pensé: 'supongo que podría casarme también'. Y es que el emperador es muy guapo. Con hombros anchos. Siempre elegantemente vestido, aunque un poco soso... como todos los Terrestres, como sabes."

"Desafortunadamente, creo que ya está casado."

Channary resopló, y la pequeña Selene finalmente dejó el biberón, satisfecha. "Siempre tan pesimista, hermanita. Tal vez no esté casado para siempre." Se encogió de hombros y levantó al bebé sobre su hombro para hacer que eructara, a pesar de que no tenía nada para proteger su fino vestido. "Es sólo algo que he estado pensando. Desde luego, no estoy planeando ningún intento de asesinato todavía, pero... bueno. He oído la Tierra es agradable en esta época del año".

"Creo que es agradable en cualquier época del año, dependiendo del hemisferio".

Channary arqueó una ceja. "¿Qué es un hemisferio?"

Suspirando, Levana negó con la cabeza. "Olvidalo. Ese bebé va a ensuciar todo tu vestido, ¿sabes?"

"Oh, sí, estoy harto de este. De hecho, estoy harto de todos. No hay nada en todo mi armario que me quede bien, y sé que sólo va a empeorar si me embarazo de nuevo. Mi costurera va a empezar a trabajar de tiempo completo. He estado pensando que podría cortarle los pies, para que no tenga nada mejor que hacer." Sus ojos brillaban, como si estuviera bromeando.

Pero Levana había visto ese brillo antes. No estaba tan segura de que Channary bromeara.

## Capítulo 17

La reina Channary Blackburn de Luna no tuvo la oportunidad de ver el asesinato de la emperatriz terrestre. No se casó con el emperador Rikan o vio a su hija crecer y casarse con un príncipe.

Cinco meses después de su conversación, realmente hizo extirpar quirúrgicamente los pies de su costurera, y ni siquiera se había recuperado lo suficiente como para volver a trabajar antes de que todo fuera en vano.

A la edad de veinticinco años, la reina Channary murió de envenenamiento pulmonar por regolito.

Era una enfermedad que comúnmente afectaba a los sectores exteriores, debido a toda una vida dedicada a respirar el polvo de las cavernas lunares, pero era tan inaudito entre los aristócratas, y mucho más en la familia real, que los médicos nunca habían siquiera considerado una posibilidad, incluso cuando Channary cedió y habló con la doctora El iot sobre su persistente tos.

El misterio nunca fue resuelto, pero Levana teorizaba que su hermana había estado escabulléndose a las cuevas de regolito bajo la ciudad para asistir a sus citas románticas.

El funeral fue similar a la de sus padres, y los sentimientos de Levana eran bastante idénticos.

La Princesa Winter y la Princesa Selene asistieron, vestidas con atuendo real adaptado a su estatura. Selene, ahora de un año de edad, recibió besos de un montón de extraños, pero entre las dos, era Winter quien recibió la mayoría de los cumplidos. Era realmente una niña muy bonita, y Evret tenía razón: se parecía más a su madre cada día.

Evret se ofreció trabajar, escoltando el ataúd de la reina mientras era conducido por las calles a su entierro en un cráter fuera de las cúpulas. Levana le pidió no hacerlo. Había esperado que estuviera de acuerdo en estar a su lado. Para ser su marido. Pero no funcionó. Para él, el deber era lo primero.

El hijo de Sir Clay estaba allí también, casi de cuatro años de edad ahora y rubicundo como siempre. Trató de enseñar a las tambaleantes niñas cómo jugar al escondite entre los bancos, pero eran todavía demasiado jóvenes para entender.

Levana fingió llorar. Asumiría el papel de reina regente hasta decimotercero cumpleaños de su sobrina, momento en el que Selene la relevaría en el trono.

Doce años.

Levana reinaría por doce años.

Hizo un muy, muy grande esfuerzo por no sonreír hasta que el funeral terminó.

## Capítulo 18

"El Taumaturgo Mayor Haddon se jubila a finales de este mes", dijo Venerable Annotel, siguiendo el paso de Levana mientras se abrían camino a la sesión de la corte. "¿Ha pensado a quién proponer para su reemplazo?"

"He estado pensando en recomendar a Sybil Mira."

Annotel la miró de reojo. "Una opción interesante. De masiado joven... Las familias pensaban que consideraría al taumaturgo Par..."

"Hasta ahora, Sybil ha sobresalido en su asignación de recolección de niños caparazones."

"Oh, sin duda. Ella es muy capaz. Pero su inexperiencia..."

"Y tengo entendido que logró un puesto de segundo rango con sólo diecinueve años. El más joven de la historia. ¿No es cierto?"

"Yo... no estoy completamente seguro."

"Bueno. Me agrada su ambición. Tiene motivación, y eso me gusta. Me recuerda a mí misma".

Annotel frunció los labios. Se consternaría ahora que Levana había hecho la comparación.

"Estoy seguro de que es una buena elección", dijo. "Si esa es su decisión final, creo que las familias la aprobarán."

"Veremos. Todavía tengo un mes para considerarlo." Sonrió, pero luego vio Evret por el pasillo.

Era uno de los guardias que esperaban fuera de la sala de conferencias. Al verlo, se sintió abatida. Sin importar qué tan seguro era su papel reina regente, cada vez que sus ojos se posaban en su marido, se sentía de nuevo como una enamoradiza de dieciséis años de edad.

Esperaba compartir una sonrisa al pasar, pero Evret no la miró mientras él y su compañero abrían las puertas.

Mojándose los labios, Levana entró.

Cuando las puertas se cerraron, los representantes de las familias se pusieron de pie. Levana se acercó al estrado donde estaba el trono.

El trono de la Reina.

Esta habitación era una de sus favoritas del palacio, y su aprecio de la sala había incrementado drásticamente en el momento en que había tomado asiento en esa magnífica silla por primera vez. La sala brillaba y relucía, todo el vidrio y la piedra blanca. Desde su posición, podía ver todos los miembros de la corte sentados alrededor del intrincado piso de baldosas, y directamente frente a ella había una magnífica vista del Lago Artemisia y la blanca ciudad.

Sentada allí, Levana verdaderamente se sentía como la gobernante de la Luna.

"Tomen asiento."

Las sillas aún se arrastraban cuando enderezó la espalda e hizo un gesto pausado al Taumaturgo Mayor Haddon.

"Proceda."

"Gracias, Su Alteza. Me complace informar de que su experimento de las estrictas horas de trabajo en los sectores exteriores va bien".

"¿Ah, sí?" Levana no estaba sorprendida, pero fingió estarlo. Hace unos meses había leído en un estudio terrestre que la eficiencia y la productividad decaían sin descansos regulares.

Sugirió que programaran campanadas a intervalos regulares en los domos de producción, para recordar a los trabajadores cuándo tomar descansos obligatorios, y luego extender la jornada laboral para cubrir ese tiempo perdido. El tribunal no estaban muy convencidos de la estrategia al principio, les preocupaba que sería demasiado difícil aplicar un aumento tan drástico en la jornada de trabajo, y que ya había quejas de exceso de trabajo en los sectores exteriores. Pero Levana insistió en que, con este nuevo horario, los días en la fábrica serían más rápidos, y la solución beneficiaría a todos, sobre todo a los trabajadores.

"La productividad ha subido ocho por ciento en los tres sectores en los que implementamos el cambio" continuó Haddon, "sin pérdida aparente de calidad."

"Me alegra oír eso."

Haddon leyó los informes, detallando las cifras del exitoso aumento del comercio entre los sectores, y diciéndole lo encantadas que estaban las familias de Artemisia con las nuevas decoraciones artesanales que Levana había encargado para su ciudad. Lo que es más, los equipos de investigación estaban haciendo buenos progresos tanto con el ejército genéticamente modificado como con la enfermedad bioquímica, e informaron de que podría estar lista para ser liberada en la Tierra en los próximos dieciocho meses.

Nadie lo había dicho, pero Levana podría decir que la corte estaba satisfecha con la forma en que había actuado en reemplazo de su hermana, que había superado el reinado de Channary, e incluso el de sus padres. Ella era la reina que la Luna había estado esperando, y desde que había tomado el poder, la ciudad estaba en pleno apogeo, los sectores exteriores estaban floreciendo, todo era exactamente como Levana sabía que debería ser.

"Planeamos establecer la jornada de trabajo en el resto de los sectores de fabricación general en los próximos meses", continuó Haddon. "Le notificaré todos los progresos. Dicho esto, me temo que hemos notado algunos posibles inconvenientes...".

Levana inclinó la cabeza hacia un lado. "¿Cuáles serían?"

"Con los frecuentes descansos a lo largo del día, los civiles tienen más oportunidades de socializar, y hemos observado que esas interacciones continúan incluso después de que la jornada de trabajo ha terminado."

"¿Y es un problema?"

"Bueno... tal vez no, Alteza."

Annotel habló. "En el pasado, había temor de disturbios civiles cuando las personas tenían mucho tiempo de ocio y... teniendo ideas."

Levana rio. "¿Disturbios? ¿Qué razón tendría mi pueblo para ser infeliz?"

"Ninguna, por supuesto, Su Alteza", dijo Haddon. "Pero me pregunto si ya nos hemos recuperado por completo de los asesinatos de sus padres. Es sólo que siempre habrá unas cuantas... malas semillas, en los sectores exteriores. Odiaríamos darles demasiado tiempo para infectar a los demás".

Levana cruzó las manos sobre el regazo. "Aunque no puedo imaginar que las personas decidan que están descontentos con nuestro gobierno, entiendo su punto. ¿Por qué no establecemos un toque de queda obligatorio después de las horas de trabajo? Darle a la gente tiempo para ir a casa, y hacer que se queden allí. Ese tiempo es para estar con sus familias, de todos modos".

"¿Tenemos el personal para hacer cumplir eso?", preguntó uno de los nobles.

"No lo creo", dijo Haddon. "Calculo que necesitaríamos un aumento del cuarenta por ciento de los guardias en el sector."

"Bueno, entonces, contraten más guardias."

Los presentes de la sala del trono intercambiaron miradas, aunque nadie cuestionó la simplicidad de esta solución.

"Por supuesto, mi Reina. Nos encargaremos de que así sea".

"Bien. ¿Dijo que había otro problema también?"

"No es un problema inmediato, pero todos nuestros informes de proyección muestran que nuestra cantidad de producción no es sustentable a largo plazo. A este paso, acabaremos con nuestros recursos. El suelo terraformado disponible que tenemos ya está trabajando a casi su máxima capacidad".

"Recursos", dijo Levana arrastrando las palabras. "Me estás diciendo que nuestra economía no puede seguir creciendo porque vivimos en una roca."

"Es desalentador, pero es la verdad. Para poder continuar con esta producción necesitamos reabrir los acuerdos comerciales con la Tierra".

"La Tierra no comerciará con nosotros. ¿No entienden que ese es el punto del desarrollo la enfermedad y su antídoto que discutimos cada reunión? Hasta que no tengamos eso, entonces no tenemos nada que ofrecer a los Terrestres que no tengan ya".

"Tenemos suelo, Su Alteza."

Levana se erizó. Aunque la voz de Haddon no vaciló, podía ver la duda en sus ojos. Y con buena razón.

"Suelo", repitió.

"Todos los sectores juntos ocupan sólo una fracción de la superficie total de Luna. Hay un montón de bienes raíces de gravedad baja que podrían ser muy valiosos para los Terrestres. Podrían construir puertos espaciales que requerirían menos combustible y energía para llevar a cabo sus viajes y exploración. Eso es lo que podríamos ofrecerles. El mismo trato que tenía la primera colonia lunar que se formó".

"Por supuesto que no. No volveremos a tener la fuerza política de una colonia. No dependeré de la Unión Terrestre".

"Su Alteza..."

"Es mi última palabra. Cuando tenga otra sugerencia para resolver nuestro dilema de los recursos gravados, la escucharé. ¿Qué sigue?"

La reunión continuó con suficiente amabilidad, pero había una tensión en la corte que no se había disuelto completamente. Levana trató de ignorarla.

Ella era la reina que la Luna había estado esperando. Podría resolver este problema también, por su pueblo, por su país, por su trono.

## Capítulo 19

"Te lo digo, soy buena en esto", dijo Levana, caminando vertiginosamente en todo el dormitorio.

"Seguro que sí", dijo Evret, riendo mientras Winter le traía un par de zapatos de Levana del armario. "Gracias, querida", dijo, poniendo los zapatos a un lado. Winter alegremente corrió de nuevo hacia el armario. Levantando la mirada, Evret sonrió. "Hacía mucho tiempo que no te veía tan feliz."

Hacía mucho tiempo que Levana no se sentía tan feliz. "Nunca había sido buena en nada", dijo. "Channary era mejor bailarina, mejor cantante, mejor en la manipulación, la mejor en todo. Pero, ¡ja! Soy un mejor reina, y todo el mundo lo sabe".

La sonrisa de Evret empezó a vacilar, y ella sabía que era incómodo hablar mal de los difuntos, pero a Levana no le importaba. Habían pasado casi un año desde la muerte de Channary, y había sentido que incluso un día de luto era demasiado. Imaginaba que la pobre costurera que no volvería a caminar estaría de acuerdo con ella.

Winter se escurrió, entregando a su padre otro par de zapatos. Él le acarició la cabeza, donde ahora había salvajes rizos que formaban un aura alrededor de su redonda cara. "Gracias."

Salió corriendo de nuevo.

"Y el pueblo. Creo que están empezando a quererme".

"¿Quererte?"

Levana dejó de caminar, sorprendida por la burla en su tono.

La sonrisa de Evret se esfumó rápidamente, como si se hubiera dado cuenta de la burla demasiado tarde. "Cariño", dijo, un sobrenombre que había empezado a usar no hace mucho en su matrimonio. Hacerlo hacía que su corazón palpitará, y lo hacía pensar si lo hacía para evitar llamarla accidentalmente 'Solstice'. "Sin duda eres una buena reina, y haciendo grandes cosas por Artemisia. Pero la gente no te conoce. ¿Has estado siquiera en los sectores exteriores?"

"Por supuesto que no. Soy la reina. Tengo gente que va ahí y me informa".

"Eres la reina regente," corrigió. Levana se estremeció, empezaba a despreciar la palabra regente. "Y aunque estoy seguro de que los informes que recibes son muy precisos, no permiten que la gente conozca su gobernante. No pueden amar a un extraño." Se volvió. "Gracias, Winter. Y, además, cada vez que haces emisiones de noticias, siempre..."

Entrecerró los ojos, esperando.

"Es sólo que... nunca muestras tu rostro, cuando te graban. Los rumores empiezan a correr, ¿sabes? La gente piensa que estás ocultando algo. Y el amor comienza con la confianza, y la confianza no se puede formar si la gente piensa que estás ocultando algo".

"Los espejismos no funcionan en transmisiones. Lo sabes. Todo el mundo lo sabe".

"Entonces no les muestres espejismos." Hizo un gesto a la cara. "¿Por qué no ser tú misma? Te estimarán por ello".

"¿Cómo lo sabes? ¡Nunca me has visto!"

Se desconcertó por un momento, sus oscuros ojos parpadearon hacia ella. Winter, también, se detuvo en la puerta, llevando otro par de brillantes zapatos.

Evret puso de pie y se aclaró la garganta. "Tienes razón, pero, ¿de quién es la culpa?"

"¿Papá?", Dijo Winter, ladeando la cabeza. "¿Por qué está gritando mi madre?"

Levana puso los ojos en blanco. Así había sido desde el día que Winter empezó a hablar. Se dirigía sólo a su padre. Levana era sólo un espectador, una madre sólo por título.

"Por nada, querida. ¿Por qué no vas a jugar con tus muñecas?" Empujando a Winter a la sala de juegos, Evret se sirvió una copa de una pequeña bandeja en la mesita. "¿Te das cuenta de que ha sido mi esposa desde hace más de tres años?", dijo, mirando cómo caía líquido ámbar en los cubos de hielo. "No te he maltratado. No te he dejado. Pero estoy empezando a preguntarme si esto se convertirá alguna vez en un verdadero matrimonio, o si planeas vivir con esta mentira hasta que uno de nosotros muera".

El diafragma de Levana tembló de forma inesperada, advirtiéndole que podría llorar, diciéndole que sus palabras le dolían más de lo que pudiera pensar.

"¿Crees que nuestro matrimonio es una mentira?"

"Como acabas de decir, ni siquiera he visto cómo eres realmente".

"¿Y eso es lo que te importa? Que sea hermosa, como ella."

"Por todas las estrellas, Levana." Dejó el vaso sobre la mesa sin darle un sorbo. "Tú eres la que la suplanta. Tú eres la que se esconde. Nunca he querido eso. ¿A qué le tienes miedo exactamente?"

"¡De que nunca me mires de nuevo! Confía en mí, Evret. Nunca me verás de la misma manera".

"¿Crees que soy tan superficial? ¿Que me importa mucho lo que hay bajo tu magia?"

Ella se dio la vuelta. "No sabes lo que estás pidiendo."

"Creo que sí. Sé... que hay cicatrices, quemaduras de algún tipo. He oído los rumores".

Levana hizo una mueca.

"Y sé que tu hermana dijo que eras fea desde bebé, y sólo puedo imaginar cuánto daño le hace eso a una persona. Pero... Levana..." Suspirando, Evret se acercó por detrás, colocando sus cálidas manos sobre sus hombros. "Yo tenía una esposa, con la que podía hablar de casi cualquier cosa. En la que confiaba implícitamente. Creo que, si vamos a hacer que esto funcione, necesitamos al menos tratar de tener eso también. Pero eso nunca sucederá si siempre te esconderás de mí".

"Esto nunca pasará", dijo Levana entre dientes, "si insistes constantemente en compararme con ella."

Le dio la vuelta para que lo mirara. "Tú te comparas con ella." Tomó su rostro. "Déjame verte. Permíteme juzgar por mí mismo lo que puedo o no puedo manejar." Hizo un gesto hacia la ventana. "Que la gente juzgue por sí mismos."

Levana tragó saliva, temerosa al darse cuenta de que lo estaba considerando.

¿Era cierto que nunca podría conocerla, confiar en ella y amarla mientras se escondiera detrás de esta magia de belleza y perfección?

"No, no puedo hacerlo", susurró, alejándose de su agarre. Su cara decayó, y un momento después sus manos también lo hicieron. "Tal vez tienes razón acerca de las personas. No... tienes razón. Voy a planear un viaje a los sectores exteriores. Voy a dejar que me vean".

"Querrás decir, que vean tu magia."

Rechinó los dientes. "A mí. Eso es todo lo que importa, así que por favor, no vuelvas a hablar de esto".

Sacudiendo la cabeza, volvió a su bebida.

"Confía en mí", dijo enfáticamente Levana, aun cuando su visión se hizo borrosa. "Así es mejor. Así soy mejor".

"Ese es el problema", dijo, incapaz de mirarla mientras tomaba un sorbo. "No confío en ti. Ni siquiera sé cómo empezar a hacerlo".

## Capítulo 20

La idea se le ocurrió gradualmente. Al principio, no era más que una horrible y reprobable fantasía. Que no existía Selene. Que Channary había muerto, sola y sin hijos. Que Levana ya era la verdadera reina.

Entonces, un día, mientras veía a Winter y Selene jugar con bloques en el piso de su guardería, balbuceando en un idioma que sólo ellas entendían, Levana imaginó a Selene morir.

Metiéndose uno de esos bloques en la boca y atragantándose con él.

Ahogándose en la bañera, con su niñera demasiado distraída para notarlo.

Tropezando en sus torpes pasos y cayendo por las duras escaleras del palacio.

Las fantasías la disgustaron al principio, después de todo, solo era una niña inocente, con grandes ojos marrones y desaliñado cabello castaño que tendía a despeinarse a la izquierda, pero se decía que eran sólo eso, fantasías. No había nada de malo en imaginar un inocente error que condujera a la muerte del bebé, al duelo del país y a que Levana fuera coronada como la reina, ahora y siempre.

Con el tiempo, las fantasías se hicieron más violentas.

En un ataque de frustración, su niñera lanzaba a Selene por el balcón.

O, en lugar de tropezar en sus pasos, algún celoso niño aristócrata la empujaba por las escaleras.

O un caparazón desilusionado se colaba en el palacio y la apuñalaba dieciséis veces en el pecho.

A pesar de que Levana sintió miedo de saber que se trataban de sus propios pensamientos, no hizo más que justificarse.

Era una gran reina. La Luna estaba mejor con ella, no con una ignorante niña mimada y ególatra al mando.

El relevo cuando Selene cumpliera trece años sería difícil y confuso para la gente. Podrían pasar años antes que pudieran retomar la marcha.

Channary había sido una terrible gobernante. Sin duda, su hija sería igual.

Nadie amaría este país como Levana lo hizo. Nadie.

Merecía ser la Reina.

Como nunca había odiado realmente a la niña, creía que su racionalización era meramente objetiva. Sus pensamientos no nacían de la envidia o el resentimiento. Esto era por el bien de Luna. Por el bien de todos.

Los meses pasaban, y se encontró inspeccionado los pocos momentos que pasaba con su sobrina en busca de debilidades. Preguntándose cómo iba a hacerlo, si la oportunidad se presentaba. Preguntándose si podía salirse con la suya.

Levana no se dio cuenta que estaba haciendo un plan hasta que ya estaba medio formado.

Era lo que hay que hacer. Era lo único que una reina responsable podía hacer.

Era un sacrificio y una carga que no podía delegar a nadie más.

Elegió un día, casi sin darse cuenta de que lo había hecho.

La oportunidad se presentó con tanta claridad. Su imaginación voló. Era como si un fantasma invisible le susurrara al oído, coaccionándola para aprovechar de esta oportunidad que tal vez no tendría de nuevo.

Winter tenía una cita con la doctora Eliot ese día. Levana se aseguraría de ser quien recogiera a Winter de la guardería. Enviaría Evret a alguna otra tarea. La niñera estaría allí. Supuestamente había una nueva niñera, que la gente no conocía bien, sin embargo, una que podía no ser del todo fiable. Levana la coaccionaría, asegurándose de que pareciera un accidente. Ella podría. . .

¿Podría qué?

Esta era la parte que Levana no podía definir.

¿Cómo se asesina a un niño?

Había muchas posibilidades, pero incluso considerarlas la hacían sentirse como un monstruo. Al principio trató de pensar la mejor manera de asegurarse de que la niña no sufriera. No quería causarle dolor; sólo quería que muriera. Algo que fuera rápido.

Entonces, en el tercer cumpleaños de Selene, decidieron organizarle una fiesta. Algo íntimo. Había sido idea de Evret y Levana estaba tan encantada de verlo querer planear algo, como una familia, que no discutió. Sólo eran ellos dos, con la pequeña Winter, por supuesto, y la familia Clay, como siempre. Todos reunidos en la guardería del palacio, bebiendo vino y riendo como personas normales, como si no hubiera nada extraño en esta mezcla de realeza y guardias. Los niños jugaban, la esposa de Garrison le dio a Selene un muñeco de peluche que había hecho, y el chef repostero del palacio le trajo un pequeño pastel en forma de una corona. En cada una de las puntas había una pequeña vela plateada.

Evret trató de enseñarle a Selene a soplar las velas, mientras la cera goteaba en el glaseado. Winter también quiso tomar parte en la celebración, y dejó saliva en todo el bonito pastel antes de que el joven Jacin Clay se enfadara y soplara las velas. Todos se rieron y aplaudieron. Levana miró el rizado humo negro que se elevaba y entonces supo cómo hacerlo.

Le haría lo que Channary le había hecho a ella.

Ven aquí, hermanita. Quiero mostrarte algo.

Sólo que, a diferencia de Channary, sería misericordiosa. No forzaría a la niña a vivir después de eso.

## Capítulo 21

Se puso de pie en la puerta de la guardería, escuchando a las niñas reír en su casa de juegos. Habían cubierto la parte superior con las mantas de la cama de Evret para tener mayor privacidad. Desde allí, Levana podía ver detalladas flores de manzano bordadas en los bordes de una de las mantas, y se sorprendió al pensar que, sin importar cuántas veces se había deslizado en la cama de Evret, nunca había notado esos diseños. La manta no era algo oficial del palacio, lo que significaba que Evret la había traído de su matrimonio anterior, y había mantenido esta parte de Solstice oculta estos últimos años.

Al darse cuenta de que estaba jugueteando con su negro anillo de bodas, Levana dejó caer las manos a los costados.

Dentro de la casa de juegos, Winter dijo algo acerca de ser princesas en la torre, pero luego todo se disolvió en tonterías infantiles y risas que Levana no pudo seguir.

Todo terminaría pronto, y el saberlo le servía de alivio. Podría dejar de pensar en la princesa que un día crecería y le arrebataría todo. Dejaría de ser perseguida por el fantasma de su hermana y el legado que había dejado atrás.

Pronto, toda la Luna sería suya.

Se le ocurrió que podía optar por no salvar a Winter después de todo, y dejar que el fuego se llevara a ambas. Entonces, Evret sería suyo también. Pero entonces pensó en la cáscara vacía en la que Evret se convirtió en los meses siguientes a la muerte de su esposa, y no podía soportar ver eso de nuevo.

"Oh, disculpe. ¿Está...?"

Levana se volvió y la chica se echó hacia atrás con un jadeo, antes de hacer una reverencia apresurada.

"Perdóneme, Su Majestad. No la reconocí".

La chica no era una preciosura, tenía cabello lacio y una nariz demasiado grande para su cara. Pero había una delicadeza que le hacía pensar a Levana que podría seducir a algunos, y una gracia en su reverencia que sugería que alguien la había contratado para levantar a su futura reina.

"Tu debes ser la nueva niñera," dijo Levana.

"S-sí, Mi Reina, es un honor estar en su presencia."

"Yo no soy la reina", dijo Levana, saboreando su propia amargura. "Simplemente estoy vigilando el trono hasta que mi sobrina crezca."

"Oh, sí, por supuesto. Yo... no quise ofenderla. Su Alteza."

Las risitas se habían detenido. Cuando Levana miró hacia la casa de juegos, vio que las chicas habían levantado la manta y miraban con ojos curiosos y bocas abiertas.

"Winter tiene cita con la Dra. Eliot hoy", dijo Levana. "He venido a recogerla."

La niñera permaneció inclinada, sin saber si debía enderezarse y mirar a Levana o no. A juzgar por el incómodo silencio, era obvio que quería preguntar por qué la reina se molestaba cuando dentro de los deberes propios de una niñera estaba asegurarse de que las chicas asistieran sus citas, o por qué la doctora no vino ver a la princesa aquí a la guardería. Pero ella no discutió. Por supuesto que no.

"Ven, Winter", llamó Levana. La manta cayó de nuevo, ocultando las princesas. "Tienes una cita con la doctora Eliot. No la hagamos esperar".

"¿Debería esperar que la princesa regrese esta tarde, Su Alteza?", Preguntó la niñera.

Levana sintió un nudo en el estómago. "No. Voy a llevarla de vuelta a nuestras habitaciones privadas después de la cita." Vio a Winter bajar por la escalera, tan elegante como una niña de tan solo cuatro años de edad podía ser, incluso con sus piernas regordetas y una falda muy amplia. Su cabello rebotaba mientras alcanzaba el suelo.

La manta se movió de nuevo. Selene, miraba desde lejos.

Levana encontró su mirada, y pudo sentir la desconfianza de la niña, la aversión instintiva. Con la mandíbula apretada, contuvo un corto aliento.

"Tengo un trabajo para ti."

La niñera, sintiéndose cada vez más incómoda, se enderezó. "¿Para mí, Su Alteza?"

"¿Tienes familia? ¿Hijos propios?"

"Oh. No, Su Alteza."

"¿Un esposo, o un novio?"

La chica se enrojeció. Probablemente no era más que una quinceañera, pero eso significaba muy poco en Artemisia.

"No. No estoy casada, Su Alteza."

Levana asintió. Selene no tenía familia, y tampoco esta chica, ninguno que la necesitara, por lo menos. Era perfecto.

Como estaba destinado a ser.

Una mano tomó la de Levana, haciéndola saltar.

"Ya estoy lista, madre," dijo Winter.

Con el pulso repiqueteando, Levana tiró de su mano. "Espérame en el pasillo. Estaré allí en un momento".

Cabizbaja, Winter se volvió y saludó a Selene. Una pequeña mano se deslizó por debajo de la manta y le devolvió el saludo, después, Winter se deslizó fuera de la guardería.

Ahora. Lo haría ahora.

Todo terminaría pronto.

Levana presionó sus manos contra la falda, secando sus palmas húmedas. "Ve a la casa de juegos," dijo, casi como si estuviera hablando para sí misma. "Acompaña a la princesa. Es casi la hora de la siesta." Hablaba lentamente, grabando la idea en la mente de la niñera. Metió la mano en un bolsillo oculto, sacó una vela, ya medio quemada. "Va a estar oscuro bajo esa manta, por lo que necesitarás esta vela para ver. Ponla lejos de la princesa para que no se quemé accidentalmente. Cerca del borde de la casa de juegos. Bajo esa manta... la que tiene las flores de manzano. Te quedarás con la chica hasta que ambas se queden dormidas. Ya estás cansada. No te tomará mucho tiempo."

La niñera inclinó la cabeza hacia un lado, como si escuchara una canción que no podía ubicar.

Sacando una pequeña caja de fósforos, Levana dejó que la niñera sostuviera la vela mientras la encendía. Sus manos temblaron con la chispa del fósforo, el miedo de la flama le tensaba cada

músculo. En el momento en que la vela se encendió, podía sentir la llama consumiéndolo el pequeño cerillo, amenazándole con chamuscarlo los dedos.

Levana lo sacudió apresuradamente, sintiéndose aliviada cuando la segunda llama se extinguió. Dejó caer el fósforo ardiendo en el bolsillo del delantal de la niñera. La chica no dijo nada.

"Ve. La princesa te está esperando."

Con una mirada vacía, la niñera se volvió y se dirigió hacia la pequeña casa de juegos, llevando la vela encendida en alto. Selene estaba mirando de nuevo. Confundida y curiosa.

Lamiendo sus labios, Levana se obligó a darle la espalda. En el pasillo, agarró la mano de Winter sin decir palabra y tiró de ella hacia el consultorio médico. Su corazón estaba golpeteando contra el interior de su pecho.

Lo había hecho. Había hecho lo que tenía que hacer.

Ahora sólo tenía que esperar.

## Capítulo 22

Pasó más de una hora antes de que Levana escuchara los primeros movimientos dentro del palacio. Aunque sus nervios palpitaban desde que abandonó la guardería, ya había comenzado a sentirlo como un sueño. Sólo otra de sus fantasías, disolviéndose en decepción. Mientras la Dra. Eliot comprobaba que Winter estaba más saludable que cualquier otro niño hasta ahora, Levana paseaba por la sala de espera. El consultorio de la doctora estaba en el palacio, una oficina conectada vía satélite al centro médico al otro lado de la ciudad, para que pudieran estar atentos a la menor señal de tos o fiebre en la familia real.

Al darse cuenta de que aún tenía en la mano la caja de cerillas, Levana comprobó que no hubiera nadie alrededor, las depositó en un contenedor de basura, y luego se limpió las manos en una silla tapizada, como si los rastros de ceniza en sus dedos fueran suficiente evidencia.

"¡Doctora!"

Levana saltó, volviéndose hacia la puerta abierta del consultorio. En la otra habitación, la voz de la Dra. Eliot se detuvo, y luego apareció con un escáner de signos vitales en una mano. Detrás de ella, Winter estaba sentada en una mesa empapelada, balanceando sus pies contra el costado.

Un sirviente apareció, con la cara roja y sin aliento.

"¡Doctora! ¡Venga rápido!"

"Disculpe, pero estoy con Su Alteza y..."

"No... ¡Es la guardería! ¡La Princesa Selene!" El sirviente alzó tanto la voz que se quebró".

Levana sintió un escalofrío por toda la piel, pero se las arregló para mantener su expresión desconcertada.

"¿Pero que pudo...?"

"Un incendio. Por favor, tiene que venir. ¡No hay tiempo que perder!"

La Dra. Eliot vaciló, mirando a Levana, luego a Winter.

Tragando saliva, Levana dio un paso adelante. "Bueno, claro que debe que ir. Si nuestra futura reina está en peligro, debe verla también".

Era todo lo que la doctora necesitaba. Mientras recogía un maletín médico, Levana se volvió hacia el sirviente.

"¿Qué ha pasado? ¿Cómo pasó el incendio?"

"No estamos seguros, Alteza. Estaban en la casa de juegos y se incendió... creemos que estaban durmiendo..."

"¿Estaban?"

"La princesa y su niñera." Mirando a Winter, el siervo de repente comenzaron a sollozar.

"Gracias a las estrellas que la Princesa Winter no estaba allí también. Es horrible. ¡Horrible!"

A Levana sólo le tomó unos segundos considerar molestos los sollozos del criado.

Winter saltó de la mesa y fue a ponerse los zapatos, pero Levana la agarró de la muñeca y la arrastró siguiendo a la doctora. "Ahora no, Winter. Volveremos por ellos".

La doctora corrió. Levana quería hacerlo también. Su curiosidad se volvió agonía, todas sus fantasías se acumularon en un estupor. Pero no quería llevar a Winter, y las princesas no corren.

Las futuras reinas no corren.

Todavía tomaba la mano de Winter cuando olió el humo. Oyó los gritos. Sintió el golpeteo de pasos que sonaban por los pisos.

Una multitud ya se había reunido cuando llegaron. Siervos, guardias y taumaturgos llenaban el pasillo.

"¡WINTER!" Era Evret, con el rostro aliviado cuando vio a su hija. Abriendo paso entre la multitud, se agachó para levantar a Winter en sus brazos, abrazándola fuertemente. "No sabía dónde estabas... No sabía..."

"¿Qué ha pasado?", Dijo Levana, tratando de abrirse paso a la guardería.

"No, no mires. No vayas allí. Es horrible."

"Quiero ver, papá."

"No, no, querida. No, no lo hagas. Cariño..."

Levana se erizó. Nunca la llamaba así cuando estaban en público, siempre ocultando su relación a puertas cerradas por miedo al perjuicio. Debía haber estado realmente agitado. Trató de tomar su muñeca, pero le arrebató la mano. Tenía que verlo. Tenía que saberlo.

"¡A un lado! Es mi sobrina. ¡Déjenme verla!"

La gente escuchó. ¿Cómo podrían no hacerlo? Sus caras estaban llenas de horror, con paños sobre su boca para ahogar el hedor de humo y las brasas y... ¿no era eso el olor a carne quemada? Pero ese familiar hedor le revolvió el estómago.

Cuando por fin llegó al frente de la multitud, se detuvo, tratando de enfocar a través de un velo de humo. La Dra. Eliot estaba allí, junto con un sinnúmero de guardias, algunos todavía sosteniendo cubos vacíos que debieron haber sido utilizados para apagar las llamas, otros extinguían las brasas restantes. La manta se había consumido por completo, la casa de juegos se redujo a una tambaleante estructura de madera, un montón de ennegrecida madera y cenizas. El papel tapiz y las elaboradas molduras de coronas estaban chamuscadas.

A través del clúster de guardias, Levana pudo distinguir dos cuerpos en el nivel superior de la casa de juegos. Eran obviamente cuerpos, aunque desde esa distancia se veían más como restos carbonizados.

"¡Atrás! ¡Aléjense!" Gritó la Dra. Eliot. "Hagan espacio para mirarla. Muévanse. ¡No están ayudando!"

"Regresa", dijo Evret, otra vez tras ella.

Temblando, Levana dio un paso atrás, y se atrevió a darse vuelta para mirarlo. No tenía que fingir consternación. La visión era mil veces más aterrador de lo que se había imaginado. Mil veces más real.

Ella había hecho esto.

Esos cuerpos eran su culpa.

Selene estaba muerta.

Aunque Evret aún sostenía a Winter contra su cadera, y trataba de cubrirle los ojos con las manos, Levana podía ver a la chica estirando la cabeza para ver la conmoción y el caos, los restos quemados de su casita y su única prima.

"Vuelve," dijo Evret de nuevo. Tomó la mano de Levana, y esta vez se lo permitió. Sus pensamientos eran confusos mientras se caminaban de vuelta a través de los pasillos. Su

estómago se retorció con un centenar de emociones que no podía siquiera denominar. Las preguntas de Winter empezaron a surgir. "¿Qué pasó, papá? ¿Dónde está Selene? ¿Qué está pasando? ¿Por qué huele así?"

Fue ignorada en gran medida, recibiendo como respuesta sólo besos en sus gruesos rizos.

"Está muerta", murmuró Levana.

"Es horrible", dijo Evret. "Un horrible, horrible accidente."

"Sí. Un horrible accidente." Levana apretó su mano más fuertemente. "Y... ¿sabes lo que significa? Significa que voy a ser la reina".

Evret la miró, con el rostro lleno de dolor mientras pasaba su brazo alrededor de su hombro y la abrazó. Le dio un beso en la frente también.

"No tienes que pensar en eso ahora, cariño."

Pero estaba equivocado.

A medida que los nudos en su estómago poco a poco empezaron a ceder, era lo único en lo que podía pensar.

Era la reina.

La culpa, el horror y el recuerdo de ese terrible olor podían atormentarla para siempre, pero era la reina.

## Capítulo 23

La Princesa Selene fue declarada muerta esa noche. Levana se lo anunció a la gente desde el centro de emisión del palacio. El video mostró imágenes de la joven princesa mientras Levana luchó por mantener su voz sombría, incluso si sus nervios hormigueaban de éxito. No era felicidad, estaba muy triste de saber que la victoria había requerido tal acto atroz. Pero pudo saborear el éxito y la victoria. Lo había hecho y ahora, ya que el país lloraba, sería ella quien lo sacara de esta tragedia.

La pequeña Selene, de apenas tres años, difícilmente hizo siquiera un pequeño bache en su historia. El recuerdo de su pequeña princesa se eclipsaría por completo con el reinado de la reina Levana.

La reina más bella que la Luna hubiera conocido.

Por fin, estaba satisfecha. Tenía a Evret. Tenía su corona.

Todavía no tenía un heredero, pero ahora era la última del linaje real, sin duda la suerte le sonrió incluso en esta petición. Era todo lo que quedaba. No tener un hijo propio no era una opción. Después de todo, Winter no podía llegar a ser reina. No. Levana tendría un hijo.

Con Selene fuera, esos nuevos pensamientos la envolvieron. Que iba a ser una gran gobernante y la gente la amaría con todo su corazón. Qué, cuándo Levana finalmente le diera a Evret un hijo propio, eventualmente también la amaría, incluso más que a su querida Solstice.

Estaba haciendo la vida que siempre había querido tener, y ahora estaba más cerca de alcanzarla. Muy, muy cerca.

Pero tan sólo una semana después Levana comenzó a notar el cambio.

La forma en que las personas bajaban la mirada cuando pasaba, no por respeto, sino por algo parecido al miedo. Tal vez, ¿se lo estaba imaginando? Quizás incluso era asco.

La forma en que se comportaban fríamente los sirvientes del palacio. Todos parecían estar mordeándose la lengua, con ganas de decirle algo y no atreverse.

La forma en que, una noche, Evret le preguntó por qué había ido a recoger a Winter ese día. Por qué había ido personalmente a recoger a Winter para llevarla a la cita con el médico cuando la niñera era perfectamente capaz de hacerlo.

"Es sólo que..."

Se tensó. "Eso sólo que... ¿qué?"

"Nada, no es nada. No sé qué estaba pensando".

La besó, y eso fue todo lo que dijo al respecto.

Pero podía ignorar todo esto. Que piensen que era culpable. Que la acusen a puerta cerrada. Como la reina de la Luna y única descendiente real de la dinastía Blackburn, nadie se atrevería a acusarla en su cara.

No... Fue otro rumor el que le heló la sangre.

Decían que Selene había sobrevivido.

No era posible.

No podía ser posible.

Había visto el cuerpo, había olido la carne quemada, había atestiguado las consecuencias del fuego. Un niñita no podría haber sobrevivido a eso.

Estaba muerta. Se había ido.

Se había acabado.

¿Por qué habría Levana de pensar en eso?

## Capítulo 24

"Espero que sepas que no estás en problemas", dijo Levana. "Sólo quiero asegurarme de que lo que sé es verdad".

La Dra. Eliot estaba frente a ella, de pie en el centro de la sala del trono. Normalmente este tipo de procedimiento requería la presencia de toda la corte, pero al no saber con certeza lo que la doctora diría, Levana confiaba en muy pocas personas para escuchar su testimonio. Incluso había dejado a sus guardias personales esperando en el pasillo, lo último que necesitaba era que Evret supiera el resultado de la reunión, e incluso los guardias más altamente capacitados eran propensos a difundir chismes.

Así que sólo estaban ella, sentada en su trono, y su confiable Taumaturga Mayor, Sybil Mira, de pie a su lado, con las manos metidas en las mangas de su rígido abrigo blanco.

"Les he dicho todo lo que sé, mi reina", dijo la doctora Eliot.

"Sí, pero... hay rumores. Estoy segura de que los has escuchado. Los rumores dicen que la princesa Selene pudo haber sobrevivido al fuego. Al ser tu la primera persona que inspeccionó los cuerpos, podrías tener alguna información sobre lo que encontraste en el incendio y que has elegido ocultar".

"Yo no le ocultaría nada, mi Reina".

Levana respiró pacientemente. "Era mi sobrina, doctora. Merezco saber la verdad. Si todavía está viva, me... me dolería mucho saber que alguien me lo está ocultando. Sabe que la amaba como si fuera mi propia hija".

La Dra. Eliot apretó los labios, con la mirada pronta pero intensa. "Estoy segura", dijo, pronunciando con cuidado, "que significaría mucho para usted que la princesa hubiera sobrevivido, mi Reina. Pero cuando inspeccioné el cuerpo después del incendio, me temo que ya estaba perdida. No tenía salvación".

"¿Salvación?" Levana se inclinó hacia adelante. "¿Me estás diciendo que no había muerto todavía?"

La doctora dudó. "Había un débil latido. Lo mencioné en mi informe, Su Majestad. Pero aunque todavía tenía vida cuando llegué, murió poco después. Yo misma estuve presente cuando el latido se detuvo. Murió."

Levana agarró el brazo de su trono. "¿Y dónde pasó eso? Cuando su corazón se detuvo. ¿Todavía fue en la guardería?"

"Sí, mi Reina".

"¿Y no había alguien más presente? ¿Alguien que pueda corroborar su historia?"

La Dra. Eliot abrió la boca, pero vaciló. "Yo... sí, mi Reina. Para ese momento, el Dr. Logan Tanner había llegado, venía a toda prisa del centro médico".

Levana levantó una ceja. "¿El Dr. Logan Tanner? No he hablado con él".

"Con todo respeto, mi reina, estoy segura de que tiene asuntos más urgentes que investigar por su cuenta este trágico incidente. El Dr. Tanner no le dará más información de la que le he dado. Como usted ha dicho, yo fui la primera en examinar el cuerpo de la princesa. Puedo decir con absoluta certeza que ella está muerta".

Mirando a la doctora, Levana podía sentir plenamente la presunción de la mujer. Parecía ansiosa, pero también confiada.

Le estaba ocultando algo, y el saber eso le hacía sentir un picor por toda la piel.

"Con todo respeto", dijo Levana, sintiendo las palabras deslizándose en su boca, "no hay ninguna asunto más urgente que saber si mi sobrina, nuestra futura reina, está viva. Si esto es cierto, y usted decide no decírmelo, entenderá que se trata de un delito grave. Podría ser causa suficiente para juzgarla por traición a la corona".

La presunción de la doctora se desvaneció. Bajó la cabeza. "Lamento si la he ofendido de alguna forma, mi Reina. No era mi intención negar su preocupación por estos rumores. Es sólo que no le puedo decir nada más que no le haya dicho ya. Sin duda desearía que esos rumores fueran ciertos, que nuestra querida princesa hubiera sobrevivido al fuego. Pero me temo que simplemente no es verdad".

Levana se reclinó en su trono, sus dedos agarraron los gruesos brazos tallados. Finalmente, asintió. "Le creo, y le pido disculpas por esta molestia, Doctora Eliot. Ciertamente ha sido una súbdita leal durante muchos años, y eso no ha pasado desapercibido".

La Dra. Eliot hizo una reverencia. "Gracias, mi Reina."

Levana despidió al médico y esperó hasta las enormes puertas se hubiera cerrado tras ella antes de hablar de nuevo. "¿Crees que esté mintiendo, Sybil?"

"Me temo que si, mi reina. Hay algo en su presencia que me hace desconfiar".

"Estoy de acuerdo. ¿Qué podemos hacer al respecto?"

Sybil se paró delante del trono. "Es esencial que descubramos la verdad de lo que pasó después del fuego. Si Su Alteza está viva, tiene derecho a saberlo, como nuestra reina y única pariente de la niña. Porque, ¿de qué otra forma va a poder protegerla de otros daños?" Los grises ojos de Sybil brillaron cuando dijo 'protegerla' y Levana sospechaba que su taumaturgo Mayor podía saber exactamente por qué estaba tan empeñada en averiguar si Selene estaba viva o no, pero también pensó que a Sybil no le preocupaba mucho la verdad. Después de todo, fue Levana quien la llevó a su posición actual, pasando por encima de varios candidatos con más experiencia. Algunas veces se preguntaba si Sybil era la única persona en su séquito que le era verdaderamente leal.

"La Dra. Eliot parece tener la impresión de que mi interés por el bienestar de Selene no es debido a una preocupación amorosa. ¿Cómo puedo confiar en que nos está diciendo la verdad cuando parece estar obstinada en ocultarnos algo?"

Sybil sonrió. "Nosotros, los taumaturgos, somos especialistas en ciertos métodos de interrogación, incluso con los más renuentes a hablar. Tal vez la doctora Eliot y yo deberíamos tener una conversación más privada".

Levana la miró fijamente, preguntándose si realmente quería saber en que consistían esas técnicas de interrogación, pero reconoció rápidamente que iba a usar cualquier medio para averiguar la verdad de su sobrina y lo que había sucedido en la guardería ese día.

Además, la misma Sybil no parecía oponerse.

"Sí", dijo, enderezando la espalda. "Creo que es un curso de acción necesario, Sybil. Aunque me temo que otras personas del personal no serán tan comprensivos".

"Les haremos entender. Después de todo, es muy curioso, la Dra. Eliot fue la primera doctora capacitada en examinar a la niña, ¿y no fue capaz de rescatar a la chica, aún después de encontrar su corazón latiendo? Los motivos de sospecha son obvios. El plan más lógico es investigar más a fondo este asunto".

Sintiendo que su ansiedad empezaba a ceder, Levana asintió. "Tienes toda la razón." Sacó su uña del ornamento tallado del trono. "Y una vez que sepamos todo lo que podamos de la Dra. Eliot, creo que será útil hablar con ese Logan Tanner también. Quiero saber todo acerca de lo que pasó en ese incendio".

Sybil se inclinó. "Me aseguraré de que así sea, mi reina."

La Dra. Eliot fue detenida al día siguiente para un nuevo interrogatorio. Levana esperó los informes de Sybil, sin interés alguno en los detalles, pero los días pasaban y la doctora no les dio ninguna información valiosa.

Entonces, dos semanas más tarde, antes de que Levana pudiera encontrar la manera de interrogar al segundo médico, el célebre Logan Tanner, sin levantar más sospechas... desapareció.

## Capítulo 25

Levana se negó a ser atormentada por fantasmas de niños muertos y hermanas, princesas y reinas. Al año siguiente de la muerte de Selene, asumió su papel como la nueva y verdadera reina de la Luna.

Continuó fortaleciendo el ejército, asignando tantos recursos como pudo para lograr que los científicos perfeccionaran los procesos de bioingeniería. El primer grupo de soldados comenzó su entrenamiento, y eran aún más impresionantes de lo que Levana había imaginado. Mitad hombre, mitad bestia, llenos de brutalidad y saña. Levana hizo su deber al familiarizarse con las cirugías y el entrenamiento de los soldados. Fue un hermoso panorama cuando los primeros chicos salieron de sus tanques de animación suspendida, todavía aturridos y torpes por sus nuevos instintos y cuerpos mutados.

Y hambrientos. Se despertaron muy, pero muy hambrientos.

Llegó a conocer bien al equipo de investigación, encabezado por el infame Sage Darnel, aunque Levana no estaba tan impresionada con el viejo como había esperado al oír de su genio durante tantos años. Cuando lo conoció por primera vez, sólo podía ver en este hombre al padre de un caparazón, y reunió toda su fuerza de voluntad para escuchar sus indiferentes explicaciones de los procedimientos quirúrgicos sin hacer comentarios sarcásticos sobre su despreciable descendencia.

Mientras tanto, los primeros huéspedes de la enfermedad fueron enviados a la Tierra. Levana había oído, años antes, durante el reinado de sus padres, que algunos ciudadanos de los sectores exteriores podían encontrar maneras de huir en naves diplomáticas o de reconocimiento que se dirigían a la Tierra, o, los que podían permitírselo, sobornaban a un piloto de provisiones para dejarlos abordar, dejando su trabajo atrás. Era una actitud egoísta que Levana no podía comprender, pensar que cualquiera de sus súbditos solo pensara en sí mismo y abandonara el país que tanto los necesita.

Sus padres siempre habían pasado por alto esas fugas, tal vez sin entender que su sociedad se desmoronaría rápidamente si no podían mantener su limitada mano de obra.

Pero ahora Levana podía darles a esos fugitivos un uso. A medida que la cepa de la enfermedad se infiltraba en los sectores exteriores, sin saberlo, cada lunar se convertía gradualmente en un huésped, y su propia inmunidad significaría que no sabrían que cargaban en sus cuerpos una enfermedad letal.

No pasó mucho tiempo antes de que se reportara el primer caso de la enfermedad en la Tierra, en una pequeña ciudad oasis del Sahara.

Se extendió rápidamente, diseminándose por la Unión Terrestre como un reguero de pólvora. Aunque los Terrestres se apresuraron a establecer cuarentenas para los enfermos, era imposible contenerla cuando los huéspedes secretos, los desventurados Lunares, pasaban desapercibidos entre ellos.

Llamaron a la enfermedad 'letumosis', un vocablo de un antiguo lenguaje que significaba muerte y aniquilación, un nombre apropiado ya que ningún enfermo sobrevivió.

Levana y su corte la llamaron un éxito.

No sabía cuánto tiempo le tomaría a debilitar los Terrestres. Pasarían años, incluso décadas quizá, antes de que la enfermedad se convirtiera en la pandemia que Levana imaginaba. Pero ya anticipaba el momento en que aparecía en escena y les ofrecía un antídoto. Soñaba con los

líderes de la Tierra postrándose ante ella. En su desesperación, ofrecerían todo. Cualquier recurso. Cualquier tierra. Cualquier alianza.

Trataría de ser paciente, sabiendo que ese día llegaría. Trataría de ignorar los pesimistas murmullos de sus asesores y sus informes que aseguraban que todas las nuevas iniciativas laborales que había puesto en marcha eran insostenibles. No iba a dar marcha atrás ahora.

Todo iba según lo planeado. Todo lo que necesitaba era paciencia.

Casi quince meses habían pasado desde la muerte de Selene cuando Levana se enteró de que el Dr. Sage Darnel, jefe del equipo de la bioingeniería, había desaparecido también. Algunos sospechaban que se había suicidado, aunque nunca fue encontrado un cuerpo. Muchos creían que nunca se recuperó del nacimiento y la muerte de su hija caparazón.

Otro talentoso científico, ido. Pero cuando Levana supo que esto no iba a detener la producción de soldados y que todas las cirugías continuarían como estaba previsto, se olvidó del anciano y de su patética vida por completo.

Pasaron los años. Su legado creció. Los rumores de la princesa Selene comenzaban a desvanecerse. Por fin, por fin, Levana tenía todo lo que siempre quiso.

Bueno, casi todo.

## Capítulo 26

Levana estaba de pie en el césped del palacio, viendo a Evret perseguir a Winter y Jacin alrededor de la orilla del lago. Por fin se había resignado a la amistad de Evret con Garrison y su familia, y ahora eran en un elemento permanente en su vida, a pesar de lo mucho que deseaba que Evret hiciera amistad con algunas de las familias de la corte. El niño debía tener once ahora, un par de años mayor que Winter, tan delgada como una ramita y tan pálida como la blanca arena. Para el desagrado de Levana, Clay y Winter parecían haber formado una unión inseparable.

Por su parte, la Princesa Winter fue creciendo hasta ser tan hermosa como una amorosa canción de cuna. Su piel, unos tonos más clara que la de Evret, era suave terciopelo. Su cabello se había convertido en gruesos rizos apretados como resortes y brillantes como pulida madera de ébano. Tenía ojos de su madre, acaramelados, pero con manchas grises y esmeraldas como su padre.

Los rumores comenzaban a circular. Pese a que los miembros de la corte consideraron irrisoria la idea de casarse con una princesa que no era más que una hija de un guardia, estaban cambiando de parecer. Aunque todavía era una niña, su belleza se estaba volviendo imposible de ignorar. Esa niña sin duda llegar a ser una mujer impresionante, y las familias lo estaban notando.

Levana sabía que esto la beneficiaría algún día. Su hijastra sería una moneda de cambio ideal para iniciar una alianza. Pero, la primera vez que oyó que la princesa podría ser de aspecto más hermoso que el de la propia reina, los pensamientos de Levana se convirtieron en odio.

Levana había trabajado tan duro para perfeccionar su magia. Para ser la reina más hermosa que alguna vez hubo en el trono de Luna... más hermosa que su madre, más hermosa que Channary. Ya no era la princesa fea, la niña deforme. La idea de que Winter pudiera alcanzar tan fácilmente lo que ella había conseguido con tanto esfuerzo revolvió el estómago de Levana.

No ayudó que Evret la mimara tanto. Nunca estaban solos ni un momento antes de que subiera a la elegante niña a sus hombros o la hiciera girar como un juguete. Aunque Evret siempre se negó a bailar con Levana en los bailes reales, lo había sorprendido enseñando a Winter los pasos de vals que sabía. Sus bolsillos parecía estar siempre llenos de esos dulces de manzana que le gustaban tanto a la princesa.

Levana tocó su garganta, envolviendo el colgante de la Tierra en su puño. Hubo un tiempo en que Evret le traía regalos a ella también.

Abajo, en la orilla, la risa de los niños resplandecía tanto como el brillo del sol en la superficie del lago, y Evret reía tanto como cualquiera de ellos. Cada nota era una aguja en el corazón de Levana, desmoronándola.

También hubo un tiempo en que Evret le pidió que se les uniera, pero Levana consideró que no era muy regio correr, reír y revolcarse en la arena. Después de haber rechazado sus peticiones demasiadas veces, él dejó de hacerlo, y ahora Levana se lamentaba cada vez que se limitaba a observar.

Viendo a Evret levantar a la chillona Winter sobre su cabeza.

Viendo a la esposa de Garrison preparar sándwiches de queso que eran devorados tan ávidamente como cualquier cosa los cocineros reales siempre preparaban.

Viendo a Jacin mostrándole a Winter cómo construir un castillo de arena y la mejor manera de destruirlo.

Esa era una familia, todos felices y sin preocupaciones.

Y a pesar de todos sus esfuerzos, todas sus manipulaciones, Levana nunca se habían vuelto parte de ella.

"¿Cariño?"

Sobresaltada, desvió su atención lejos de los niños para ver Evret chapotear hacia ella. Sus pantalones estaban empapados hasta las rodillas y cubiertos de blanca y brillante arena. Era tan guapo como el primer día que se fijó en él, y aun lo amaba cada pedacito. Saber eso la hacía sentirse tan hueca como una estatua de madera.

"¿Ese es el colgante que te di?", Preguntó, mostrando sus relucientes dientes en una sonrisa refrescante. Le encantó y le molestó al mismo tiempo.

Levana soltó su mano. No se había dado cuenta de que todavía estaba agarrando el viejo y empañado colgante.

"Ni siquiera sabía que todavía lo tenías", dijo Evret. Alcanzándolo, pasó un dedo por debajo de la cadena. El contacto fue breve y pausado, y la mareó con la misma chispa de anhelo que sentía cuando era un adolescente.

"Por supuesto que todavía lo tengo. Fue el primer regalo que me diste".

Su expresión se volvió sombría, algo no podía interpretar. Algo triste y distante.

Tocando su esternón, soltó el colgante. "¿Vas a quedarte aquí viendo todo el día?", Preguntó, con un nuevo brillo en sus ojos. Tal vez la sombra sólo estaba su imaginación.

"No," dijo, incapaz de hablar mucho, como si sus labios estuvieran cansados. "Estaba a punto de entrar. Hay un nuevo contrato comercial con TX-7 que tengo que ver".

"¿Un contrato comercial? ¿No puede esperar hasta mañana?" Le tomó la cara entre las manos. "Trabajas demasiado."

"Una reina no tiene horas libres, Evret. Siempre hay responsabilidades".

Su expresión se volvió seria. "Incluso una reina tiene que descansar. Vamos. Ven a jugar. No te haré daño, y nadie se 'atreverá' a criticarte".

Lo dijo en tono de broma, pero Levana se convenció de que había una latente tensión. "¿Qué significa eso?" Dijo, alejándose.

Evret dejó caer los brazos.

"¿Piensas que la gente me teme?" Insistió. "¿Que está tan oprimida que no se atreverán a protestar? ¿Es eso?"

Su mandíbula titubeó por un momento, desconcertado, antes de caer en frustración. "La gente siempre tiene miedo de criticar a la familia real, así es la política. No es algo que sólo se aplique a ti."

Resoplando, Levana se dio la vuelta y emprendió su marcha de regreso al palacio.

Con un quejido, Evret la persiguió. "Basta, Levana. Estás exagerando. No quise decir nada con eso."

"Debes pensar que soy una horrible gobernante. Una de esas egoístas y consentidas reinas que se preocupan más por su reputación que por el bienestar de su pueblo."

"Eso no es cierto. Sé que te preocupa lo que la gente piensa de ti, pero también sé que te preocupas por ellos. A tu manera."

"¿Y cuál manera es esa?" Espetó, agachándose en el voladizo del palacio.

"Levana, ¿quieres parar?"

Tomó su muñeca, pero Levana alejó su mano de un manotazo. "¡No me toques!"

Inmediatamente, los guardias que estaban siempre en su periferia se adelantaron, con las armas en alto.

Evret se detuvo, levantando las manos para mostrar que no iba a lastimarla. Pero su expresión se volvió iracunda, y Levana sabía que la única reputación que le importaba era su honor y que no iba a ser feliz si alguien se atrevía a iniciar el rumor de que había amenazado a la reina, su 'esposa', cuando era ella la que estaba siendo necia.

'Estás exagerando'.

"Bien", dijo, dando un paso atrás, antes de alejarse por completo. "Vaya a arreglar su contrato, Su Majestad."

Levana lo observó retirarse, con las manos apretadas en temblorosos puños, antes de dirigirse hacia la escalera principal. Se sentía como huir. Se sentía como renunciar.

Cuando llegó a su sala privada, donde se encargaba de la mayor parte de sus negocios, se sentó para revisar el contrato comercial, pero de inmediato se puso a llorar. No sabía que las lágrimas venían hasta que fue demasiado tarde para contenerlas.

Lloró por la chica que nunca fue. Una chica que lo intentó tanto, más que cualquier otra, y todavía no tenía nada para probarlo. Una chica que había estado segura de que Evret la amaba a ella y a nadie más, y ahora ni siquiera podía recordar con certeza sus sentimientos.

A pesar de tener las armas a su disposición, el corazón de Evret Hayle se resistía a ser conquistado.

Ya ni siquiera trataba de quedar embarazada, sabía que no tenía caso. Ahora, sus constantes visitas a los aposentos de Evret las sentía más exhaustivas que apasionadas. Sobre todo, desesperadas.

Lloró porque podía sentir los chismes esparciéndose por el tribunal, su esterilidad era un tema habitual en las conversaciones privadas. Los taumaturgos y los jefes de familia se movían alrededor del palacio como peones en un tablero de juego, forjando alianzas, trazando sus movimientos para asegurarse que el trono no quedara sin un heredero adecuado.

Lloró porque habría derramamiento de sangre y levantamientos cuando finalizara su reinado. Al final, terminarían por coronar a alguien indigno y un nuevo linaje de sangre real comenzaría. Levana no tenía la menor idea de quién caería y quién ocuparía su lugar.

Se negó a considerar más esos temores.

El trono necesitaba un heredero y ella, y sólo ella, lo traería a este mundo. Eventualmente, las estrellas la favorecerían. Tenían que hacerlo, por el bien de la Luna,

Pero el destino estaría de su lado solamente si podía probar que era la única gobernante que este país necesitaba.

La Luna estaba en auge. La ciudad de Artemisia estaba más cerca de ser un paraíso ahora de lo nunca había estado. Todos los sectores exteriores estaban produciendo bienes a precios nunca antes vistos, y aunque siempre había rumores de disturbios, Levana sólo tenían que

emprender un recorrido por los domos para visitar a su gente y recordarles que eran felices. Que la querían, y que trabajarían para ella sin quejarse. Estar entre su gente era lo más cercano a una familia que podrían encontrar.

La economía de la Luna se hizo más fuerte, tanto como quería Levana.

Ahora lloraba por todo lo que en serio, en serio quería.

Quería todo para su pueblo.

Quería a la Tierra.

Necesitaba a la Tierra.

Por completo. Cada montaña. Cada río. Cada glaciar y cada arenosa costa. Cada ciudad y cada granja. Cada manipulable Terrestre.

Tener el control sobre el planeta azul resolvería todos sus problemas políticos. La necesidad de recursos, de tierra y de mayor mano de obra. No quería pasar a la historia como la reina más bella que esta pequeña luna hubiera tenido. Quería pasar a la historia como la reina más bella de la galaxia. Como la reina que unificó a la Luna y a la Tierra en una sola monarquía.

El anhelo había nacido en silencio, empezando en su vientre, donde debió haber estado un niño. Prosperó en algún lugar tan profundo que ni siquiera supo que existía hasta que un día miró hacia el planeta, burlándose de ella, fuera de su alcance, y casi cayó de rodillas por la fuerza de su anhelo.

Cuanto más tiempo pasaba, más deseaba envolverla en sus garras.

Se merecía a la Tierra.

La Luna merecía a la Tierra.

Pero a pesar de todos sus planes y sus largas reuniones discutiendo sobre soldados y plagas, aún no estaba segura de cómo tomarla.

## Capítulo 27

"¿Por qué siempre es un príncipe?", Preguntó Winter. "¿Por qué no puede ser salvada por un espía secreto? ¿O un soldado? ¿O un... un pobre chico granjero, incluso?"

"No lo sé. Así está escrita la historia." Evret apartó un rizo de cabello de Winter. "Si no te gusta, vamos a inventar una historia diferente mañana por la noche. Puede escoger a quien quieras para que rescate a la princesa".

"¿Hasta un doctor?"

"¿Un doctor? Bueno... claro. ¿Por qué no?"

"Jacin dice que cuando crezca quiere ser un doctor."

"Ah. Bueno, ese es un trabajo muy bueno, uno que no sólo salva princesas".

"Tal vez la princesa puede salvarse sola."

"Eso suena como una historia bastante buena también."

Levana se asomó por la puerta entre abierta, viendo a Evret besar la frente de su hija y arroparla hasta la barbilla. Había escuchado el final del cuento. La parte en la que el príncipe y la princesa se casaron y vivieron felices para siempre.

Una parte de ella quería decirle a Winter que la historia era una mentira, pero otra gran parte de ella sabía que no le importaba mucho lo que creía o no Winter.

"¿Papá?", Preguntó Winter, tirando de Evret justo cuando se disponía a levantarse. "¿Mi madre era una princesa?"

Evret inclinó la cabeza. "Sí querida. Y ahora es una reina".

"No, me refiero a mi verdadera madre."

Levana se tensó, y podía ver la sorpresa reflejada en la postura de Evret. Lentamente volvió a sentarse en las sábanas de la cama.

"No," dijo en voz baja. "Sólo era una costurera. Tú lo sabes. Ella te hizo tu manta de guardería, ¿recuerdas?"

Winter frunció los labios mientras apretaba el borde de la colcha. "Me gustaría tener una foto de ella."

Evret no respondió. Levana deseaba poder ver su rostro.

Cuando su silencio se prolongó demasiado, Winter levantó la vista. Parecía más reflexiva que triste. "¿Cómo era ella?"

'Como yo', pensó Levana. 'Díselo. Dile que era como yo'.

Pero Evret negó con la cabeza. "No me acuerdo", susurró. Fue una triste confesión y Levana sintió un golpe entre sus costillas. Dio un paso atrás en el pasillo. "No exactamente, al menos," corrigió al ver expresión abatida de Winter. "Me ha hecho olvidar los detalles."

"¿A qué te refieres?"

Su tono adquirió un renovado optimismo. "No importa. Lo que sí recuerdo es que era la mujer más hermosa de toda la Luna. De toda la galaxia."

"¿Más bella que la reina?"

Aunque no podía ver su rostro, Levana pudo sentir cómo se estremeció Evret. Pero luego se puso de pie y se inclinó sobre su hija, dándole otro beso en su cabeza llena de salvajes rizos. "La más hermosa de todo el universo", dijo, "después de ti."

Winter se rio, y Levana retrocedió de nuevo, esta vez hasta que su espalda chocó contra un muro sólido. Trató de alejar el dolor del rechazo, el saber que todavía no era lo suficientemente buena, no en comparación con la querida Solstice y su encantadora hija. Ahogó esos sentimientos, tan profundo que dejó que se volvieran duros y fríos en su interior, mientras que su cara era sonriente y agradable.

Cuando Evret salió de la habitación momentos después, pareció sorprenderse de encontrarla allí, pero encubrió su sorpresa con facilidad. No era tan bueno disfrazando sus emociones como otros guardias, pero había conseguido mejorar en los últimos años.

"Quería disculparme contigo," dijo, "por lo de esta tarde."

Sacudiendo la cabeza, Evret cerró la puerta de Winter, luego caminó por el pasillo hacia sus propios aposentos.

Levana lo siguió, retorciéndose las manos. "¿Evret?"

"No importa." Las luces se encendieron cuando entró en la habitación y comenzó a quitarse las botas. "¿Necesitabas algo más?"

Levana repasó el dormitorio que rara vez había visto con luz. Evret nunca se había molestado en decorarlo a su gusto. Después de diez años, la habitación todavía se sentía como una suite de invitados.

"Quería preguntarle por qué... ¿por qué aceptaste casarte conmigo?"

Se quedó inmóvil, brevemente, antes de arrojar la segunda bota a través del cuarto. "¿Qué quieres decir?"

"En retrospectiva, a veces me lo pregunto. En aquel entonces tenía que forzar cada beso. Cada momento que pasamos juntos fue en contra de tu voluntad. En ese momento estaba tan segura de que simplemente estabas siendo... un caballero. Honorable. Fiel... la memoria de Solstice. Pero ahora no estoy tan segura".

Con un profundo suspiro, Evret se dejó caer en una silla acolchada. "No tenemos que hablar de esto ahora. Lo hecho, hecho está."

"Pero quiero saber por qué. ¿Por qué dijiste que sí, si... si no me amabas? Y tú no querías ser de la realeza. Y no importaba si Winter era una princesa. ¿Por qué decir que sí?"

Pudo verlo vacilar por un largo rato, antes de encogerse de hombros. "No tenía otra opción."

"Claro que tenías opción. Si no me amabas, pudiste haber dicho no."

Se rio sin ganas, apoyando su cabeza contra el respaldo de la silla. "No, no podía hacerlo. Era muy claro que no me ibas a dejar decir no. Dime que me equivoco. Dime que habrías dejado ir en paz".

Levana abrió la boca para decir que, sí, por supuesto, que le habría dejado irse en paz, si eso era lo que en verdad quería.

Pero no pudo hacerlo.

Aún recordaba esa mañana claramente. Su sangre en las sábanas. El sabor de las bayas agrias. El recuerdo agrisado de sus caricias, el saber que Evret había sido suyo por una noche, y sin embargo nunca lo obtuvo completamente.

No.

No lo habría dejado irse en paz.

Se estremeció, y no hizo más que mirar hacia abajo.

Que estúpida había sido.

"Al principio pensaba que era un juego para ti," continuó Evret cuando estaba claro que su punto era correcto. "Al igual que con tu hermana. Tratabas de conseguirme porque te gustaba hacerlo. Pensé que te cansarías de mí, y al final me dejarías en paz." Frunció el ceño. "Pero cuando me dijiste que me casara contigo, me di cuenta de que ya era demasiado tarde. No sabía lo que harías si resistía... si realmente me resistía. Eres muy buena manipulando, tal como lo eras en aquel entonces, y sabía que no me podía resistir porque me forzarías a aceptar. Y me preocupaba que si seguía resistiendo, era posible que... pudieras hacer algo imprudente."

"¿Qué crees que iba a hacer?"

Se encogió de hombros. "No lo sé, Levana. ¿Arrestarme? ¿Ejecutarme?"

Ella se echó a reír, aunque no le hizo gracia. "¿Ejecutado por qué?"

Su mandíbula se tensó. "Piénsalo. Podrías haber dicho que me había sobrepasado contigo, o que te había amenazado, o... cualquier cosa. Podría haber dicho lo que sea, y sería mi palabra contra la tuya, y ambos sabemos que yo perdería. No podía correr el riesgo. No con Winter. No podía dejar que arruinaras lo poco que me quedaba."

Levana tambaleó hacia atrás como si hubiera sido golpeada. "Yo nunca te hubiera hecho eso."

"¿Y cómo iba a saber eso?" Prácticamente estaba gritando ahora, y Levana odiaba eso. Casi nunca gritaba. "Tenías todo el poder. Siempre has tenido todo el poder. Es muy agotador resistirte todo el tiempo. Así que te seguía corriente. Al ser tu marido puedo proteger a Winter y a mi mismo, al menos. No mucho, pero..." "Apretó los dientes, parecía como si lamentara mucho decírselo, y luego sacudió la cabeza. Su tono se tranquilizó. "Pensé que con el tiempo te cansarías de mí, que me llevaría a Winter lejos de aquí, y todo acabaría."

El corazón de Levana palpitaba. "Han pasado casi diez años."

"Lo sé."

"¿Y entonces? ¿Sigues esperando que esto se acabe?"

Su expresión se suavizó. La ira se había ido, reemplazada con algún tipo de desesperación, aunque sus palabras fueron desgarradoramente crueles. "¿Sigues esperando que me enamore de ti?"

Se preparó, y asintió. "Sí", susurró.

Su frente arrugó. Con tristeza. Con lamento. "Lo siento, Levana. Lo siento mucho."

"No. No digas eso. Sé que me am... que te preocupas por mí. Tú fuiste el único que siquiera se preocupó por mí. En... mi decimosexto cumpleaños, tú fuiste el único que me dio un regalo, ¿recuerdas?" Se quitó el colgante del cuello. "Todavía lo uso, todo el tiempo. Por ti. Porque te amo, y yo sé..." Tragó saliva, tratando en vano de tragarse los eminentes sollozos. "Sé que esto quiere decir que me amas también. Siempre lo has hecho. Por favor".

Los ojos de Evret estaban húmedos también. Llenos, no de amor, sino de remordimiento.

Con voz quebrada, dijo: "Fue un regalo de Sol."

Levana se congeló. "¿Qué?"

"El colgante. Fue idea de Sol".

Las palabras le cayeron como un balde de agua fría. "¿Sol...? No. Garrison dijo que era de tu parte. Había una tarjeta. Era de tu parte".

"Ella te vio admirar la colcha en su tienda", dijo Evret. Su voz era tierna, como si hablara con un niño pequeño al borde de un ataque. "La de la Tierra. Por eso pensó que el colgante te podría gustar también".

Agarró el colgante en su puño, pero sin importar que tan fuerte lo apretara, podía sentir su esperanza escurriéndose como agua entre los dedos. "Pero... ¿Sol? ¿Por qué? ¿Por qué iba a hacerlo...?"

"Le dije que te había visto personificarla. Ese día, antes de la coronación".

La boca se le secó, la mortificación que había sentido aquel día volvió rápidamente.

"Creo que se sintió mal por ti. Pensó que debías estar sola, que necesitabas un amigo. Así que me pidió que te cuidara, cuando estuviera en el palacio." Tragó saliva. "Que fuera amable."

Parecía simpático, pero Levana sabía que era sólo una pantalla para sus verdaderos sentimientos. Lástima. Le tenía lástima.

Sol le tenía lástima.

La estúpida e impertinente Solstice Hayle.

"El colgante fue su idea", dijo Evret, mirando a otro lado. "Pero la tarjeta era mía. Quería ser tu amigo. Me preocupaba por ti. Aún lo hago."

Soltó el colgante como si tuviera una brasa ardiente en la mano.

"No lo entiendo. Yo no..." Se atragantó con un sollozo. Sentía como si se estuviera ahogando, la desesperación la arañaba por dentro, sus pulmones trataban de respirar, pero no podía tomar aire. "¿Por qué no lo intentaste siquiera, Evret? ¿Por qué ni siquiera trataste de amarme?" Cruzando la habitación y se arrodilló delante de él, tomando sus manos en las suyas. "Si tan solo me dejaras amarte, déjame demostrarte que puedo ser la esposa que querías, que podría..."

"Basta. Para, por favor."

Levana tragó saliva.

"Siempre estás tan desesperada por hacer que esto funcione, en convertir nuestro matrimonio en algo que no es. ¿Nunca te has siquiera preguntado lo que puede haber allá afuera? ¿Lo que podrías perderte tratando tanto de forzar esta realidad entre nosotros?" Apretó sus manos.

"Te dije hace mucho tiempo que si me elegías, estabas desperdiciando tu oportunidad de encontrar la felicidad."

"Te equivocas. Así no puedo ser feliz... no sin ti."

Dejó caer los hombros. "Levana..."

"Hablo en serio. Piénsalo. Empezaremos de nuevo. Desde el principio. Pretenderemos que soy una princesa de nuevo, y tú eres el nuevo guardia, que viene a protegerme. Actuaremos como si este fuera nuestro primer encuentro." Repentinamente emocionada por la idea, Levana se puso de pie de inmediato. "Debes empezar por arrodillarte ante mí, claro. Y presentándote."

Evret se pasó la mano por el hombro. "No puedo."

"Claro que puedes. No te hará daño intentarlo, no después de todo lo que hemos pasado".

"No, no puedo pretender que nunca nos hemos conocido, cuando todavía..." La señaló moviendo los dedos.

"¿Todavía qué?"

"Cuando todavía te pareces a ella."

Levana frunció los labios. "Pero... pero así es como me veo ahora. Así soy yo."

Pasando su mano por su rizado cabello, Evret se puso de pie. Por un momento, Levana pensó que iba a seguir el juego. Que se inclinaría ante ella, que comenzaría de nuevo. Pero en cambio, se dio la vuelta y levantó las mantas de la cama. "Estoy cansado, Levana. Hablemos de esto mañana, ¿de acuerdo?"

Mañana.

Porque aún estarían casados mañana. Y el día siguiente. Y el siguiente. Por toda la eternidad, tendría un marido que nunca la amó. Que nunca la quiso. Que nunca confió en ella.

Se estremeció, con mucho más miedo del que había sentido en mucho, mucho tiempo.

Después de tantos años de usar magia y espejismos, era casi imposible que dejarlos ir. Su cerebro se resistió a dejar de usar su manipulación.

Con el corazón palpitando, poco a poco se dio la vuelta.

Evret estaba quitándose la camisa, la sacó por su cabeza. La arrojó en la cama y levantó la mirada.

Sobresaltado, retrocedió un paso, tambaleante, casi tiró un brillante candelabro de la pared.

Levana se encogió, envolviendo sus brazos alrededor de su cuerpo. Agachó la cabeza, de manera que su cabello cayó sobre su rostro, ocultando lo que podía. Pero resistió la tentación de cubrirse las cicatrices con las manos. Se negó a usar su magia de vuelta.

La magia que Evret siempre había amado.

La magia que Evret siempre había odiado.

Al principio, parecía que ni siquiera respiraba. Sólo la miró fijamente, sin habla y horrorizado. Por último, cerró la boca y se apoyó en el poste de la cama para mantener el equilibrio. Se obligó a tragar saliva.

"Esto es todo", dijo, mientras su ojo bueno empezaba a lagrimear. "La verdad que no quería que vieras. ¿Estás feliz ahora?"

Evret parpadeaba con dificultad, y Levana podía imaginar lo difícil que era sostener la mirada. Lo difícil que era no mirar hacia otro lado, cuando claramente quería hacerlo.

"No," dijo, con su voz áspera. "No lo estoy."

"Y si hubieras sabido esto desde el principio, ¿habrías podido siquiera amarme?"

Vaciló por un momento, antes de que respondiera: "No lo sé. Yo..." Cerró los ojos, concentrándose, antes de volver a mirarla. Esta vez, no se inmutó. "No se trata de cómo te veas o no, Levana. El problema es que me controlaste y manipulaste durante diez años." Hizo un gesto. "Ojalá me hubieras mostrado esto hace mucho tiempo. Tal vez las cosas habrían sido diferentes. No lo sé. Pero ahora nunca lo sabremos".

Se dio la vuelta. Levana miró su espalda, sintiéndose todo menos una reina. Era una estúpida y patética chica, un frágil objeto destruido.

"Te amo," susurró. "Eso siempre ha sido real."

Evret se puso tenso, pero si le respondió, Levana dejó la habitación antes de que pudiera oírlo.

## Capítulo 28

"Ven aquí, hermanita. Quiero mostrarte algo." Channary mostró su sonrisa más cálida, haciendo que Levana se emocionara más.

Su instinto le decía que fuera prudente: el entusiasmo de Channary ya se había vuelto cruel antes. Pero era difícil resistirse, y, aunque su intuición le decía que se alejara, las piernas la llevaron adelante.

Channary sabía que no debía utilizar su don en niños sugestionables, mucho menos en su hermana pequeña. Sus niñeras la habían regañado por eso cientos de veces.

En respuesta, Channary terminó haciéndolo en secreto.

Channary estaba arrodillada frente a la chimenea holográfica de la guardería, la suavidad del calor contrastaba con las llamas rugientes y los crepitantes leños de la ilusión. Con excepción de las velas de cumpleaños, el fuego estaba estrictamente prohibido en la Luna. El humo llenaría rápidamente los domos, envenenando el preciado suministro de aire. Pero las chimeneas holográficas se habían vuelto populares hace algún tiempo, y a Levana siempre le gustó ver cómo las llamas saltaban imprevisiblemente y la forma en que los troncos de madera ardían, se desmoronaban y chispeaban. Las observaba durante horas, asombrada de ver que el fuego parecía arder siempre, consumiendo los leños, y aún así, nunca se apagaba.

"Mira," dijo Channary, una vez que Levana se sentó a su lado. Tenía un pequeño tazón lleno de brillante arena blanca en la alfombra, tomó una pizca de arena y la arrojó a las llamas holográficas.

No pasó nada.

Con el estómago hecho un nudo, Levana miró a su hermana. Los oscuros ojos de Channary resplandecían con el brillo del fuego.

"No son reales, ¿verdad?" Inclínandose, Channary pasó la mano por las llamas. Sus dedos salieron intactos. "Es sólo una ilusión. Como un espejismo."

Levana era todavía demasiado joven para controlar bien su don, pero tenía la sensación de que no era exactamente lo mismo que esta chimenea holográfica.

"Adelante", dijo Channary. "Tócalo."

"No quiero hacerlo."

Channary la fulminó con la mirada. "No seas un bebé. No es real, Levana."

"Lo sé, pero... no quiero hacerlo." Levana puso sus manos en el regazo instintivamente. Sabía que no era real. Sabía que el holograma no le haría daño. Pero también sabía que el fuego era peligroso, que las ilusiones eran peligrosas, y que ser engañada para creer cosas que no son reales a menudo era lo más peligroso de todo.

Gruñendo, Channary agarró el brazo de Levana y lo acercó al fuego, casi metió todo el torso de Levana a las llamas. Levana gritó y trató de alejarse, pero Channary se mantuvo firme, sosteniendo su pequeña mano en las brillantes llamas holográficas.

No sintió nada, por supuesto. Solo el mismo calor que el fuego emanaba siempre, para que pareciera más auténtico.

Después de un momento, el pulso de Levana comenzó a calmarse.

"¿Lo ves?", Dijo Channary, aunque Levana no estaba segura de qué quiso aclarar. Todavía no quería tocar el holograma, y tan pronto como su hermana la soltó, retiró la mano y se alejó arrastrándose por la alfombra.

Channary la ignoró.

"Ahora... mira esto." De sus bolsillos, Channary sacó una caja de cerillos que debió haber tomado del altar del gran salón. Encendió uno antes de que Levana pudiera siquiera cuestionarlo, y se inclinó, acercando el fósforo a la parte inferior del holograma.

Se suponía que no había nada inflamable. La chimenea no debió encenderse. Pero un momento después, Levana pudo distinguir un nuevo brillo entre los humeantes troncos. El fuego real crujió y crepitó, y fue entonces cuando Levana vio las hojas secas que se carbonizaban y se consumían. Habían estado escondidas por el holograma, pero a medida que el fuego cobraba fuerza, su brillo eclipsó la ilusión.

Los hombros de Levana se tensaron. Una advertencia en su cabeza le decía que se levantara y se alejara, que le dijera a alguien que Channary estaba rompiendo las reglas, que saliera antes de que el fuego se volviera más grande.

Pero no lo hizo. Channary la llamaría bebé de nuevo, y si Levana se atrevía a meter en problemas a la princesa heredera, Channary encontraría la forma de castigarla más tarde.

Se quedó clavada en la alfombra, mirando las llamas crecer y crecer.

Una vez se hicieron casi tan grandes como las holográficas, Channary alcanzó de nuevo el pequeño tazón de arena — ¿o era azúcar, quizás? — y arrojó una pizca a las llamas.

Esta vez se hizo azul, crujió, chispeó y se desvaneció.

Levana se sorprendió.

Channary lo hizo unas cuantas veces más, más valiente al ver que su experimento tenía éxito. Dos pizcas a la vez. Luego, un puñado entero, como pequeños fuegos artificiales.

"¿Quieres intentar?"

Levana asintió. Tomó unos cuantos cristales diminutos y los arrojó a las llamas. Se echó a reír al ver las bengalas azules elevarse y estallar contra el muro de piedra, donde debería estar el tubo de la chimenea.

Poniéndose de pie, Channary comenzó a inspeccionar la guardería, buscando cualquier cosa que pudieran quemar por diversión. Una jirafa de peluche que humeó, se chamuscó y finalmente ardió. Un viejo zapato que se fundió y se calcinó. Juguetes de madera que se quemaron lentamente una vez que el esmalte se consumió.

Pero Levana estaba embelesada viendo las llamas, las de verdad, con su olor a cenizas, el apenas soportable calor que sentía en la cara y el humo que oscurecía el papel tapiz, mientras que Channary se volvía más ansiosa con cada prueba. Nada era tan encantador como las simples y elegantes chispas azuladas y anaranjadas de la azucarera.

'Snif'

Estremeciéndose, Levana se volvió justo a tiempo para ver a Channary meter un mechón de su cabello en las llamas. Al ver que el cabello se rizó como un resorte, se ennegreció y se consumió, Channary rió.

Levana alcanzó su nuca, notando que Channary había cortado el trozo casi al ras del cuero cabelludo. Sus ojos se anegaron de lágrimas.

Trató de ponerse de pie, pero Channary fue más rápida, agarrando su falda con fuerza. Con un tirón, Channary hizo que Levana se sentara de nuevo. Ella gritó y cayó de rodillas, metiendo las manos justo antes de golpearse la cara con el suelo.

A pesar de que Levana intentó alejarse, Channary sujetó el dobladillo del vestido de Levana entre las hojas de las tijeras, y el sonido de la tela rasgándose retumbó en los tímpanos de Levana.

"¡Basta!", gritó. Cuando Channary se aferró de la falda y el desgarro llegó a los muslos, Levana apretó los dientes, agarró la mayor cantidad de tela que pudo, y la jaló fuertemente.

Channary se llevó un gran trozo de tela, gritó y cayó de espaldas al fuego. Chillando, rápidamente se retiró de la chimenea, con el rostro retorcido de dolor.

Levana miró asombrada a su hermana, horrorizada. "Lo siento. No era mi intención. ¿Estás bien?"

Era claro que Channary no estaba bien. Sus labios gruñeron, su mirada se oscureció con una furia que Levana nunca había visto, y eso que había visto la ira de su hermana muchas, muchas veces. Se echó hacia atrás, con los puños aún agarrando su falda.

"Lo siento," balbuceó de nuevo.

Ignorándola, Channary alcanzó su hombro, temblando, y se volvió para que Levana pudiera ver su espalda. Había pasado muy rápido. La parte superior de su vestido estaba chamuscada, pero nada se había incendiado. Lo que Levana podía ver era que el cuello de su hermana estaba enrojecido y ya se habían formado pequeñas ampollas por encima del escote.

"Voy a llamar al médico", dijo Levana, poniéndose de pie. "Hay que conseguir agua... o hielo, o..."

"Estaba tratando de salvarte."

Levana se congeló. En los ojos de su hermana podía ver brillar lágrimas de dolor, pero fueron eclipsadas por una mirada enloquecida, ardiente de ira. "¿Qué?"

"¿Lo recuerdas, hermanita? ¿Recuerdas que llegué aquí y te encontré jugando con fuego real en la chimenea? ¿Recuerdas que te acercaste, pensando que sería tan inofensivo como el holograma? ¿Recuerdas que me quemé al intentar rescatarte?"

Parpadeando, Levana trató de dar un paso atrás, pero sus pies estaban arraigados a la alfombra. No por miedo o por incertidumbre... Channary estaba controlando su cuerpo ahora. Era demasiado joven, demasiado débil para resistirse.

Sintió el horror deslizarse por su espalda, poniéndole la piel de gallina.

"H...hermana", balbuceó. "Debemos poner hielo en tus quemaduras. Antes de... antes de que se pongan peor".

Pero la expresión de Channary había cambiado de nuevo. La furia se retorcía en algo cruel y sádico, hambriento y curioso.

"Ven aquí, hermanita," susurró, y, a pesar del horrible pánico en el estómago de Levana, sus pies obedecieron. "Quiero enseñarte algo."

## Capítulo 29

Levana no podía dejar de llorar, sin importar lo mucho que lo intentara. Los sollozos eran despiadados y dolorosos, venían tan rápido que se sentía débil por no poder respirar mientras sus pulmones convulsionaban. Cayó de rodillas, meciéndose y temblando. Quería dejar de llorar. De verdad quería dejar de llorar, en gran parte porque sabía que Evret, desde su habitación al final del pasillo, probablemente podría oírla. Al principio se había imaginado que se apiadaría de ella, que el sonido de sus lágrimas le ablandaría el corazón y se acercaría a su lado. Que iba a consolarla, a sostenerla y, finalmente, finalmente se daría cuenta de que la había amado todo este tiempo.

Pero ya había estado llorando bastante sin rastro de su marido, para saber que eso no iba a pasar. Era sólo una fantasía más que no se haría realidad. Sólo una mentira más que se había creído para escapar, sin darse cuenta de que estaba construyendo los barrotes de su propia jaula.

Por fin, las lágrimas comenzaron a parar, el dolor comenzó a ceder.

Cuando pudo respirar de nuevo, pensó que no podría ponerse de pie sin desplomarse, pero se aferró de un poste de la cama y se obligó a hacerlo. Sus piernas estaban débiles, pero resistieron. Sin la fuerza para restablecer su magia, arrancó una de las cortinas transparentes que colgaban de dosel de la cama y la colocó sobre su cabeza. Parecería un fantasma vagando por los pasillos del palacio, pero estaba bien. Se sentía como un fantasma. Como un intento de chica.

Desplegando el velo improvisado alrededor de su cuerpo, tropezó fuera de su dormitorio. Dos guardias estaban afuera de los aposentos reales, firmes y silentes mientras salía. Si se sorprendieron por la tela que le cubría la cabeza, sus expresiones no lo demostraron, y empezaron a escoltarla a una distancia respetuosa.

A pesar de tomarse la molestia de encubrirse, se dio cuenta de que nadie más vagaba por el palacio. Incluso los criados dormían a esa hora de la noche.

No sabía a dónde iba, hasta que, minutos más tarde, se encontró frente al dormitorio de su hermana, o el que había sido el dormitorio de su hermana durante su corto reinado, hace casi ocho años. Levana podría haber tomado esos aposentos como suyos: eran más grandes y lujosos que su habitación, pero en ese entonces había disfrutado la singularidad de sus aposentos al compartirlos con Evret y Winter. Le había gustado la idea de ser una reina que no necesitaba de riquezas y lujos, sino del amor de su familia.

Se preguntó si los miembros de la corte se habrían burlado a sus espaldas todo este tiempo. ¿Era la única que no se había dado cuenta de lo falso que era su matrimonio y su familia?

Dejando a los guardias en el pasillo, abrió la puerta. No estaba cerrada con llave, y Levana esperaba encontrarla completamente saqueada. Seguramente los sirvientes que sabían que Levana nunca venía aquí pudieron haber seleccionado los finos tesoros que había allí.

Pero cuando Levana entró en la habitación y las luces se encendieron, la habitación se sumió en un resplandor sereno; era exactamente como la recordaba, incluso con el tenue olor del perfume de su hermana. Era como entrar en un museo, cada pieza estaba congelada en el tiempo. El cepillo de su hermana en el tocador, aunque los dientes habían sido cuidadosamente limpiados. Las indemnes sábanas. Incluso estaba la pequeña cuna con sus terciopelos rosados y una pequeña corona de filigrana en la parte superior, donde la pequeña

Selene había dormido, algo que Levana siquiera sabía. Había asumido que la niña durmió a cargo de una nodriza o una niñera en su primer año de vida, no en la habitación de su madre.

Se le ocurrió que, al mirar esa pequeña y bella cuna, tan dulce, inocente e inofensiva, probablemente sentiría algo. Remordimiento. Culpa. Horror por lo que había hecho hace tantos años.

Pero no había nada. Sólo sentía el latir de su corazón en su pecho.

Desviando la mirada, vio lo que había venido a buscar. El espejo de su hermana.

Estaba en una esquina, con el cristal envuelto en sombras. Era más alto que Levana, con un marco de plata que se empañó con el tiempo. El metal había sido moldeado en elaboradas espirales con una prominente corona centrada en la parte superior. En los laterales, había flores plateadas y espinosas ramas entrelazadas alrededor del marco, parecía que crecían detrás del espejo, como si lo fueran a engullir por completo.

Levana había estado frente de un espejo sólo una vez desde que tenía seis años de edad. Desde que Channary la había obligado a entrar a la chimenea; primero su mano, luego el brazo, después todo el lado izquierdo de su cara. Sin piedad. Channary ni si quiera tuvo que tocarla. Bajo el control mental de Channary, Levana no pudo defenderse, huir o tratar de escapar de las llamas.

Cuando sus gritos llamaron la atención de dos sirvientes, que entraron corriendo a la guardería, Channary la dejó y les dijo que trató de ayudar a su hermana. Su estúpida y curiosa hermanita.

Su fea, deforme y horripilante hermanita.

El espejo había pertenecido a su madre, y Levana sólo tenía vagos recuerdos de ver a la reina Jannali usarlo para arreglarse antes de alguna gala o fiesta, en las raras ocasiones que no le molestaba la presencia de su propia descendencia. En su mente, Levana casi siempre recordaba a su madre con su magia. Pálida como un cadáver, cabello platino y severos ojos violetas que siempre llamaban la atención. Pero cuando se sentaba frente a este espejo, Jannali mostraba su verdadera apariencia. Su verdadero yo. Y se parecía mucho a Channary, con piel naturalmente bronceada y cabello castaño brillante. Era bonita. Tal vez más bonita que su magia, aunque no tan llamativa. No tan regia.

Levana podía recordar que, siendo muy, muy joven, tenía pesadillas con su madre, con la corte, y con el hecho de que todo el mundo a su alrededor tenía dos caras.

Channary reclamó el espejo casi inmediatamente después de los asesinatos, y Levana no lo había visto desde entonces. Para ella estaba bien. Odiaba los espejos. Odiaba sus reflejos, sus verdades. Odiaba que parecía ser la única que los odiaba tanto, aun cuando todos en la corte desfilaban sus falsos espejismos como reales.

Entonces Levana se preparó y se dirigió hacia la monstruosidad. Vio su reflejo, cubierto con el fino paño blanco, y se sorprendió al descubrir que no parecía un fantasma. Más bien, se veía como una novia del Segundo Periodo. La felicidad eterna podría estar oculta bajo este velo. Alegría sin límites. Tantos sueños cumplidos.

Agarrando los bordes de la cortina, descubrió su cabeza.

Hizo una mueca, temerosa de su reflejo. Se tomó un momento para reunir coraje de nuevo antes de hacerle frente, y aún así mantuvo su rostro parcialmente cubierto, para poder ocultarlo rápidamente si la vista se volvía demasiado dolorosa.

Era peor de lo que recordaba, pero para entonces, había pasado muchos, muchos años negándose a recordar.

Su ojo izquierdo estaba permanentemente cerrado, y el tejido cicatrizado en ese lado de la cara formaba arrugas y surcos. La mitad de su cara estaba paralizada desde el incidente, y grandes trozos de pelo nunca volverían a crecer. Las cicatrices continuaban por el cuello y el hombro, la mitad de su pecho y las costillas superiores, hasta llegar a su mano.

Los médicos hicieron todo lo posible en el momento. salvaron su vida, por lo menos. Le dijeron que cuando creciera, tendría opciones. Una serie de cirugías de injertos de piel podría sustituir gradualmente la carne arruinada. Trasplantes de cabello. Reconstrucciones óseas. Incluso habían dicho que encontrarían un nuevo ojo funcional. Encontrar uno compatible sería difícil pero peinarían todo el país hasta encontrar un donante, y seguramente, nadie se atrevería a negarse a ofrecer algo a su princesa. Ni siquiera su ojo.

Pero siempre habría cicatrices, sin importar qué tan tenues fueran, y en ese momento, la idea de aceptar ese tipo de trasplantes le disgustó. Los ojos de otra persona. El cabello de otra persona. Piel trasplantada de su muslo a su cara. En ese momento, le había parecido más fácil desarrollar su magia y fingir que no pasó nada en absoluto.

A estas alturas, muchos habían olvidado su apariencia como para siquiera considerar la posibilidad de las cirugías. No podía soportar la idea de cirujanos cerniéndose sobre su inconsciente y grotesco cuerpo, discutiendo la mejor manera de ocultar su fealdad.

No. Su magia funcionaba. Su magia era su verdadero yo ahora, sin importar lo que pensara Evret. Sin importar lo que nadie pensara.

Ella era la reina más bella que la Luna hubiera conocido.

Agarrando toda la cortina, dejó caer el velo sobre su cabeza, cubriéndose completamente. El corazón le repicaba, su pulso retumbaba en sus oídos.

Con un grito iracundo, tomó el cepillo plateado del tocador y la arrojó al espejo tan fuerte como pudo.

Una telaraña de grietas estalló en el vidrio, desperdigándose hacia el marco de plata. Un centenar de extrañas con velo le devolvieron la mirada. Gritó de nuevo y agarró cualquier cosa a su alcance, un florero, un frasco de perfume, un joyero, y los lanzó hacia el espejo, viendo a las piezas de vidrio dispersarse y quebrarse, las astillas se estrellaban contra el suelo. Por último cogió la pequeña silla del tocador, tapizada de terciopelo blanco.

Con ese golpe final, el espejo fue destruido, los fragmentos de vidrio se dispersaron por todo el dormitorio.

Los guardias irrumpieron en la habitación. "¡Su Majestad! ¿Está todo bien?"

Jadeando, Levana tiró la silla a un lado y cayó de rodillas, ignorando el pedazo de vidrio que le cortaba la espinilla. Temblando, ajustó el velo sobre su cabeza, asegurándose de que estuviera totalmente oculta.

"¿Su Majestad?"

"¡No se acerquen más!" gritó, extendiendo la mano.

Los guardias se detuvieron.

"Quiero..." Casi ahogándose con sus palabras, frotó las lágrimas de su rostro. Era muy difícil recobrar la compostura, pero su voz fue firme cuando habló de nuevo. "Quiero que destruyan todos los espejos del palacio. Todos. Revisen los cuartos de los sirvientes, los baños, en todas

partes. ¡Revisen toda la ciudad! ¡Destruyanlos y echen los fragmentos al lago, para que no tenga que volver a verlos de nuevo!"

Después de un largo silencio, uno de los guardias murmuró: "Mi reina".

No sabía si sus palabras eran para decir que efectuarían su mandato, o porque estaba hablando como una loca.

No le importó.

"Una vez que destruyan todos los espejos, quiero un vidrio especial para el palacio que reemplace todas las ventanas y todas las superficies de vidrio. Cristal que no refleje nada. Absolutamente nada."

"¿Es eso posible, mi reina?"

Respirando lentamente, Levana agarró el borde del tocador y se obligó a ponerse de pie con toda la gracia que pudo. Se ajustó el velo antes de volver a mirar a los guardias. "Si no lo es, entonces tendremos que vivir en un palacio sin vidrios."

## Capítulo 30

"Sí. Sí. Esto funcionará. Estoy encantada."

El técnico hizo una reverencia, su rostro mostraba un evidente alivio, pero Levana ya no le estaba prestando atención, su atención estaba puesta en la pantalla especial que había encargado instalar en el marco plateado del espejo de su hermana. El cristal destruido había sido arrojado al lago con todos los demás.

Pasó un dedo por la pantalla, probando su funcionalidad. La mayor parte del entretenimiento de la Luna era transmitido por ciber-hologramas o enormes pantallas incrustadas en las paredes de los domos. Pero los comms y las videoconferencias de la Tierra no siempre utilizaban hologramas, así que su recién encargada pantalla era más afín a la tecnología terrestre. Era tan útil como hermosa. Sería necesaria para la vigilancia que planeaba llevar a cabo en la población de los sectores exteriores. Para sus conversaciones con el emperador de la Comunidad. Para monitorear de cerca los noticieros, una vez que se desatara su ejército.

Una buena reina debía estar bien informada.

Se detuvo cuando uno de los noticieros terrestres mostraron a la familia real de la Comunidad del Este. El Emperador Rikan de pie solo, en el podio con la bandera de su país detrás de él como un amanecer. El joven príncipe estaba parado al lado de un enfurruñado consejero político, con la mirada caída. Era niño alto y esbelto, no mucho mayor que Winter. Pero fue su padre, con su expresión igual de miserable, quien llamaba la atención de Levana.

La conferencia de prensa era para hablar de su reciente tragedia.

Su amada emperatriz había muerto, al contraer la enfermedad que Levana propagó durante un viaje filantrópico a una ciudad azotada por la peste en el borde occidental de la Comunidad.

Muerte por letumosis.

Levana se echó a reír, no pudo evitarlo, recordando la improvisada fantasía de Channary de asesinar a la emperatriz algún día.

No era un magnicidio. No era un homicidio.

Era el destino.

Simple, encantador y muy obvio destino.

La Tierra ya no podía alardear de su perfecta familia real, de su perfecto y pequeño palacio, en su perfecto y pequeño planeta. Ya no podían afirmar la felicidad que había eludido a Levana tanto tiempo.

"¿Mi reina?"

Se volvió hacia el técnico. Jugueteaba con un par de guantes en sus manos, y parecía aterrorizado.

"¿Si?"

"Sólo quería mencionar que... como usted sabe, que sus... los espejismos no se transmiten a través de las pantallas. Por si desea enviar comms, o hacer una conferencia, claro".

Una sonrisa se extendió por los labios de Levana. "No te preocupes. Ya he encargado algo especial a mi modista para una ocasión como ésta." Miró el velo con encaje que había entregado unos días antes, mucho más sofisticado que las cortinas del dosel, aunque con el mismo misterio y seguridad que le proporcionaron.

Despidiendo al técnico, Levana se volvió para mirar el noticiero silenciado de la familia real de la Comunidad. Desde su pelea con Evret hace más de un mes y la erradicación de los espejos del palacio, se adentró en su papel de reina más de lo que jamás lo hubiera hecho. Casi no dormía. Casi no comía. Ella, Sybil Mira y el resto de la corte pasaban largas horas discutiendo tratados comerciales y acuerdos de fabricación con el sector exterior, y nuevos métodos para aumentar la productividad. Se necesitaban más guardias para patrullar los sectores exteriores, por lo que se reclutaron y entrenaron más. Algunos de los jóvenes intentaron explicar que no querían patrullar todos los sectores, especialmente aquellos en los que tenían familiares. Levana resolvió el problema amenazando con negar provisiones a esas mismas familias por las que se preocupaban tanto, y los jóvenes rápidamente cambiaron de opinión. El toque de queda, instaurado para el descanso y la protección de los trabajadores, no había sido popular al principio, pero cuando Levana sugirió castigos públicos para los civiles que se negaran a obedecer las nuevas leyes, la gente comenzó a ver lo razonables que eran tales expectativas estrictas.

A pesar de que estaba haciendo su país más fuerte y más estable, había un floreciente problema que no podía ignorar.

Los recursos de la Luna disminuían más rápido que nunca, tal y como lo pronosticaron los informes. El regolito parecía ser el único recurso inagotable, pero el agua y la agricultura, sus plantas forestales y de reciclaje de metal dependían de las cúpulas con atmósfera y gravedad controlada, y los materiales para fabricarlas se habían traído de la Tierra hace muchas generaciones.

Tener más lujos, cultivos diversificados, más armamento y formación militar y la construcción aeronáutica, daban como resultado menos recursos.

Los representantes de la corte le advirtieron que este apogeo duraría una década, o dos a lo sumo.

En la pantalla, el emperador Rikan abandonaba el escenario. El príncipe heredero jugueteaba con su corbata. La gente de la Comunidad lloraba.

"La Tierra", susurró Levana, saboreando la palabra en su lengua, y la sentía como si fuera la primera vez en decirla. O bien, la primera vez que la decía en serio. Tierra. "Eso es lo que necesitamos."

¿Y por qué no habrían de tomarla? Eran una sociedad más avanzada, la especie más avanzada. Eran más fuertes, más inteligentes, y más poderosos. Los terrestres no eran más que los niños en comparación.

¿Pero cuál era la mejor forma de tomarla? Eran demasiados terrestres para manipular, incluso si los dividía entre toda la corte. Aunque la letumosis se extendía rápidamente, faltarían años antes de poder usar su antídoto. Y sus soldados lobo aún no estaban listos para un ataque a gran escala. Todavía había mucho trabajo por hacer si tenía alguna esperanza de tomar la Tierra por la fuerza.

Pero como aprendió de Channary, uno no siempre tiene que tomar las cosas por la fuerza. A veces es mejor que vengan a ti. Hacer que te deseen.

Sería una alianza matrimonial entonces, justo como había soñado Channary, hace tantos años. La Princesa Winter sería una buena pareja para ese muchacho, pero Winter no tenía sangre real. La alianza sería demasiado superficial.

No, tenía que ser la reina. Tenía que ser Levana. Tenía que ser alguien que pudiera, algún día, algún día, heredar el trono.

Presionando sus labios, apagó la pantalla.

Tendría que hacerlo, lo sabía. Por la gente. Por su futuro. Por la Luna.

Por la Tierra.

## Capítulo 31

No podía recordar la última vez que había ido a sus aposentos en mitad de la noche, y Evret parecía sorprendido por su presencia. Casi no habían hablado desde su discusión, y cuando Levana intentó besarle, él la rechazó lo más amablemente que pudo.

Pero aun así, no le pidió que se fuera.

Se preguntó si él estaba intentando recordar como ella era sin su glamour, y ese pensamiento endureció su corazón. La forma en que él la veía —en su forma real— heló sus venas.

Ella lo despojó de su resistencia, pieza por pieza. Así, gradual y gentilmente, él ni siquiera sabría que lo estaba manipulando. Él pensaría que era su propio corazón el que estaba latiendo un poco más rápido. Su propia sangre algo más caliente. Su propio anhelo creciendo dentro de él de forma que finalmente se diera por vencido y la atraería entre sus brazos.

*El amor es una conquista.*

Incluso sabiendo que no era su elección, que jamás había sido su elección, sus besos todavía la exaltaban. Incluso después de todos estos años, lo amaba. No importa lo que había dicho sobre su matrimonio. Eso era real.

Más tarde, Levana permaneció acurrucada en la curva de su brazo, con la cabeza presionada sobre su pecho, escuchando el adormecedor latido de su corazón. Ella toqueteó la alianza de matrimonio que él le había dado, girándola alrededor de su dedo. Sabía que no volvería a llevar puesto el colgante terrestre después de esta noche, pero ese anillo jamás se lo sacaría. Lo llevaría consigo para siempre, por toda la eternidad.

El colgante representaba el amor que Evret jamás le había profesado.

Pero el anillo representaba el amor que ella siempre había sentido.

*El amor es una guerra.*

Aunque había estado esperando los golpes amortiguados en el corredor, ella todavía se sobresaltó cuando los oyó. Dos guardias reales, incapacitados. Se preguntó si había decidido matarlos o simplemente los dejó inconscientes.

Evret se movió en sueños. Su brazo se apretó instintivamente sobre ella y Levana cerró los ojos antes de poder llorar.

*De ahora en adelante, serás mi sol en el amanecer y mis estrellas en la noche.*

La puerta de la habitación se abrió de golpe, estrellándose contra la pared. Él se estremeció, incorporándose, al mismo tiempo que apartaba a Levana hacia un lado.

Una oscura silueta cubrió el marco de la puerta.

Después, cuando tuvo tiempo de procesarlo todo, Levana se sorprendería de lo rápido que Evret reaccionó. Incluso sacado de su sueño, sus instintos fueron inmediatos y alerta. En un solo movimiento empujó a Levana fuera de la cama de forma que ella estuviera protegida

detrás del colchón y giró sobre sí mismo hacia el otro lado. Un disparo estalló a través de la habitación. El sonido era ensordecedor. No pasaría mucho antes de que más guardias llegaran corriendo.

“¡Majestad, agachaos!” gritó Evret. Él sacó un cuchillo de algún lugar. Por supuesto que tenía un cuchillo. Probablemente había dormido con él debajo de la almohada desde su noche de bodas y Levana nunca lo había sabido.

Ella no se agachó. En su lugar, se agarró a las mantas caídas y observó como Evret se arrojaba hacia el intruso, y ella silenciosamente se despidió, incluso con lágrimas derramándose sobre su rostro.

El cuchillo era solo un pelo en el pecho del intruso cuando se congeló.

Este no era solo un caparazón como el que había asesinado a sus padres. Era un gran y habilidoso asesino. Uno muy peligroso. Cuando la visión de Levana se ajustó a la luz que llegaba del corredor, vio como los ojos de Evret se ensanchaban en reconocimiento.

Aunque el Gran Taumaturgo Haddon se había retirado algunos años atrás, él nunca había abandonado del todo la corte. O, como Levana había supuesto, abandonado completamente sus ambiciones. Había alcanzado la más alta posición que podía tener sin ser de la propia realeza.

Levana le había hecho una tentadora promesa. Él ni siquiera había vacilado cuando le dijo cuál era el precio.

El cuchillo cayó, aterrizando en la cama.

Un segundo disparo. Un tercero. Un cuarto. La sangre salpicaba las sábanas blancas. En el pasillo, Levana pudo oír a la princesa Winter gritando. Se preguntó si la niña vendría a ver qué ocurría o si sería lo suficiente inteligente para correr por ayuda.

De cualquier manera, sería demasiado tarde.

Era demasiado tarde.

Joshua Haddon liberó a Evret, quien cayó sobre sus rodillas, con sangre cubriendo sus manos mientras las presionaba sobre el estómago. “Majestad,” consiguió decir. “Corred.”

El taumaturgo se giró hacia Levana. Estaba sonriendo, orgulloso y altivo. Lo había logrado. Había hecho lo que ella pidiera. Y ahora, sin la carga de un marido, era el momento de Levana para cumplir la promesa que había hecho. Contraer matrimonio con Joshua y coronarlo como rey de Luna. Cuando Levana le pidió que hiciera eso, se aseguró de decirle como le había admirado por muchos años- que eso era lo que había anhelado desde que había cometido el error de casarse siendo tan joven. Arrogante como era, Haddon resultó fácil de persuadir.

Levana se incorporó sobre sus tambaleantes piernas.

Haddon bajó el arma. Sus ojos recorrieron su cuerpo —el cuerpo de su glamour— lleno de lujuria y expectativas.

Ignorando las lágrimas que humedecían sus mejillas, Levana se arrojó sobre Haddon. Él abrió sus brazos para aceptar el abrazo.

En su lugar, recibió una daga, clavándose profundamente en su pecho.

Con horror y comprensión en su rostro, Levana lo empujó lejos. Él tropezó, colapsando contra la pared.

Ella cayó al suelo al lado de Evret. La agonía arañó su garganta y explotó en un grito estridente.

Tan pronto como Levana estaba fuera de peligro, sus últimas reservas de energía lo abandonaron y Evret se desplomó contra el costado de la cama.

“Evret!” gritó, sorprendida de descubrir que el terror era real. Viendo la tenue chispa en sus ojos, la forma en que esas motas grises y esmeraldas parecían desvanecerse en la oscuridad, fue más doloroso de lo que ella había imaginado que sería.

*Juro amarte y respetarte por todos nuestros días.*

“Evret,” dijo de nuevo, gimiendo. Sus manos se unieron con las de él, tratando de cubrir las heridas. En el pasillo se escuchaban nuevos pasos. No había pasado ni un minuto desde que Haddon había entrado en la habitación, pero parecía que había transcurrido toda una vida. Mirando hacia el abajo, vio sangre salpicando su camisón. Sangre cubría las manos de ambos. Sangre en los dos anillos que él todavía llevaba puestos, presionados uno contra otro.

*Aquí está lo que opino sobre el amor.*

Ella sollozó. “Lo siento. Lo siento mucho. Oh, cielos. *Evret.*”

“Está bien,” jadeó, arrastrando sus brazos alrededor de ella, acercándola. “No pasa nada, cariño.”

Ella lloró más fuerte.

“Por favor. Por favor. Cuida de Winter.”

Sollozó.

“Prométeme, mi reina. Promete que la cuidarás.”

Ella se atrevió a encontrar sus ojos. Eran intensos y se derretían luchando duramente por permanecer fuertes. Pretendiendo que él no se moría.

En algún punto, los guardias llegaron. Un médico. Incluso Winter, con su pálido camisón y lágrimas horrorizadas. Y Sybil, también, sin sorprenderse, por la expresión en su ceño.

Levana difícilmente veía a ninguno de ellos. Ella estaba sola con Evret, su marido, su amado, agarrándole la mano mientras la sangre enfriaba en su piel. Ella sintió el momento en que él se había ido, dejándola sola.

No podía parar de llorar.

Era todo culpa suya. Todo había sido su culpa. Ella había arruinado cada momento que tuvo con él, desde su primer beso.

“Lo prometo,” susurró, aunque las palabras ardían en su garganta. No amaba a la niña. Ella solo había amado a Evret, y ahora había destruido incluso eso. “Lo prometo.”

Alcanzando el pendiente alrededor de su cuello, rompió la cadena con un tirón firme, y gritando Winter colapsó al lado de su padre para tomar el lugar de Levana.

Las palabras de su hermana volvieron a ella, tronando en sus oídos, llenando los lugares vacíos de su corazón.

El amor es una conquista. El amor es una guerra.

*Aquí está lo que opino sobre el amor.*